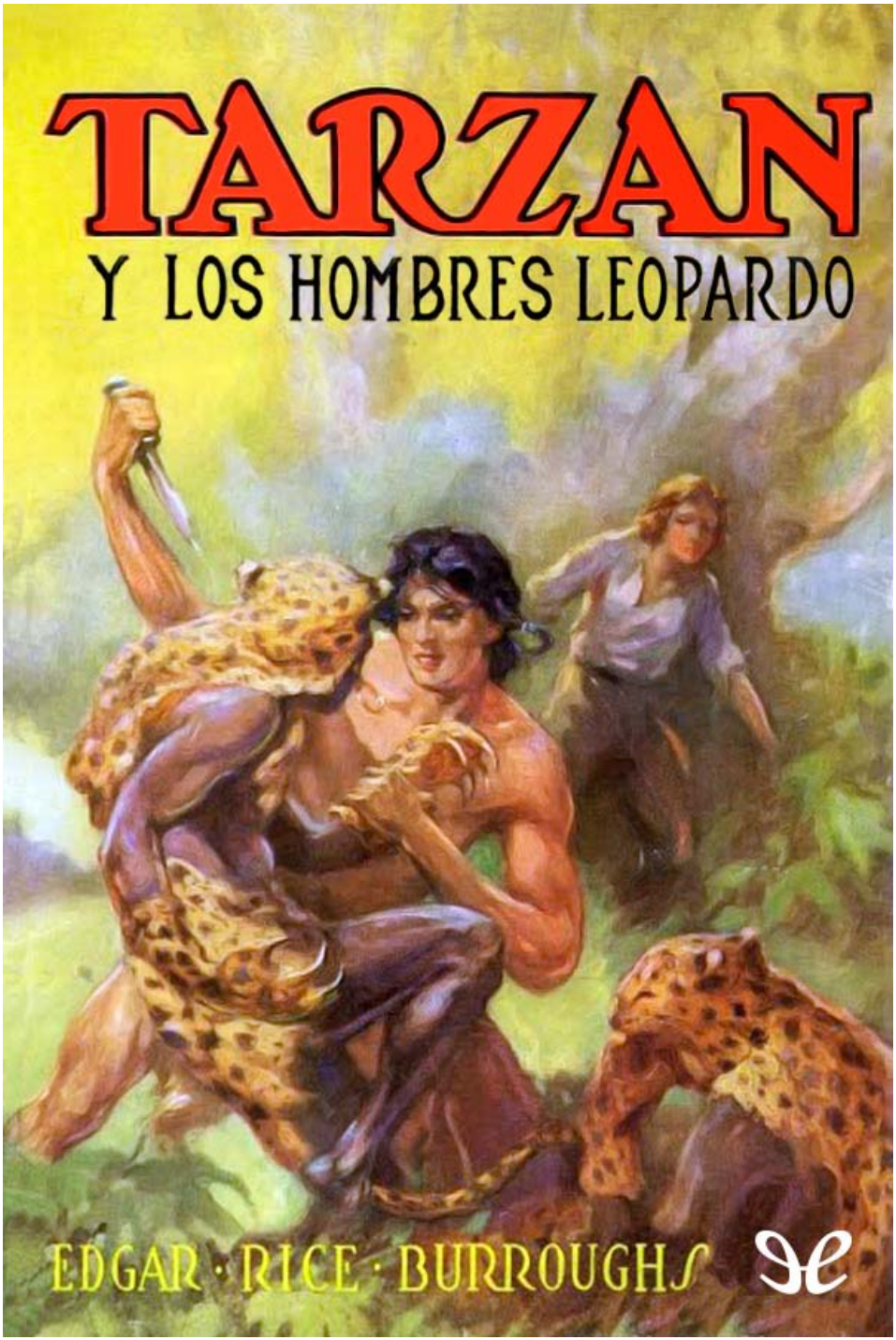
TARZAN

Y LOS HOMBRES LEOPARDO



EDGAR · RICE · BURROUGHS

La búsqueda de víctimas para sus ritos salvajes se ha convertido en una de las más acuciantes preocupaciones de los hombres leopardo, que tienen aterrorizados a todos los habitantes de la jungla, pero sólo el jefe Orando se atreve a enfrentarse abiertamente a ellos, en una guerra que puede ser definitiva, y para ello cuenta con la inestimable ayuda de Tarzán.

Edgar Rice Burroughs

Tarzán y los hombres leopardo

Tarzán 18

ePUB r1.1
Zaucio Olmian 08.07.13

Título original: *Tarzan an the Leopard Men*
Edgar Rice Burroughs, 1932
Traducción: Nelly Coarasa
Portada original 1ª. edición EE.UU.: J. Allen St. John
Restauración y adaptación portada: Zaucio Olmian
Ilustraciones originales: J. Allen St. John
Restauración ilustraciones: Zaucio Olmian

Editor digital: Zaucio Olmian
ePub base r1.0

TARZÁN
y los hombres leopardo

I

LA TEMPESTAD

LA MUCHACHA se movió inquieta en su hamaca. Una violenta ráfaga chocó ruidosamente contra el techo de su tienda sacudiéndola toda.

Las cuerdas que la sostenían crujieron al ser casi arrancadas de sus estacas. Los extremos de la tienda que permitían la entrada, se soltaron, agitándose con fuerza. A pesar del creciente pandemónium, la joven no consiguió desechar las profundas sombras de su sueño.

Es que el día había sido para ella verdaderamente de prueba. La prolongada y monótona marcha a través de la intrincada jungla, la había dejado exhausta, igual que las jornadas anteriores.

Desde que había dejado tras de sí el último ramal ferroviario, su resistencia se había visto rudamente desafiada. Tal vez no lo era por el cansancio físico, al que gradualmente se adaptaba; pero sus nervios se exasperaban al tener que afrontar la insubordinación de su improvisado y desorganizado safari.

Su cuerpo, esbelto y juvenil, solamente había sido obligado al esfuerzo que demandan una vuelta de golf, un partido de tenis, o alguna fácil ascensión a las montañas; se había embarcado en esta empresa sin conocer los peligros y sacrificios que ella le impondría.

Aunque estaba convencida de su fracaso, se internaba más y más en la misteriosa selva, cuyos secretos había renunciado ya a descifrar.

Era sólo una frágil mujer para acometer semejante empresa, pero ningún caballero de la Tabla Redonda pudo jamás jactarse de poseer tan indomable voluntad.

Alguna necesidad imperiosa debía obligarla a proceder así… ¿Qué poderoso mandato pudo alejarla de las comodidades de la civilización para llevarla a esa vida primitiva, llena de espantosos riesgos?

¡Cómo debía ser de importante el fin propuesto para que rechazara la mínima posibilidad de velar por su propia vida; pues, aun sabiendo que la

salvación estaba en el regreso, seguía avanzando!

¿Por qué había llegado hasta allí?

No ciertamente para cazar: mataba únicamente para obtener el alimento indispensable. Tampoco para sorprender y fotografiar la vida salvaje del corazón de África; no poseía cámara. Menos para realizar alguna búsqueda con fines científicos; si alguna vez había experimentado inquietudes científicas, éstas se habían limitado a abarcar la rama de los cosméticos. Pero hasta ésas se habían disipado desde el primer contacto con la vida ruda a la intemperie, teniendo además por toda compañía a ese grupo de salvajes negros del Oeste africano.

La selva se estremecía bajo el castigo de la poderosa mano de Usha, el viento. Espesas nubes cubrían el cielo: las voces de la jungla habían callado para escuchar reverentes el lenguaje de los elementos desatados. Ni las bestias más poderosas se atrevían a llamar sobre sí la atención de la encolerizada naturaleza.

Los relámpagos, iluminando la noche, permitían distinguir las sombras grotescas del diseminado safari.

Un solo negro hacía guardia, descuidadamente, dando la espalda al viento huracanado. Todo el campamento dormía, exceptuando al vigía y a otro personaje más… Un negro corpulento, que se deslizaba cautelosamente hacia la tienda donde reposaba la joven.

Repentinamente, la tormenta alcanzó su máximo poder; continuos relámpagos aclararon la jungla, seguidos por sordos truenos. No tardó en caer la lluvia, primero en forma de grandes y espaciadas gotas, luego como una densa cortina, que pareció aislar al campamento del resto de lo creado. La solitaria ocupante de la tienda se vio arrancada de pronto de su pesado sueno, por la inmensa fuerza de la tempestad.

Sobresaltada, vio entrar en su tienda a un hombre, gracias a la luz de un relámpago: en el acto lo reconoció; la figura de Golato, jefe de su safari, era inconfundible.

La muchacha se apoyó en un codo:

—¿Ocurre algo? —preguntó—. ¿Qué buscas aquí, Golato? ¿Qué quieres?

—La quiero a usted, Kali-Bwana —fue la respuesta.

¡Al fin ocurría lo que tanto temiera! Durante los días precedentes, había sentido ciertos temores al observar un sutil cambio en la conducta del negro hacia ella; cambio que se había reflejado en los otros miembros del safari,

que asumieran familiares libertades de tono y actitud. Todo tenía su origen en la particular luz que ella viera brillar en los ojos del salvaje.

De un bolsillo de su hamaca, la joven extrajo un revólver.

—Vete de aquí —ordenó fríamente—, o te mataré.

Por toda respuesta, el salvaje se abalanzó hacia ella.

Se oyó el seco disparo, al hacer fuego la muchacha.

Siguiendo el curso del viento de Oeste a Este, la tormenta se alejó serpenteando por la jungla. En el trayecto que recorriera dejó un rastro de rotas ramas y añosos árboles arrancados… Tras de ella, desolación y desastre. También quedaba atrás el campamento.

En la oscuridad, al abrigo de un árbol gigantesco, un hombre se protegía del viento y de la lluvia. En el hueco de uno de sus brazos, algo se apoyaba contra su pecho. Por el tierno cuidado con que lo sostenía, se hubiera supuesto que se trataba de un niño, pero no era así.

Era un pequeño mono, miserablemente aterrorizado. Criado en un mundo salvaje, que sentía marcada predilección por la carne de los tiernos monos, vivía, y tal vez habiendo heredado este temor, en un continuo sobresalto, pasando de los terrores de un peligro real, a los de los imaginarios. Su agilidad, sin embargo, le permitía ciertos alardes de valor ante determinados enemigos corpóreos, de quienes su experiencia le había enseñado a huir; pero ante Usha, el viento, ante Ara, el relámpago, y Pand, el trueno, de quienes nadie escapa, él era sólo, una masa estremecida y resignada.

Ni aun en los brazos de su dueño, desde los que muchas veces se había atrevido a insultar a Numa, el león, podía ahora sentir más que una relativa tranquilidad.

Saltaba con cada golpe de viento, ante cada relámpago o trueno.

Repentinamente la tormenta pareció alcanzar un fragor titánico. Se oyó crujir al patriarca bajo el cual se cobijaban el hombre y el simio, y de pronto, cayó, arrastrando consigo otros árboles vecinos.

El hombre saltó ágilmente, consiguiendo salvar al monito del golpe de las ramas, pero fue él menos afortunado. Una gruesa rama le golpeó en la cabeza, arrojándolo contra el suelo.

Mientras chillaba, el mono sintió una agonía de terror, al mismo tiempo que el tornado, cambiando de rumbo, se dirigía al Este, en busca de nuevas conquistas.

Reinaba una profunda oscuridad. La pequeña bestia no veía ni a escasa

distancia de su sensible hocico. Le acobardaba la quietud de su amo. Se hallaba caído bajo el derribado árbol, inmóvil y aparentemente sin vida.

Nyamwegi, había sido el más animado de los asistentes a la fiesta de la aldea de Kibbu, a la que había acudido desde su propio pueblo, Tumbai, para cortejar a una bella.

Su vanidad se había visto halagada por el éxito logrado y la impresión que lograra hacer entre el elemento joven y eso le hizo perder la noción del tiempo, hasta que la súbita caída de la noche tropical, le avisó que se pasaba el momento de atravesar la jungla sin riesgo.

Varias millas de intrincada selva separaban los pueblos de Kibbu y Tumbai. El guerrero sabía que era una distancia poblada de peligrosos encuentros, tanto reales como espirituales; y entre éstos se encontraban los demonios, que dirigen los destinos de la vida humana, lo que suelen hacer con maligna perversidad.

Hubiera preferido pasar la noche en Kibbu, tal como su amada le había sugerido, pero existía una poderosa razón, más fuerte que la ternura de su hermosa, y que el peligro de la jungla.

Era un tabú que le había impuesto el hechicero de su pueblo, al descubrir que lo que más ansiaba Nyamwegi, era basar las noches en Kibbu.

El tabú, desproporcionado para el pecado en sí, podía ser levantado pagando un precio que resultó ser mayor que lo que podía dar el pobre Nyamwegi. La Iglesia debe vivir en África como en todas partes.

Fue entonces cuando la tragedia se abatió sobre el desgraciado negro. Silenciosamente se encaminó por el sendero que le era ya familiar, rumbo a Tumbai. Llevaba sin esfuerzo, sus armas, lanza, escudo, y un fuerte cuchillo en su cintura. Pero ¿qué poder tendrían estas armas para oponerse a los demonios nocturnos? Másate tenía Nyamwegi en el amuleto que colgaba de su cuello, al que tocaba mientras musitaba oraciones a su muzimo, espíritu protector del antepasado cuyo nombre llevaba.

El enamorado pensaba si su amada sería capaz de comprender los riesgos que por su causa corría, pero luego decidió que no había mujer que así lo hiciese.

Se había alejado ya una milla de la aldea, cuando la tempestad pareció golpearlo con mil brazos. Ansioso de llegar, apresuró el paso, pero la potencia de la tormenta lo obligo a guarecerse bajo un gran árbol, hasta que el viento cambió de rumbo; aun subsistían aislados relámpagos, cuando

reanudó su camino.

Se felicitaba de haber realizado a salvo la mitad de la travesía, cuando sintió que una fuerza desconocida lo agarraba de atrás, mientras fuertes garras se hundían en su carne.

Con un alarido de terror giró desesperadamente para escapar de esa silenciosa fuerza que lo encadenaba. Consiguió su intento; y, dándose vuelta, blandió su cuchillo para encontrarse, horrorizado, frente a frente con un ser humano sobre cuyo rostro se veía una cabeza de leopardo.

Nyamwegi hendió ciegamente la oscuridad con su cuchillo, pero nuevamente lo apresaron de atrás, mientras las carras despedazaban su pecho y su abdomen.

Un nuevo relámpago le permitió abarcar la trágica escena con una simple ojeada. Vio que frente a sí se hallabas tres enemigos más.

Abandonó toda esperanza de salvación, pues había reconocido a sus asaltantes por las pieles de leopardo; eran miembros de la terrible Orden Secreta de los Hombres Leopardos.

Y así murió Nyamwegi, el Utenga.

II

EL CAZADOR

EL SOL del amanecer iluminaba la copa de los árboles que abrigaban los techos de paja de la aldea de Tumbai, cuando el hijo del jefe. Orando, se levantó de su camastro, y se dirigió a la calle, para cumplir con la ceremonia de ofrecer un tributo a su muzimo, ofrenda que se debe realizar previamente a toda cacería. En su puño llevaba una cantidad de harina, mientras que, cual una estatua de ébano, el guerrero permanecía inmóvil, mirando hacia el cielo.

—Protector mío, vamos a cazar juntos —parecía hablar a un amigo, aunque lo hacía con reverencia—. Aproxima los animales a mí, y guárdame de todo peligro. Haz que consiga hoy mi alimento, ¡oh Gran Cazador!

Dicho esto, emprendió su camino, tomando el sendero que conducía a Kibbu. Era un camino antiguo, del que conocía todos los recodos, pero los destrozos de la tormenta de la víspera, lo había dejado irreconocible, y, en algunos tramos, impracticable; esto lo obligó en varias ocasiones a desviarse; fue en una de esas vueltas cuando descubrió, yaciendo bajo el follaje de un árbol caído, una pierna humana. Orando se aproximó. Hubo un movimiento entre las hojas. Rápidamente el negro se protegió con su escudo, había descubierto que la pierna pertenecía a un hombre blanco.

El hijo de Lobongo, el jefe, no tenía ningún amigo blanco ni quería a esa raza. Otra vez se movió algo entre las hojas y la diminuta cabeza de un pequeño mono, surgió de entre ellas.

Al ver al negro se sumergió nuevamente, chillando y desapareció. Pocos segundos después hacía su reaparición, pero esta vez desde las ramas más altas de un gigante de la selva, donde recién pareció considerarse salvado, pues comenzó a lanzar al guerrero los proyectiles que le proporcionaban las ramas, acompañándolos de afrentosos insultos en su lengua.

Pero el cazador no pareció reparar en él; no se hallaba en disposición de

cazar pequeños simios. Todo su interés se concentraba momentáneamente en la tragedia que parecía expresar esa pierna inmóvil.

A simple vista comprendió que el blanco era un gigante; aparecía semidesnudo, pues sólo lo cubría una piel de leopardo. Yacía apretado por una enorme rama. Con un sobresalto vio que el blanco lo miraba, dirigiendo hacia él dos ojos grises; ¡entonces no había muerto!

Orando había visto pocos hombres blancos; y éstos tenían distinto aspecto y ropaje. Además llevaban armas que vomitaban fuego, humo y metal.

Pero éste estaba ataviado como cualquier nativo y parecía no poseer ninguna de las armas que Orando tanto temía y odiaba.

Pero siempre persistía el hecho de que era un hombre blanco, y, por lo tanto, enemigo.

También era posible que consiguiera zafarse de las ramas y llegar a constituir un peligro para la aldea de Orando.

Sólo le quedaba una alternativa a un guerrero, que era, además, hijo de un jefe; por otra parte, para él significaba lo mismo matar a ese hombre que matar al monito.

—Acércate por el otro lado —le dijo el blanco—; tu flecha no alcanza a mi corazón desde donde estás.

Orando lo miró sorprendido, no tanto por la observación como por el hecho de oírle hablar el dialecto de su propio pueblo.

—No debes temer nada de mí —aseguró el blanco, al ver vacilar al guerrero—. Esta rama no me deja mover. ¿Qué clase de hombre era ése? ¿No temía a la muerte? Muchos hombres en su lugar habrían rogado por su vida. Tal vez éste deseaba morir.

—¿Estás muy herido? —le preguntó Orando.

—No, no sufro.

—Entonces, ¿por qué deseas morir?

—No quiero morir.

—¿Por qué me dijiste que diera vuelta y te acertara en el corazón? ¡Eso es desear la muerte!

—Porque sé que me vas a matar. ¿No es cierto? Sólo deseo que me des el primer golpe en el corazón. Dará no sufrir.

—¿No temes morir?

—No te entiendo.

—¿No conoces el miedo?

—Conozco esa palabra; pero ¿qué tiene que ver con la muerte? Todos los seres mueren. Si me dijeses que he de vivir eternamente, entonces tal vez me asustaría.

—¿Cómo es que sabes hablar la lengua de los Utengas?

—No lo sé —contestó el blanco, sacudiendo su cabeza.

—¿Quién eres? —por momentos aumentaba la perplejidad de Orando.

—Lo ignoro —contestó el blanco.

Parecía esforzar su memoria.

—¿Cuál es tu país?

Negó expresivamente con el gesto.

—Tampoco lo sé.

—¿Qué harás si te liberto?

—Lo que haré será ir a cazar algo, porque tengo hambre. Luego buscaré un lugar para tenderme a dormir.

—¿No estás decidido a matarme?

—No.

—¿No me atacarás?

—¿Por qué? Si tú no lo haces, yo tampoco.

El guerrero se acercó pasando sobre las ramas; pudo ver que lo que mantenía sujeto al gigante era una enorme rama que aplastaba sus brazos, impidiéndole todo movimiento; involuntariamente, admiró los potentes músculos tensos bajo la piel. Fue fácil para el negro sostener la rama lo suficiente para que el otro se arrastrara por debajo de ella; pocos minutos después se enfrentaban, mientras desde un árbol próximo el monito hacía ridículas muecas y gritaba para manifestar su alegría.

Orando estaba asombrado; no podía explicarse cómo había sido tan compasivo con un desconocido que, por añadidura, era de raza blanca. Pero su instinto le indicaba que había procedido bien.

Aun así, observaba con cierta desconfianza al gigante. Éste se dirigió a recuperar sus armas diseminadas, una lanza y un arco. De uno de sus hombros colgaban las flechas y de su cintura un cuchillo, completando todo una larga cuerda de fibras entrelazadas, pendiente de su hombro. Una vez listo se volvió hacia Orando, en actitud interrogativa.

—Sí, vamos a cazar —asintió éste.

—¿Adónde?

—Sé encontrar el lugar donde comen los jabalís y donde duermen.

Orando seguía mirando escrutadoramente al blanco. Sus facciones eran

finas, y un mechón de cabello oscuro caía sobre un rostro de varonil belleza; desde éste sus ojos grises miraban al mundo con intrepidez. De musculatura soberbia, unía a su fuerza una notable agilidad.

El negro notó sobre la sien izquierda una reciente cicatriz y sangre coagulada en el cabello y mejilla, sin duda alguna la señal de la furia de la tormenta. Llamaba su atención que, en las pausas de silencio, el entrecejo del gigante se contraía, y parecía pensar en algo que le intrigaba.

El negro le encontraba idéntica expresión que la que asume quienquiera que trata de recordar algo sin conseguirlo. El blanco, sin embargo, no le hizo ninguna pregunta.

Orando tomó la delantera siguiendo el sendero rumbo a Kibbu. Detrás de él, su extraordinario compañero se deslizaba tan silenciosamente, que el guerrero se dio vuelta en varias ocasiones, creyendo que lo había abandonado.

El pequeño simio los acompañaba, atravesando la jungla a gran altura. De repente, el hijo de Lobongo oyó detrás suyo otra voz, que creyó de mono, aunque en tonos graves, que contestaba el parloteo del monito. Pero quedó estupefacto cuando vio que el que hablaba era su compañero, el cual no remedaba al mono, sino que parecía sostener con él una verdadera conversación.

¿Qué clase de hombre era ése, que no conocía el miedo, hablaba con los monos, que no sabía quién era, ni de dónde venía?

Estas preguntas le llevaron a otra. ¿Era ése un nombra mortal?

El mundo en el que Orando había crecido, estaba poblado por numerosos seres reales, que el hombre no ve, pero cuya influencia sufre; los espíritus de los muertos eran numerosos, lo mismo que los demonios que guiaban todo lo creado hacia el mal. Sucedía a veces que los demonios tomaban la envoltura carnal de un ser humano, dirigiendo su pensamiento y su palabra. Por eso, durante muchos años, los habitantes de su aldea, habían llevado ofrendas al demonio, que moraba en el río cercano a Tumbai. Había asumido la forma de un cocodrilo; eso fue lo manifestado por el médico-brujo, al ser amenazado de muerte por el jefe, pues sus sortilegios no evitaban que el animal hiciera estragos entre la población. Orando estaba desconcertado; pero se sentía satisfecho de haber tratado bien al gigante, y ganado su estima. ¡Qué suerte que no había clavado una flecha en su cuerpo! Eso hubiese sido fatal; no para el blanco, pero sí para el desdichado guerrero.

Era obvio, que si no temía a la muerte, era porque no podía morir.

Se hizo la luz en el cerebro de Orando, y no supo si debía regocijarse o temer.

La amistad de un demonio puede ser una distinción, pero puede acarrear ciertos inconvenientes. Nunca sabe uno a qué atenerse, tratándose de un demonio, aunque es indudable, que nada bueno puede resultar de ello. Estos pensamientos cruzaban la mente de Orando, cuando algo que descubrió en el suelo le hizo detenerse bruscamente.

Cruzando el camino, yacía el cadáver mutilado de un guerrero, al que reconoció a primera vista; era su amigo y compañero de armas, Nyamwegi. Pero ¿cómo había hallado la muerte? El gigante blanco, con el monito en el cuello, se adelantó hasta alcanzar a Orando. Examinó el cuerpo.

—Los Hombres Leopardos —hizo notar, fríamente.

En cambio, el negro era presa de ardiente cólera. El también, en el primer momento, había pensado en ellos, pero desechó la idea, tan grande era su terror, pues temía a esa orden secreta, de ritos misteriosos, y costumbres caníbales que ningún hombre vivo conocía.

Notó la característica mutilación del cuerpo, y tembló, pero su rabia dominó al miedo. Nyamwegi, había sido su amigo desde la infancia. Ansiaba vengar su muerte; pero ¿qué podía él contra tan numerosos enemigos? Las pisadas que se veían indicaban que eran varios los atacantes. El blanco, que, apoyado en su lanza, había seguido la corriente de los pensamientos de Orando en su rostro, le preguntó:

—¿Lo conoces?

—Era mi amigo.

El gigante, al oír esto, giró sobre sus talones y se alejo rápidamente hacía el sur.

El guerrero estaba indeciso; ¡el demonio lo abandonaba! Sintió un alivio; pero, después de todo, había sido un demonio benévolo, y algo en él inspiraba confianza y seguridad. Parecía fácil de tratar y él ansiaba mostrarlo en su aldea.

—¿Adónde vas? —le gritó.

—A vengarlo.

—Pero son muchos —le recordó Orando—, nos mataran.

—Son cuatro —contestó el blanco—, yo mato.

—¿Cómo sabes que son sólo cuatro? —inquirió el negro.

El gigante señaló el camino.

—Uno es viejo y cojea, otro es muy alto y delgado, y los dos restantes son muy jóvenes; sus pisadas son ligeras.

—¿Los has visto?

—He visto sus pisadas, y eso me ha bastado.

Orando estaba perplejo, ése era sin duda un rastreador maravilloso. Pero tal vez tenía sentidos sobrehumanos. Al ocurrírsele esta idea, el negro se estremeció.

—Podríamos seguirlos hasta su pueblo, y volver luego con mi padre, que es el jefe, y sus guerreros. Mi padre mandará mensajeros, a través de la selva, para convocar a los guerreros Utenga, del país Watenga. Así vengaremos a Nyamwegi.

Sin responder, su compañero se dispuso a partir. Algunas veces. Orando, que en su pueblo estaba considerado un buen rastreador, no podía distinguir huella alguna. Pero el demonio blanco nunca vacilaba, jamás detuvo su marcha. El guerrero negro estaba maravillado, y a la par de su asombro crecía su temor.

Mientras más reflexionaba, más convencido quedaba de que no era un mortal el que lo guiaba a través de la jungla. Si es que en realidad era un demonio, era uno bien singular, pues hasta ese momento no le había hecho ningún mal. Fue entonces cuando, siguiendo esta línea de razonamiento, se hizo la luz de repente, como producida por un relámpago, en el cerebro del negro. Esta criatura, que no le había producido ningún mal, y había adoptado forma humana, debía ser su espíritu protector y tutelar, el del antepasado cuyo nombre llevaba Orando; ¡era su muzimo!

Quiso discutir aún, pero el gigante ya se internaba en la jungla, con el inseparable mono al hombro.

Al perder de vista a su compañero, en un recodo, murmuró el negro:

—Esta es la última vez que veo a mi muzimo.

»Cuando cuente a los míos que he visto a mi muzimo, no me creerán. ¡Dirán que Orando es un gran mentiroso!

Ante su vista se extendía el sendero con rastros visibles del paso de los hombres fieras; los podía seguir; pero ¿cómo luchar contra ellos? Pero ni esta idea le hizo cejar en su empeño de seguir adelante. Trataría de localizar al pueblo de los Hombres Leopardos, para volver después con su padre y sus guerreros y exterminarlos.

Mientras trotaba ágilmente por el camino, devorando millas, el negro evocaba los sucesos de esa mañana. Naturalmente, el blanco era lo más

interesante de todo. Nunca le había ocurrido al hijo de Lobongo una aventura fin notable, y se deleitaba recordando hasta los menores detalles. Se sentía orgulloso de su muzimo y le intrigaba la expresión pensativa que asumía, como queriendo traer al presente algún lejano acontecimiento. ¿Qué trataba de recordar su muzimo?

Tal vez su remeta existencia en la tierra. Debía lamentar su estado actual de ser inmaterial y añoraba vivir la vida terrena con su secuela de amores y de pesares.

Si el cerebro de Orando trabajaba, sus pies no permanecían inactivos. En su distracción no observó que las huellas que seguían eran ya muy frescas; ése era el resultado de la lluvia, que aun mantenía húmedo el suelo; el negro, considerado buen rastreador en su pueblo, avanzaba lamentablemente distraído. Pero la jungla no es el lugar más apropiado para sumirse en los recuerdos o para acariciar ensueños.

Al llegar a un claro, le pasó inadvertido un leve movimiento entre el cercano follaje; de haberlo hecho, habría procedido con más precauciones. Cuatro pares de malignos ojos lo espiaban, sin perder un solo de sus movimientos. Cuando alcanzó el centro del claro, cuatro enardecidos salvajes se abalanzaron contra él.

Nunca se había encontrado Orando en presencia de los Hombres Leopardos, tan temidos como odiados; pero su idealidad era indudable.

Ya estaban sobre él…

Instantáneamente, todo temor desapareció del corazón negro. Era su amigo y su protector.

Era a él a quien había invocado esa misma mañana, antes de salir de caza, a quien ofrendara un tributo; de repente, lamentó no haber sido más generoso y haberle dedicado un tributo mayor; mirando las anchas espaldas de su muzimo, trotando incansablemente delante, pensó que lo ofrecido sería incapaz de aplacar su hambre. Pero tal vez los espíritus comen menos que los mortales, sin embarco recordó las palabras del blanco cuando placía un rato dijera que sentía hambre.

Bueno, parecía que había muchas cosas y costumbres de los muzimos que Orando ignoraba todavía. Pero ¿para qué preocuparse por detalles? Le bastaba saber que era su muzimo. Pensó si el monito que viajaba en su hombro sería asimismo un muzimo. Tal vez era el fantasma de Nyamwegi, sí, ¿por qué no?

El gigante y el simio parecían tan amigos como lo habían sido su amigo

y él. El pensamiento le agradó.

En un impulso, llamó al blanco:

—¡Muzimo!

El otro volvió su cabeza y le preguntó extrañado:

—¿Por qué me llamas Muzimo?

—Porque así te llamas.

—¿Me llamo así?

—Sí.

—Bueno, ¿qué quieres?

Esto convenció a Orando de que no se equivocaba. Qué afortunado era. ¡Cómo lo iban a enviar sus amigos!

—¿Qué querías? —insistió, el blanco.

—¿Te parece que nos acercamos a los Hombres Leopardos? —interrogó, por preguntar algo—, ¿encontraremos su pueblo?

—Nos aproximamos a ellos, pero el viento sopla en dirección contraria. No me gusta esto, porque Usha se me adelanta y les avisa que los estoy siguiendo.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó el negro—; el viento no cambiará su dirección por mí, pero tal vez lo haga si tu se lo ordenas.

—Usha no me obedece —contestó el gigante—, pero yo sé cómo burlarlo. Siempre lo hago. Cuando estoy cazando y Usha sopla de frente, no me importa, pues lleva mi olor a los que quedan detrás; pero, cuando vuela en sentido contrario, lleva mi olor a la presa que persigo. Pero viajando por los árboles me acerco sin que se percaten, muchas veces doy vueltas sobre las presas y cazo mejor; ¡vamos!

—¡Espera! —gritó el negro—. Yo no sé viajar por los árboles.

—Ve por el suelo entonces; yo me adelantaré por arriba.

III

HABLAN LOS MUERTOS

CUANDO la joven hizo fuego, Golato gritó aterrorizado, escapando de la tienda. Con su brazo derecho sostenía el izquierdo, herido. Kali-Bwana se levantó; y, una vez que estuvo completamente vestida, se colocó su cartuchera, de la que pendía el revólver, y se dispuso a pasar de pie las horas que faltaban hasta el amanecer, pues si Golato ya no era de temer, no sucedía lo mismo con los demás integrantes del campamento.

Encendió una linterna, y, sentándose en su silla de viaje, se dispuso a velar, con el rifle sobre las rodillas.

Pero si la joven esperaba a algún intruso, no se cumplió Su temor; y, ya tranquilizada, cayó en un profundo sueño.

Cuando despertó, hacía ya una hora que había amanecido. La tormenta había dejado el suelo convertido en un espeso fango, sembrado de ramas y hojas. Desde la puerta de su tienda llamó a su *boy* para que alistara su baño y su desayuno.

Vio a los negros portadores, preparando las cargas. Cerca de ellos se hallaba Golato, con su brazo en cabestrillo. Le pareció distinguir a su *boy*, y lo volvió a llamar, pero el negro, sin reparar en ella, continuó alistando unos atados.

La muchacha se le acercó, encolerizada:

—¿No me oyes? Te he llamado, Imba —le dijo—; prepárame el baño y el desayuno.

Imba, que era un salvaje de mediana edad, bajó la cabeza sin responder. Golato gozaba de la escena, aparentando mirar a otro lado.

Los demás, habían interrumpido sus tareas para oír: pero sus ojos miraban con hostilidad a la muchacha.

—Contéstame, Imba —pidió la joven—; ¿por qué no me obedeces?

—Golato es el jefe, él ordena. Imba obedece a Golato.

—Imba me obedece a mí —declaró la joven—. Golato no es más el

jefe.

Extrajo su revolver apuntando a Imba.

—Prepara mi baño —ordenó—. Anoche estaba oscuro, por eso erré. Ahora veo bien. ¡Ve a hacer lo que te mando!

Imba miró suplicante al ex-jefe, pero éste no le hizo caso.

Esta era una nueva Kali-Bwana, que Golato no conocía. Imba obedeció rápidamente. Los negros protestaban sordamente. Kali-Bwana se había impuesto, pero lo había hecho muy tarde. Las semillas de la disconformidad y de la rebelión ya habían germinado en esos cerebros africanos, y ella sabía que, de no poder desarraigarlos de un golpe, nunca triunfaría.

Sin embargo, tuvo la satisfacción de hacer que Imba preparara sus cosas, pero estaba terminando su desayuno cuando vio que los negros se aprestaban a iniciar la marcha, si bien ella nada había ordenado y su tienda no estaba plegada.

—¿Qué significa esto? —preguntó avanzando hacia ellos.

Un negro al que pensara ascender al puesto de Golato, se adelantó, respondiendo:

—Nos volvemos.

—No se pueden volver y dejarme sola —contestó ella.

—Puede venir con nosotros —dijo el negro.

—No quiero —gritó, encolerizada—. Ustedes se comprometieron a acompañarme a cualquier parte que yo fuese. Bajen esas cajas y esperen mis órdenes.

Al verlos quietos, empuñó su arma.

Intervino Golato.

—Cállese —ordenó—. Volvemos a nuestro pueblo, si Quiere saber por qué, le diré que es porque fue mala con Golato. Si hubiera sido buena, no tendría este castigo; si trata de detenernos, estos hombres la matarán. Puede venir nosotros, pero sin mandarnos. Yo soy el jefe ahora.

—No voy con ustedes; y, si me abandonan, ya saben qué castigo les impondrá el comisionado: le dejaré el mensaje en el último ramal del ferrocarril.

—Nunca podrá hacer eso —profetizó el negro.

Dio la orden de marcha.

Con el corazón estremecido, la joven los vio alejarse y perderse en la selva. Tuvo el impulso de seguirlos, pero su orgullo se lo impidió.

Por otra parte, sabía que no estaría segura en manos de ese safari amotinado, dirigido por quien representaba para ella más peligro que todos los del África en conjunto. Debía seguir adelante en el cumplimiento de su misión, aunque presentía que iba hacía la muerte. Se volvió a su tienda para pasar revista a las provisiones que le habían dejado. Su situación era angustiosa. No podía avanzar y no quería retroceder. Sólo le quedaba una alternativa; permanecer allí, estableciendo un campamento permanente, y esperar la posible, aunque remota ayuda, de otro safari. Pero tal vez hasta entonces pasarían largos meses. Sabía que al regresar su safari sin ella, las autoridades la someterían a un interrogatorio; si alguno de los negros dejase traslucir la verdad, enviarían una partida en busca suya; claro está, siempre que el astuto Golato no lograse convencerlos de su muerte. Le quedaba una leve esperanza de salvación y a ella se aferró.

Sí conseguía salvar su vida durante un tiempo todavía, podría triunfar. Revisando más detenidamente las provisiones, calculó que le alcanzarían para un mes, alimentándose moderadamente. Si, además, conseguía cazar algo, su espera podría prolongarse.

El hambre no era su sola enemiga; existía la posibilidad de enfrentarse con salvajes hostiles, o que contrajera una maligna fiebre tropical. La pobre joven trató de no pensar, y para ello comenzó a trabajar, ordenando el campamento, guardando en su tienda lo más importante, y comenzando la construcción de una *boma* o empalizada, como medio de protección nocturna.

La tarea era fatigosa y la obligaba a hacer frecuentes descansos, que dedicaba a escribir en su diario, pero omitiendo relatar los últimos acontecimientos, que anhelaba olvidar. Así, ocupaba sus horas, mientras el Destino le preparaba horas de prueba, que ella estaba muy lejos de imaginar.

Cuando los cuatro Hombres Leopardos, cayeron sobra Orando, el guerrero tuvo la rápida visión del cuerpo mutilado de su amigo, y se vio a sí mismo corriendo la misma muerte, pero su valor no lo abandonó. Él era un guerrero, y tenía una misión que cumplir. Defender a su pueblo, para el que los hombres fieras constituían un serio peligro, y vengar a Nyamwegi. Los enemigos verían cómo lucha un Utenga.

Uno de los hombres cayó bajo su lanza. Felizmente para él, los hombres leopardos usaban, según indicaban sus ritos, sus garras de acero con preferencia a otras armas; requerían sus lanzas o flechas cuando debían

enfrentarse con numerosas fuerzas. Las víctimas debían morir bajo sus garras, de lo contrario, sus propósitos religiosos no se cumplían. Enloquecidos por su fanatismo, arriesgaban sus vidas temerariamente. Esto daba a Orando una débil probabilidad de salvación.

Se acercaban los otros. Imitando en su ataque al animal Que personificaban. La jungla estaba silenciosa, como si esperase ansiosamente el desarrollo de la tragedia. Repentinamente el parloteo de un simio rompió el silencio; provenía de las ramas de un árbol situado a espaldas de Orando. Este vio que sus enemigos se detenían aterrorizados. Aventurándose a mirar hacia atrás, presenció un espectáculo que infundió esperanza a su corazón. Entre las manos de su muzimo, un negro, ahogándose, se retorcía indefenso.

De repente, sonaron en la selva roncos rugidos; Orando, temiendo a algún nuevo enemigo, se dio vuelta y en ese momento una veloz figura pasó a su lado, atacando al guerrero más próximo al Utenga. El corazón de éste latió apresuradamente al comprender que los rugidos salían de la garganta de su muzimo. Si a Orando esto le causó sorpresa, a los Hombres Leopardos los sumió en el colmo del terror. Uno de éstos emprendió la fuga, abandonando al último sobreviviente.

Orando pudo entonces ir a prestar ayuda al gigante blanco, pero éste no la necesitaba. Con una mano retenía las dos garras y con la otra oprimía la garganta del sálvate; gradualmente se debilitaron sus movimientos, hasta que, después de una última convulsión, quedó inmóvil, muerto. Muzimo lo arrojó a un lado, pero después, como llevado por un impulso desconocido, colocó un pie en su pecho. Lo que sobrevino fue notable. Una nube pareció desprenderse de sol rostro, levantó su mirada de expresión salvaje al cielo, y dejó escapar de su garganta un grito gutural y extraño. Orando, en el límite de la estupefacción, sintió temblar sus rodillas.

El Utenga había oído ese grito antes, en el corazón de la jungla; conocía su significado; era el grito de victoria de los monos antropoides. ¿Por qué el gigante celebraba su triunfo como ellos?

Esto atemorizaba tanto a Orando como la materialización de su espíritu tutelar. Nunca había puesto en duda la existencia de los muzimos, pero siempre les había atribuido cualidades humanas. Súbito temor le asaltó; ¿sería que su muzimo lo era también de algún león al mismo tiempo que de un mono? ¿No podría ser que su muzimo, obrando con el espíritu del león o del mono se transformase en mía amenaza en lugar de ser una bendición?

Abrigando cierto recelo observó tímidamente al blanco; notando con alivio que una expresión de tranquila dignidad había reemplazado a la de fiereza. Además vio que el mocito descendía del árbol en el que se refugiara durante la lucha, acomodándose en sus hombros, y, tomando esto como la señal más segura del buen talante de su muzimo, se le acercó, aunque no muy tranquilo.

—Muzimo —articuló con timidez—, viniste a salvar la vida de Orando. Es tuya.

El gigante pareció pensar; su mirada era interrogativa:

—Tú habías salvado antes mi vida —dijo lentamente—, hace ya mucho tiempo.

—Fue esta mañana, Muzimo.

—Esta mañana —repitió el gigante, pensativo—. Sí, teníamos que cazar; tengo hambre, cacemos.

—¿No perseguimos al que se escapó? —preguntó el negro—. Tendríamos que seguirlo, para saber dónde queda su aldea; sólo así podré volver con mi padre y sus guerreros a vengar a Nyamwegi.

—Antes, veamos qué dicen los muertos —dijo el Muzimo—, tendrán algo que contarnos.

—¿Puedes hablar con los muertos? —temblaba la voz del negro.

—Los muertos no hablan con palabras —explicó Muzimo—, pero igual se explican. Veamos.

—Este —continuó mientras observaba el cadáver de una de las víctimas— es el más corpulento de los jóvenes. Allí está el alto y flaco, y más lejos, con tu lanza en el corazón, está el viejo y cojo. Estos nos dicen que el que se fugó, es el más pequeño de los jóvenes.

Se dedicó a examinar las armas y adornos de los muertos, vaciando el contenido de sus bolsas en el suelo en la del más anciano, encontró trozos de cuerpo humano.

—No hay duda de que éstos habían matado a Nyamwegi —opinó Orando—. Esas son las partes que arrancaron de su cadáver.

—Nunca dudé que habían sido ellos —fue la respuesta—. No les pregunté eso a los muertos.

—¿Qué te dijeron, Muzimo?

—Sus dientes afilados me indicaron que son caníbales; sus amuletos y el contenido de sus bolsas, que viven a orillas de un gran río, que son pescadores, y que temen a Gimla, el cocodrilo. Por sus cicatrices y sus

armas, sé de qué tribu son, y dónde está ésta. Ya ves, no necesitamos seguir al joven guerrero; sus amigos ya me han dicho a donde se dirige. Ahora cazaremos. Más tarde iremos al pueblo de los Hombres Leopardos.

—Desde que hoy por la mañana te rogué que me protegieras, así lo has hecho —aseguró humildemente Orando—, y si ahora acercas los animales a mí y consigo comida, mis oraciones se habrán cumplido por completo.

—Los animales van a donde ellos quieren ir —respondió, sonriendo Muzimo—, no los puedo mandar hacia ti, pero puedo guiarte hacia el lugar en que ellos estén, y tal vez echarlos hacia ti. Vamos.

Volvió por el mismo sendero y tomó un trote rápido, mientras Orando lo seguía, contemplando sus anchas espaldas y al mono, o el espíritu de Nyamwegi, sentado sobre ellas.

En silencio viajaron un largo rato hasta que por fin Muzimo, repentinamente, hizo alto.

—Adelántate en silencio —ordenó—; siento el olor de Wappi, el antílope; yo iré por arriba y lo atacaré del otro lado. Cuando me huela, echará a correr hacia tu lado. Prepárate.

Con la última palabra desapareció en las alturas, dejando a Orando maravillado y orgulloso de poseer un Muzimo corno ningún otro mortal pudo jamás ostentar. Ansiaba terminar con la cacería para retornar a su aldea, y gozar con la envidia que le tendrían los del pueblo, al mostrarles él su nueva e increíble adquisición. Ya era algo ser jefe, hijo del jefe o médico-brujo, pero el poseer un muzimo con el cual se pudiera hablar, y confraternizar, yendo luego a cazar juntos, bueno, eso era una gloria jamás igualada.

Los risueños pensamientos de Orando se vieron interrumpidos por el ruido de algún animal aproximándose por el camino, rápidamente, aunque no en fuga. Para cualquier oído menos avezado habría pasado inadvertido; o, de haberlo oído, no lo hubiera reconocido.

El cazador se ocultó detrás de un árbol, en un recodo; ahí quedó como una estatua de bronce, si bien sabía que sería descubierto, si no por la vista, por el olfato del habitante de la jungla, ya que el mismo, era su sentido más desarrollado.

El viento iba en el mismo sentido que la presa, impidiéndole oler al cazador; si éste permanecía inmóvil, el animal se acercaría lo suficiente como para arrojarle la lanza.

Un instante después, hacía su aparición uno de los ejemplares más raros

del África; un okapi. Orando nunca había visto uno, pues esa especie vivía más al oeste de donde alcanzaban los límites del país de los Utengas. Notó su parecido con las jirafas en sus extremidades, pero su cuello corto lo decepcionó; ignorando qué animal era, creyó que sería una especie de antílope.

La sangre hervía en las venas del cazador, pero permaneció tranquilo. No debía cometer errores; un paso hacia el camino, al mismo tiempo que arrojase la lanza, las dos acciones pareciendo una sola.

El okapi se dio la vuelta para huir; el hombre no se había movido, ni había oído nada; pero el animal se había asustado de algo.

El cazador estaba furioso; avanzó para herirlo, en un fútil intento; pero, al levantar su brazo, lo detuvo en su camino, expectante.

Desde los árboles se había arrojado, como un rayo, sobre el okapi, cayendo sobre su lomo, su Muzimo.

De la garganta del gigante salían entremezclados gruñidos y rugidos que tuvieron el poder de erizar a Orando, el guerrero. Vio vacilar al animal con el choque, y que una mano aferraba su hocico. Con extraordinario despliegue de fuerza llevó la cabeza de éste hacia atrás, hasta que sus vértebras crujieron, y su cuello se quebró. Al mismo tiempo un cuchillo atravesaba su yugular. Orando oyó luego, otra vez, el horripilante grito de guerra. Lejana y apagada, llegó la respuesta de un viejo león.

—Comamos —dijo el muzimo, mientras cortaba generosas porciones del okapi.

—Sí, comamos —apoyó Orando.

Muzimo tendió al hijo de Lobongo su parte, mientras que él, poniéndose en cuclillas, devoraba su ración, desgarrando la carne cruda con sus fuertes y blancos dientes.

El fuego destinado a cocer los alimentos, era tan poco usado por ese dios salvaje, como lo fuera en remotas edades, cuando el hombre aun no lo conocía.

Orando dudó un instante; prefería la carne cocida, pero no quiso desmerecer su valor ante los ojos de su muzimo, y se acercó para comer a su lado.

El blanco lo miró y una luz salvaje brilló en sus ojos, al mismo tiempo que rugía, sus dientes hincados aún en el sanguinolento trozo. Orando lo contempló mientras acudía a su mente el recuerdo de un león al que interrumpiera una vez durante su comida; la analogía era perfecta. El negro

se alejó y atacó su propia comida.

Así, devoraron cada cual sus alimentos en un silencio que sólo quebraban de cuando en cuando los gruñidos del gigante blanco.

IV

SOBITO, EL MÉDICO BRUJO

DELANTE de una tienda vieja y que ostentaba varios remiendos, se encontraban sentados dos hombres blancos. Sus ropas se hallaban, si eso era posible, más gastadas y zurcidas que su tienda. Cinco negros rodeaban una fogata a corta distancia. Otro negro se atareaba ante un fuego más pequeño, preparando la comida para los blancos.

—Estoy cansado de todo esto —recalcó el de más edad.

—Entonces, ¿por qué no se va? —le preguntó su compañero, que no aparentaba tener más de veintiuno o veintidós finos.

—¿Adónde ir? —quiso saber, encogiéndose de hombros, su compañero —. No sería más que un paria, de vuelta en mi país. Aquí, puedo tener la satisfacción de tener sirvientes, si bien sé que no me respetan; esto me presta cierta distinción y me confiere categoría. Además no tengo a nadie que me espere. Pero usted, no sé qué está haciendo aquí, a no ser que sea contraer alguna fiebre maligna. Es joven, tiene toda la vida por delante, y puede hacer la vida que más le convenga.

—¡Un momento! —le interrumpió el otro—; usted habla como si tuviese cien años, pero todavía, no tiene treinta: recuerde que me dijo su edad cuando nos conocimos.

—A los treinta años se es viejo —declaró su interlocutor—; un hombre debe recorrer un largo camino antes de llegar a tener esa edad y haber conseguido hacerse de una posición, mi padre, por ejemplo…

De repente, guardó silencio; su compañero, por su parte, no le hizo ninguna pregunta.

—Bueno, seríamos sólo un par de vagabundos, si volviéramos allá.

—Usted nunca sería un vagabundo en ningún lado —le aseguró gentilmente su compañero. De repente, se rió.

—¿De qué se ríe?

—Me estoy acordando de nuestro primer encuentro. Usted trató de

hacerme creer que se hallaba huyendo de la ley. Fue una buena representación de un buen actor.

El que se llamaba Kid, sonrió con esfuerzo.

—Fue una demostración de mis habilidades histriónicas —admitió—, pero usted. Viejo, por su parte, tampoco consigue engañar a nadie. Oyéndolo, podría pensarse que nació en la Jungla; entre gorilas; pero yo siempre me dije: «Kid, éste se educó en Princeton o en Yale; posiblemente en Yale».

—Pero nunca me preguntó nada, por eso le cobré simpatía.

—Usted tampoco lo hizo, por eso me agradó. Tal vez ésa es la razón de que nos hayamos llevado tan bien. La gente que hace preguntas tendría que ser conducida con mucha consideración contra una pared, y ser fusilada. El mundo se transformaría en un lugar más bueno.

—Sí, Kid, pero es raro que, después de haber sido tan buenos amigos durante un año, no sepamos nada el uno del otro.

—Sin duda, pero hay cosas que un hombre no puede contar a otro, ni aun a un amigo.

—Cierto. Lo que nosotros no nos decimos es Justamente la causa de que estemos sepultados en África. Mi desgracia fue una mujer; por eso las odio a todas. Estas nativas Shebas me bastan, aunque ofenden mí olfato.

—Muchachas salvajes, con estiércol y piojos en su cabello —aprobó Kid—, sólo por eso sería capaz de enamorarme de la primera mujer blanca con quien me cruzase…

—¡Yo no! —saltó el más viejo—. Odio hasta la vista do una mujer blanca y espero no ver otra en toda mi vida.

—Apuesto a que se enamora de la primera falda que vea, si es que tengo algo para apostar.

—Pronto no tendremos nada ni para comer, ni para cazar, si no tenemos un poco de suerte —observó el otro—. Comienzo a creer que todos los elefantes de África han abandonado el continente con destino desconocido.

—El viejo Bobolo juraba que los encontraríamos aquí, pero estoy por creer que es un mentiroso.

—Hace tiempo que yo sospecho lo mismo —admitió el mayor.

Kid lió un cigarrillo.

—Todo lo que quería era alejarnos de su tribu, sobre todo a usted. A causa de la marcada simpatía que su hija favorita le manifestaba. Viejo, creo que usted es un mimado de las mujeres.

—Es precisamente porque no lo soy, por lo que me encuentro aquí.

—Eso dice usted.

—Kid, estoy pensando que el que está loco por las mujeres es usted. Olvídelas por un rato y hablemos de negocios. Le digo que tenemos que obrar y pronto. Si estos leales compañeros nuestros no llegan a ver un elefante pronto, nos abandonarán. Saben que, si no hay marfil, no hay pago.

—¿Y qué podemos hacer? ¿Fabricar elefantes?

—Salir a buscarlos, eso es lo que debemos hacer. Hay elefantes en estos lugares, pero no van a venir a nuestro campamento para ser acribillados; los nativos no tienen iniciativa, tenemos que ir nosotros mismos. Podemos salir en direcciones opuestas, con un par de hombres y provisiones para varios días. Si no encontramos rastros de elefantes, opinaré que soy una cebra.

—¿Cuánto tiempo podremos seguir en eso sin ser atrapados?

—Hace ya dos años que me dedico a esto y aquí estoy; créame, no me gustaría que me sorprendieran. ¿Conoce las prisiones?

—No se atreverían con hombres blancos, ¿no?

—Seguro que sí. Los cazadores de marfil los ponen más rabiosos que el mismo diablo.

—No se lo reprocho —uno Kid—; es un trabajo sucio.

—¿Acaso no lo sé? —El mayor golpeó sus manos con violencia—. Pero un hombre tiene derecho a vivir como puede, ¿no es así? Si yo tuviera otro medio de vida, no me dedicaría a esto. No crea que me seduce el trabajo o que me enorgullezco de él. Trato de no pensar en la ética del asunto, tanto como evito recordar que alguna vez fui un hombre decente. Soy un paria, un miserable y cobarde ser. Por qué vivo, eso solamente Dios lo sabe. Nunca he evitado los peligros, pero parece que algo me protegiera. Si sirviera para algo, o si alguien temiera por mí, hace rato que habría muerto. Pareciera que el diablo se complace en hacerme sufrir, antes de engancharme con su horquilla y tirarme de cabeza al infierno.

—No diga tonterías —le previno Kid—. Yo estay, igual que usted. De todos modos, tengo hambre. Olvidemos todo esto y comamos.

—Saldremos mañana —acordó el Viejo.

Muzimo se mantenía en silencio, con los brazos cruzados, entre una confusión de excitados nativos, en el pueblo de Tumbai. Sobre sus hombros, se mantenía firme el espíritu de Nyamwegi, que gritaba sin cesar.

Afortunadamente, los negros no comprendían su lenguaje. Echaba

sobre ellos todos los insultos y maldiciones que se conocen entre los habitantes de la jungla. Desde el refugio de los hombres de Muzimo, los desafiaba a pelear, anunciándoles lo que haría con ellos en cuanto se acercasen. Los desafiaba a todos juntos, nada menos. No importaba cómo viniesen, quería simplemente que se acercaran.

Si los nativos no prestaban la menor atención al espíritu de Nyamwegi, no podía decirse lo mismo con respecto al s Muzimo, al que admiraban aun antes de que Orando relatase los acontecimientos. Su relato prodigioso hacía que todos se mantuviesen a respetuosa distancia de esa criatura de otro mundo.

Había sin embargo en la aldea un habitante no muy convencido, mejor dicho, francamente escéptico. Era, como es lógico, el médico-brujo, al que su profesión le impedía creer en milagros que no proviniesen directamente de él mismo. Pero todas sus sensaciones las ocultaba bajo un manto de completa indiferencia, porque siempre conviene impresionar a la plebe manteniéndose dueño de la situación.

El hecho, de que toda la atención de su devota grey sólo tuviera ojos para el Muzimo, lo enervaba y arruinaba su presagio. Para llamar la atención de todos, se acercó, al Muzimo. El espíritu de Nyamwegi dio un chillido y se refugió tras la espalda de Muzimo. Todos miraron hacia ese lado, que era lo que el hechicero quería. Todas las conversaciones cesaron, todos los ojos convergían en ellos. El momento era oportuno.

—Tú dices que eres el muzimo de Orando, el hijo de Lobongo. Pero ¿cómo podríamos saber si lo que dices es cierto? También dices que ese mono es el espíritu de Nyamwegi. ¿Cómo lo podemos creer?

—¿Quién eres tú, anciano, que haces estas preguntas? —inquirió Muzimo.

—Soy Sobito, el médico-brujo.

—Dices que eres Sobito, el hechicero; pero ¿cómo puedo yo saber que eso es verdad?

—Todo el mundo me conoce —se enfureció el médico brujo. Había descubierto que tenía que ponerse a la defensiva, y eso no era lo que quería —. Pregúntale a cualquiera, él te dirá.

—Muy bien entonces; pregúntale a Orando quién soy yo. Solamente él me conoce. Yo nunca le he dicho que soy su muzimo. A nadie he dicho que el monito es el espíritu de Nyamwegi. Yo no he dicho nada. A mí no me importa quién creas que soy yo; si quieres saber algo, pregúntale a Orando.

Se dio la vuelta alejándose del hechicero que estaba en el colmo de la furia, por el papel poco lucido que había desempeñado ante sus fieles.

Fanático, egoísta e inescrupuloso, el viejo hechicero era toda una autoridad en el pueblo. Durante largos años había ejercido su influencia, unas veces para bien y otras para mal, sobre la tribu. Lobongo, el jefe, no era tan poderoso como él, quien manejaba al pueblo como quería, aprovechando sus creencias y supersticiones en provecho propio.

La tradición, y el afecto unían al pueblo y a Lobongo, su jefe por derecho propio; el temor los ligaba a Sobito, al que odiaban con todas sus fuerzas. Les placía que el Muzimo le hubiera dado una lección, pero, cuando el hechicero lo desafiara, ninguno se había atrevido a manifestar su fe en el Muzimo.

Más tarde los guerreros se reunieron en torno a la choza de Lobongo, para oír una versión más tranquila y completa de Orando. Lo habían oído ya varias veces. Pero debía ser repetido en todos sus detalles ante el jefe y sus guerreros reunidos en asamblea. Una vez más Orando repitió la historia: cuanto más valiente aparecía él mismo, más maravilloso se destacaba el Muzimo; por ultimo terminó su relato con un llamado al jefe y sus guerreros incitándolos a reunir a todos los Utengas de los distintos pueblos, para dirigirse a vengar la muerta Nyamwegi. Muzimo —agregó— les guiaría hasta la aldea de los hombres leopardo.

Hubo gritos de aprobación de parte de les jóvenes, pero la mayor parte de los ancianos continuaban sentados en silencio. Siempre ha sido igual en todas Partes y en todas las épocas; la juventud quiere guerra, los mayores, desean paz. Lobongo era un anciano; estaba orgulloso de su hijo, que pedía valientemente la guerra. Eso era lo que experimentaba como padre; pero como hombre de edad, estaba en contra de la guerra. También él había guardado silencio. No así Sobito. Por razones personales, que no quería divulgar, y además por su odio hacia el Muzimo, se dispuso a exponer su idea contraria a la guerra.

—¿Quién habla tan estúpidamente de una guerra? —preguntó—. Los jóvenes. ¿Qué saben ellos de guerra? Solo piensan en la victoria. Olvidan los riesgos. Si hacemos la guerra a un pueblo, sus guerreros vendrán a su vez a atacarnos a nosotros. ¿Qué ganamos haciendo la guerra los hombres leopardos? ¿Quién sabe donde está su pueblo? Debe estar muy lejos. ¿Por qué habrían de ir nuestros guerreros tan lejos a atacar? ¿Porque Nyamwegi fue asesinado? Bueno, ya lo han vengado. ¿A que viene esta tontería de

hablar de guerra? ¿Quién empezó? Tal vez ese extraño entre nosotros que nos desea males —miró a Muzimo—. ¿Y por qué? A lo mejor los hombres leopardos mandaron un espía para obligarnos a llevarles la guerra. Entonces todos nuestros guerreros caerían en una emboscada y morirían. Tal vez estoy en lo cierto. No hablemos más de la guerra.

Cuando Sobito concluyó la arenga y volvió a ponerse en cuclillas, Orando se puso de pie. Estaba molesto por lo que este había dicho; por haberse opuesto a la guerra, y por haber dudado de la integrad de Muzimo. Pero su rabia estaba dominada por el miedo que sentía. ¿Quién se opone abiertamente a las poderosas fuerzas ocultas, cuyo odio lleva a la muerte y al desastre? Aun siendo un valiente guerrero y un amigo leal, además llevaba Orando en sus venas sangre de Jefes; por lo tanto, podía dejar los infundios de Sobito sin contestar.

—Sobito —dijo— ha hablado en contra de la guerra; los ancianos hablan oponiéndose a la lucha, lo que está bien en boca de un hombre venerable. Orando es joven, pero aun así estaría en contra de una guerra inútil, hecha sólo con el fin de lucirse ante las mujeres; pero tenemos un motivo para una guerra. Nyamwegi ha sido muerto, era un gran guerrero, y un buen amigo. Por haber exterminado a los que lo mataron no podemos decir que esté vengado. Debemos hacer la guerra al jefe que envío a esos hombres contra la tribu de Utenga, o, de lo contrario, dirán que los Utengas no son mas que unas mujeres viejas, de tan cobardes. Podrían pensar que cada vez que necesiten carne humana, no tienen más que venir a buscarla al país Watenga.

»Sobito ha dicho que tal vez los hombres leopardos hayan mandado a Muzimo para hacernos caer en una emboscada. Pero él no es amigo de los hombres leopardos. Orando le ha visto matar a dos de ellos, huyendo otro al verlo. Si Muzimo hubiera sido su amigo; no habría huido. Yo soy Orando, el hijo de Lobongo. Algún día seré jefe. Nunca llevaría a los Utengas a un desaire. Pienso ir al pueblo de los hombres leopardos y combatirlos, para que sepan que no todos los Utengas son viejas mujeres. Muzimo me acompaña, los que quieran seguirme, pueden hacerlo.

Muchos de los guerreros jóvenes patearon en señal de aprobación. Dieron al aire su grito de guerra y blandieron belicosamente sus lanzas; uno de ellos, describiendo círculos, clavaba su lanza en tierra, exclamando:

—¡Así mataré a los hombres leopardos!

Otro blandía su cuchillo:

—¡Cortaré el corazón del jefe de los hombres leopardos!

Hacía como que masticaba algo.

—¡Comeré el corazón del jefe de los hombres leopardos!

—¡Guerra! ¡Guerra! —gritaban, bailando bajo los rayos del sol, que se reflejaban en sus cuerpos sudorosos, mientras sus rostros hacían espantosas muecas.

Lobongo se puso de pie. Su voz profunda pidió silencio a los bailarines: uno por uno fueron quedando inmóviles, reunidos en un grupo detrás de Orando.

—Los jóvenes quieren guerra, pero no habrá guerra porque la pida la juventud ansiosa de lucha. Hay tiempos de paz y tiempos de guerra. Debemos averiguar si éste es el tiempo propicio para la guerra; sin duda, de no serlo, sólo encontraríamos la muerte y el fracaso. Antes de decidir nada, debemos consultar a los fantasmas de los antiguos jefes.

—Están esperando que los dejemos hablar —declaró Sobito—; guarden silencio mientras hablo con los jefes muertos.

Mientras hablaba, los habitantes lo habían rodeado, hasta que, en el centro del círculo, quedó sola la siniestra figura del hechicero. De su bolsa fue sacando cosas que desparramó por el suelo, delante suyo; pidió ramas secas, y hojas verdes; y, cuando se las trajeren, hizo un pequeño fuego. Semiagachado, el médico-brujo se fue desplazando lentamente alrededor del fuego, sin apartar por un instante la mirada de la pequeña columna de humo que ascendía lentamente. En una mano sostenía una bolsita hecha de la piel de un roedor, y en la otra la cola de una hiena.

Gradualmente, el celebrante comenzó a acelerar el paso, hasta alcanzar prodigiosa velocidad: pero siempre sus ojos permanecían fijos en la espiral de humo. Con la danza intercalaba misteriosas palabras y horribles gritos, que mantenían en suspenso a su auditorio.

Se detuvo de repente y arrojó unos polvos que sacó de su bolsa sobre las brasas. Luego; con la punta de la cola de la hiena, dibujó una tosca figura geométrica en el suelo, cerca del fuego. Pareció concentrarse y escuchar, con los ojos cerrados, ciertas misteriosas voces, que sólo él podía percibir.

En silencio, los guerreros esperaban el momento de la revelación. Era un momento de expectativa, que Sobito, con toda maestría, prolongó lo suficiente para hacer sentir su poder sobrenatural. Por último, cuando lo creyó oportuno, abrió sus ojos y paseó su majestuosa mirada por los rostros

de sus fieles.

—Han hablado muchos espíritus —expresó—, pero todos son contrarios a una guerra. Los que combatan a los hombres leopardos, morirán fatalmente. Ninguno de los guerreros volverá. Los espíritus están furiosos contra Orando. El verdadero muzimo de Orando habló conmigo; está enojado con Orando. No se debe hacer caso a lo que diga Orando. Esto es todo. Los jóvenes no deben emprender una guerra contra la aldea de los hombres leopardos.

Los guerreros que se hallaban de parte de Orando, miraron interrogativamente a éste y a Muzimo. La duda se traslucía en sus semblantes. Imperceptiblemente se fueron alejando de Orando. A su vez, el hijo de Lobongo miró con aire de duda a su discutido Muzimo:

—Si Sobito ha dicho la verdad, tú no eres mi Muzimo —en sus palabras se ocultaba un velado desafío.

—¿Qué sabe Sobito de nada? —preguntó el gigante blanco—. Yo también puedo prender un fuego y menear la cola de Dango. Puedo hacer marcas en el suelo y echar polvos en las brasas. Y, después de eso, decirles lo que se me diera la gana decirles, tal como ha hecho él. Pero todo esto no prueba nada. La única forma de saber si triunfarían en un ataque a los hombres leopardos, sería enviar guerreros a hacerles la guerra.

El viejo hechicero temblaba de rabia. Nunca nadie había osado poner en duda sus profecías. Tan ciega había sido la fe de su pueblo en sus poderes, que él mismo había terminado por creerse dotado de poder sobrenatural. Señaló hacia el Muzimo, con su índice tembloroso:

—Hablas y dices mentiras —gritó—; tú odias mis predicciones. Nadie podrá librarte ya. Estás perdido. Morirás.

Hizo una pausa, mientras una nueva idea acudía a su cerebro:

—A no ser que te alejes de aquí para no volver jamás.

No poseyendo la mínima idea de que pudiera tener otra identidad, en el cerebro de Muzimo se había fijado la interpretación de Orando sobre la misma; no en vano había oído decir tantas veces, que era el espíritu ancestral y protector, el muzimo del hijo del jefe.

No temía a Sobito; además se le había ocurrido la idea de que, siendo un espíritu, no podía morir; y, por lo tanto, la maldición del hechicero no lo afectaba para nada.

—No me iré de aquí —declaró—; no temo a Sobito. Los habitantes de Tumbai, estaban aterrorizados; jamás nadie se había atrevido a ignorar una

amenaza del médico-brujo, ni mucho menos a desafiarlo abiertamente. Esperaban que algún encantamiento destruyera en el acto y ante sus ojos a Muzimo, pero nada de eso ocurrió.

Miraron a Sobito, esperando que hiciera algo, y esto obligó al hechicero a sobreponerse al temor que sentía ante el gigante; se adelantó hacia el blanco, blandió la cola de hiena, mientras decía:

—¡Muere! Nada puede salvarte. Antes que la luna se eleve por tercera vez, estarás muerto. ¡Mi poder ha hablado!

Nuevamente, agitó la cola de hiena ante el rostro del Muzimo.

El blanco permanecía cruzado de brazos, sonriendo:

—Soy Muzimo —respondió—. Soy el espíritu del antepasado de Orando. Sobito es sólo un mortal. Su poder es la cola de Dango.

Mientras hablaba, arrancó de las manos del médico-brujo la cola de hiena.

—¡Esto hace Muzimo con la amenaza de Sobito! —gritó, arrojando la cola al fuego ante el asombro de los circunstantes.

Llevado por su fanatismo, desechando toda cobardía, el brujo se abalanzó contra Muzimo, blandiendo una brillante hoja en su mano. En su rostro había una ráfaga de locura. Mostraba sus amarillentos dientes personificando la imagen de la furia.

Pero por cobarde y rápido que fuese su ataque, Muzimo estaba preparado para recibirlo. Una bronceada mano atenazó una muñeca del negro con dedos de acero; la otra sacó el cuchillo de su mano y lo sostuvo en alto, fuera de su alcance. El hechicero era una masa inerte, ingrávida y fláccida.

Una ola de terror pareció bañar a los espectadores; un ídolo estaba entre las garras de un hereje. La situación se había planteado demasiado rápido para sus simples cerebros, que no sabían como resolverla.

Tal vez fue una suerte para Muzimo que Sobito estuviese muy lejos de ser un ídolo venerado.

Muzimo miró a Orando, como esperando su decisión:

—¿Lo mato? —preguntó con tono indiferente.

Orando estaba tan horrorizado como todos los suyos; toda una vida de fe en los poderes sobrenaturales del brujo no podía borrarse en un instante.

Pero a este sentimiento se mezclaba otro de muy humana debilidad. El que había hecho eso era su muzimo, y no podía evitar el sentirse orgulloso de la valentía del espíritu de su antepasado. Sin embargo, un hechicero es

un hechicero, y su poder lo conocen todos. No era propio ni prudente tentar tanto al Destino.

—¡No! —gritó, corriendo hacia él—. ¡No lo mates!

En las ramas de un árbol cercano, un monito sediento de sangre, gritaba:

—¡Mátalo! ¡Mátalo!

Era el espíritu de Nyamwegi el que así ordenaba.

Muzimo depositó al brujo en el suelo, en una pose ridícula.

—No es bueno —declaró—; ningún hechicero es bueno. Su poder no existe. Si no, ¿por qué no lo supo proteger? Sobito hablaba por hablar. Si hay verdaderos guerreros entre los Utengas, que vengan con Orando y Muzimo a hacer la guerra a los hombres leopardos.

Un ronco rugido de aprobación salió de las gargantas de los jóvenes guerreros; en la confusión que seguidamente se suscitó, Sobito huyó cobardemente, hacia su choza. Cuando Legó a ella, desde un lugar seguro, levantó su voz:

—Voy —declaró—, a preparar una poderosa medicina; esta noche, el que dice llamarse Muzimo, morirá.

El gigante avanzó unes pasos en dirección al viejo, pero éste desapareció rápidamente. Los jóvenes, viendo así destruido el maligno poder de Sobito, gritaron nuevamente pidiendo guerra.

Aun los más ancianos ya no hablaban más de paz. Ellos también habían temido y odiado a Sobito. Se alegraban de ver su poder destruido. Mañana tal vez lo temerían nuevamente, pero por el momento se sentían felices de estar libres de su poder, por primera vez en la vida.

Lobongo, el jefe, no quería ordenar las hostilidades; pero, bajo la influencia de Orando y los demás, ordenó que se preparara una partida.

A toda prisa se despacharon mensajeros a los pueblos cercanos, en busca de refuerzos, y comenzaron los preparativos para la danza que debía tener lugar esa misma noche.

Debido a que Lobongo se había opuesto a una guerra en forma, no se hizo hablar a los tambores que convocan a la guerra; pero las noticias circulan rápidamente en la jungla. Apenas había comenzado a caer la noche, cuando hicieron su aparición pequeños grupos de guerreros procedentes de las aldeas más próximas, para unirse a la escasa veintena do voluntarios de Tumbai. Se ejercitaban ante los ojos admirativos de las hermosas, se prepararon los manjares y la bebida nativa, necesarios para la

festividad que te celebraría.

De Kibbu habían llegado unos diez guerreros, entre ellos el hermano de la amada de Nyamwegi, y Lupingu, que había sido rival del muerto. Todos deseaban la gloria, y el pobre Nyamwegi había sido olvidado ya por todos, menos por el fiel Orando.

Se hablaba de guerra y de los grandes hechos que se realizarían, pero también era tema de conversación la derrota de Sobito.

Los chismes sobre la aventura se pasaron a los guerreros de los otros pueblos, y, como resultado de los mismos, la gloria de Muzimo pasó a dar a la aldea de Tumbai, más prestigio que el que le diera jamás Sobito con sus brujerías.

Los visitantes miraban con curiosidad al Muzimo.

Lupingu, lo miraba y se sentía confundido. Quería hablar además con el brujo, porque hacía poco le había comprado un filtro para despertar amor. ¿Y si después de todo hubiera tirado lo que le costara? Si Sobito no tenía poder, ¿qué haría? Pero quería saber por el mismo hechicero qué había de cierto en lo que se murmuraba.

Existía, por otra razón, la necesidad de consultar al hechicero. Era una razón poderosísima.

En cuanto pudo hacerlo sin que nadie se percatara, Lupingu se dirigió a la choza del médico. Lo encontró sentado en el suelo, entre talismanes, y poderosos encantamientos, que revestían las más diversas formas. Bajo una marmita, ardía un pequeño fuego; a su débil resplandor, las facciones del viejo reflejaban tanta maldad, que Lupingu tuvo que dominarse para no salir escapando de la cabaña.

Lupingu permaneció, sin embargo, largo rato en compañía del hechicero. Sus cabezas se juntaron, hablando en murmullos.

Cuando el guerrero abandonó la tienda, llevaba consigo un amuleto que lo sacaría indemne de iodos los peligros, y en su cerebro un plan, que le producía a la vez terror y satisfacción.

V

«¡ES UN MALEDUCADO, UN GROSERO!»

HABÍA padecido largos días de soledad. Interminables noches de terror. Los tristes pensamientos y el haber desechado ya toda esperanza, la hacían sufrir tanto como si fuese su cuerpo el que hubiese sido lacerado. No había perdido la razón, al verse abandonada por su safari, porque estaba dotada de un gran valor. Todo lo sucedido le parecía remondarse a muchos años atrás, y había pasado sólo algunos días antes.

Ese día había podido cobrar una pieza; un pequeño jabalí. No sabía que, al oír su lejano disparo, un hombre blanco se había detenido, muy asombrado, en su camino por la jungla. Tres negros, que lo acompañaban, se habían puesto a comentar el incidente, muy excitados.

La muchacha, haciendo acopio de fuerzas, había conseguido despojar a su víctima de las entrañas, para así reducir su peso, con el fin de arrastrarla hasta su campamento; pero el esfuerzo realizado había terminado con sus últimas resistencias.

Pero la comida que obtendría en esa forma, le era tan indispensable, que no podía despreciarla. Durante horas había tirado de esa masa inerte, descansando repetidas veces, hasta caer por fin, exhausta, ante su tienda.

Ciertamente no le proporcionaba alivio a su fatiga el pensar la tarea que aun tendría por delante antes de dejar la carne preparada y en lugar seguro. Era un trabajo propio de un carnicero; la idea la descomponía. Nunca en su vida, había llegado para la joven la oportunidad de ver faenar a un animal, hasta que iniciara su viaje con ese maldito safari.

No contaba con los elementos adecuados para la preparación, pero la necesidad barre con todos los obstáculos así como se transforma, cuando el caso apremia, en la fuerza generadora del ingenio fecundo. Sabía que debía cortar la carne en pedazos, y que éstos, a su vez, debían ser ahumados. Aun así, no iban a conservarle mucho tiempo, pero la muchacha no conocía otro procedimiento.

Debía aplicar en toda su extensión sus limitados conocimientos prácticos, si deseaba subsistir. Era un ser débil y librado a sus propias fuerzas; pero no era menos cierto que, bajo su sucia blusa, otrora impecable, latía un valiente corazón.

No se rendiría ni aun al verse vencida, Había comenzado con repugnancia su tarea, cuando un imperceptible movimiento al extremo del claro en que se levantaba su tienda, llamó su atención.

Vio que, desde ese lugar, la contemplaban estupefactos cuatro hombres. Uno era blanco; los restantes, negros.

Al advertir esa presencia humana tan cerca de ella, sufrió una reacción tan violenta, que creyó desvanecerse; pero se recuperó instantáneamente al verlos avanzar, precedidos por el blanco. Cuando estuvieran cerca, la esperanza voló de su pobre corazón. Nunca había visto un europeo de peor aspecto.

Su ropa estaba hecha jirones, su rostro, sucio y sin afeitar; su sombrero era una cosa informe que sólo pedía recibir tal nombre por el hecho de hallarse sobre su cabeza; unía a todo esto, una expresión elocuente de antipatía y fealdad. Sus ojos recorrieron desconfiados el reducido campamento; bruscamente comenzó a hablar:

—¿Quién es usted? ¿Qué hace aquí? —preguntó.

El tono y las palabras molestaron por igual a la joven. Nunca le había osado hablar así un hombre. Como era orgullosa, su reacción era inevitable; única.

Levantó su barbilla, frunció sus labios y contempló desdeñosamente de la cabeza a los pies a su interlocutor. Si le hubiera temido, tal vez no hubiera procedido así, pero estaba tan resentida, que ni pensó amedrentarse:

—No creo que eso pueda importarle —y le volvió la espalda.

El individuo pareció enfurecerse y querer responder algo, pero lo pensó más detenidamente y la observó en silencio, Aunque no la hubiera visto de frente, estando ella de espaldas podría estar seguro de que se trataba de una muchacha. Pero, habiéndola contemplado largamente, comprendió que era hermosa.

Claro está que la pobre se hallaba lastimosamente sucia, fatigada, y parcialmente ensangrentada, como resultado de la tarea emprendida.

Podía imaginar sin dificultad, fácilmente, lo preciosa que debía ser, cuando estuviese limpia y arreglada. Vio que tenía ojos azules y dolados de

largas pestañas; si ése hubiera sido su solo rasgo bello, hubiese bastado para dar atracción a su rostro. Pero a eso se agregaba su cabello, que llevaba recogido en su nuca; ostentaba ese particular color de algunos cabellos, rubios, que sólo puede ser definido adjudicándole el adjetivo de platinado.

Fue en ese preciso instante cuando el hombre tuvo conciencia de que hacía ya dos años que no veía a una mujer de su raza.

Tal vez si hubiera sido menos joven y hermosa, o si hubiera lucido dientes postizos y una marcada disposición a ser bizca, la hubiera tratado, en esas circunstancias, con más cortesía. Pero al apreciar su belleza, su imagen le evocó todo el dolor y el oprobio que le había hecho sufrir otra muchacha, y sintió aumentar, si es que eso fuera posible, todo el odio que desde hacía ya dos años abrigaba contra todas las mujeres, sin exceptuar una sola.

Se felicitó de haber dejado sin réplica el desplante de la joven. Sabía admirar el valor donde lo encontraba, así fuese en un miembro de esa aborrecida mitad del género humano.

—Tal vez no me debiera interesar —contestó, reprimiendo su furia—, pero tal vez me importe. No es muy común encontrar a una mujer blanca sola por estos lados; pero ¿está usted sola?

—Estaba sola —respondió ella con intención—, y preferiría seguir igual.

—¿Quiere decir que no tiene negros, ni tampoco viaja con blancos?

—Eso mismo.

Como la muchacha seguía dándole la espalda, no pudo ver la inconfundible expresión de alivio que apareció en el rostro de él.

Si hubiera sucedido lo contrario, seguramente el temor se habría apoderado de ella.

—¿Tampoco tiene medios de transporte? —continuó el blanco.

—Ninguno.

—Pero no habrá llegado hasta aquí sola —insistió—. ¿Qué le ocurrió a los otros?

—Desertaron.

—¿Pero los blancos que venían con usted? —se asombró—. ¿Qué fue de ellos?

—Ningún blanco me acompañaba —ella lo miraba, pero sin deponer su belicosidad.

—¿Llegó hasta aquí sin la compañía de un europeo? —el escepticismo se traslucía.

—Efectivamente.

—¿Cuándo le abandonaron sus negros?

—Hace tres días.

—¿Y qué piensa hacer ahora? No puede permanecer sola en este lugar, ni alejarse sin su equipaje.

—He estado tres días y así puedo continuar, hasta que…

—¿Hasta cuándo?

—No lo sé.

—Vamos a ver —preguntó él—; ¿qué demonios está haciendo usted en esta selva?

Una repentina esperanza pareció animar a la joven.

—He venido en busca de un hombre —dijo—; tal vez sepa usted algo de él.

—¿Cómo se llama? —interrogó el hombre, cuyo apodo era El Viejo.

—Jerry Jerome —lo miró ansiosamente.

Pero él sacudió su cabeza.

—Nunca lo he oído nombrar.

La esperanza que la animara desapareció, dejando lugar a una vaga expresión, que parecía muy próxima al llanto.

El Viejo interpretó el cambio y vio humedecerse los lindas ojos. ¿Por qué han de llorar las mujeres por cualquier cosa? Luchó contra la debilidad que le hacía inducirle a simpatizar con ella, y por eso habló bruscamente:

—¿Qué pensaba hacer con esa carne?

Los ojos de ella, ya secos, relucieron.

—Usted es inaguantable —barbotó—; desearía que se alejara ya de mi campamento.

—No pienso alejarme por ahora —fue la respuesta. Volviéndose hacia sus acompañantes, les hablo en su propia lengua.

Estos se dirigieron hacia el animal muerto. La joven los observó recordando cuánto le había costado arrastrarlo hasta allí.

—¡Dígales que dejen eso —gritó—, o haré fuego! ¡Es mío!

—Lo van a faenar para usted —explicó el Viejo—; ¿o es que iba a ponerle un marco?

El sarcasmo la hirió, pero reconoció que había juzgado mal su actitud.

—¿Por qué no me lo dijo? —preguntó—. Lo iba a ahumar; no conmigo

comida muy fácilmente.

—No tendrá que preocuparse más —le dijo—, nosotros la buscaremos.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que, tan pronto como salgamos de aquí, iremos a mi campamento. Usted vendrá con nosotros; yo no tengo la culpa de que se encuentre usted aquí. Pero no podría dejar abandonada en la jungla a una rata, menos entonces a una mujer blanca.

—¿Qué ocurrirá si me niego a ir con usted?

—No me importa lo que haya decidido. Vendrá conmigo. Si tuviera alguna inteligencia, se sentiría agradecida. Pero sería mucho pedir. Usted es como todas; egoísta, desconsiderada, desagradecida.

—¿Nada más? —preguntó ella.

—Sí; frías, calculadoras, malas.

—A usted no le agradan las mujeres, ¿no es cierto?

—¡Empieza recién a entrever la verdad!

—Entonces, ¿por qué se empeña en llevarme consigo? ¿Qué se propone hacer conmigo cuando lleguemos al campamento?

—Si le consigo un safari, despacharla lejos de África lo más pronto posible —contestó él.

—Pero yo no quiero irme de África. Usted no tiene por qué darme órdenes. He venido con un propósito, y no me iré hasta que lo haya cumplido.

—Si ha venido en busca de Jerry Jerome, es mi deber, como hombre que desea evitar la desgracia de otro semejante, despacharla bien lejos de aquí.

Ella lo miró un rato antes de contestar. Nunca había visto un hombre como ése. Después de pensarlo, era casi seguro que tenia las facultades mentales alteradas. Habiendo oído que a los locos es mejor no contradecirlos, porque entonces se ponen belicosos, decidió contemporizar con él.

—Bueno, haré como usted quiera —admitió—; iré con ustedes.

—Así está bien —fue la respuesta—. Ahora que eso está arreglado, aclaremos otros puntos. Saldremos de aquí lo más pronto que sea posible, a más tardar mañana. Uno de loa muchachos la atenderá. Le hará la comida y demás servicios. Pero yo no quiero tener nada que ver con ninguna mujer. Usted me deja tranquilo, yo la dejo tranquila a usted, Ni siquiera deseo hablar con usted.

—Será un placer mutuo —respondió ella, aunque no sin cierta acritud.

Nunca le había hablado nadie así. Creía merecer por lo menos cierta adulación de los componentes del sexo masculino. Pero que ese desarrapado le dijera eso, era el colmo…

—Algo más —agregó él—. Mi campamento queda en el país del jefe Bobolo. Si me sucede algo a mí, haga que mis hombres la lleven de vuelta a mi campamento. Mi socio se cuidará de usted. Dígale de mi parte que la lleve sana y salva hasta la costa.

La dejó y se dirigió a preparar su modesto campamento, llamando a un negro para que le preparase su cena. Otro de los negros debía atender a la joven.

Desde su tienda ella podía verlo fumando su pipa ante el fuego; no pudo negarse que el tenerlo tan cerca le daba cierta sensación de seguridad, tal vez la primera sensación agradable desde que pisara tierra africana. ¿Estaría loco? Parecía normal en todo lo que no fuera en su relación con el bello sexo. ¿Quién sabe qué le habría hecho alguna coqueta? Poco a poco se sumió en dulce sueño.

Indudablemente, la muchacha se hubiera sorprendido, de haber podido leer en los pensamientos; pues la mente del hombre se ocupaba de ella, si bien hay que reconocer que era en contra de su voluntad. La veía en el humo de su pipa, sin querer, y la veía hermosa, muy hermosa. Había observado sus largas pestañas ocultando el azul oscuro de sus ojos, sus tiernos labios, el profuso cabello rubio, la perfección de su cuerpo.

—¡Maldición! —murmuró—. ¿Por qué tuve que ser yo el que la encontrara?

Así, se alejó del campamento al amanecer, llevando dos hombres en su compañía; dejó al tercero de ellos, armado de un rifle para que la protegiera, y la atendiera en todo. La joven ya se hallaba en pie, cuando él se alejó, pero no se dignó mirarla; ella lo observó a hurtadillas…

—¡Es un mal educado, un grosero! —murmuró, dando rienda suelta, a su antipatía por el que se iba.

Por su parte, el Viejo tuvo un día muy atareado. Por mucho que buscó no le fue posible hallara rastros de elefantes, ni dio con ningún nativo que pudiera confirmar la presencia de paquidermos en las proximidades. No sólo había realizado un trabajo físico; su mente estuvo febrilmente activa; estuvo disgustado por no poder prever dónde hallaría el marfil, es cierto; pero ésa era una preocupación secundaria. En realidad había pensado todo

el día en la muchacha. ¡Sin conseguirlo, había tratado de no pensar en su adorable rostro escultural, pero era como una obsesión!

Le había traído el recuerdo de otra linda muchacha. Pero aquel recuerdo se desvanecía ante los encantos de la que había quedado en el solitario campamento.

Cuando emprendió el regreso velozmente, había tomado una resolución. Hacia dos años que viera a mujer blanca alguna; y ahora el destino le presentaba esa belleza, iba a beneficiarse.

—Total —monologaba—, ¿qué hicieron de mí las mujeres? Una ruina. Esta muchacha hubiese muerto de no ser por mí. Está en deuda conmigo, por lo que hizo una de ellas, y esta muchacha, va a pagar su parte.

—¡Y qué hermosa que es, Dios mío! Me pertenece. Yo fui quien la encontró; pienso guardármela hasta que esté harto de ella. Luego la arrojaré a un lado, como me hicieron a mí. ¡Cuando recuerdo esos labios! Esta noche me pertenecerán. Será mía y haré que eso le agrade. ¡Algo tengo que disfrutar en este mundo; todavía se me debe mi parte de felicidad! ¡Y por Dios que voy a cobrármela!

Anochecía cuando avistó el campamento. La tienda de la Joven fue lo primero que buscaron sus ojos. Su aislamiento era una invitación. Le parecía que la tienda Tenía algo del encanto de la joven; por haberla protegido, por conocer su intimidad, por estar asociada a ella, la tienda reflejaba algo de la personalidad de la muchacha. Tan sólo el verla lo conmovía hondamente. Su pasión, contenida durante tantas horas de anticipados goces, se le subía a la cabeza cual espumoso vino. Apuraba sus pasos en el ansia de estrecharla entre sus brazos.

Entonces fue cuando vio algo tendido en el suelo, delante de la tienda de ella. Era el cuerpo, horriblemente mutilado, del negro que dejara para protegerla. Todo su ardor se transformó súbitamente en su helada ola de aprensión. Observo que crueles garras habían lacerado las carnes del pobre salvaje, y sus profundas heredas parecían la obra de un animal carnicero; pero la mutilación del cuerno no dejaba lugar a dudas; era la obra de manos humanas.

Mirando el cuerpo de su compañero, los negros que lo acompañaban, murmuraron algo en su dialecto, volviendo hacia él:

—Han visto a los Hombres Leopardos, *Bwana* —dijeron.

Con temor, se aproximó a la tienda de la joven; temiendo encontrarla allí, pero temiendo más aún no hallar nada.

Cuando levantó la cortina y miró adentro, se confirmaron sus peores temores; la fenda estaba vacía. Su primer impulso fue llamarla a los grifos, creyendo que podría encontrarse cerca, en la selva, escondida. Pero comprendió que sería inútil. Si todavía estaba con vida, se encontraría muy lejos de allí, en poder de los que habían asesinado a su guardián.

Un furor indecible se apoderó de su corazón; todo el deseo que había acariciado por la joven, se había trocado en, salvaje odio, por sus raptores. Olvidaba que la joven corría en manos de los salvajes el mismo peligro que en las propias. Probablemente pensaba en sus frustrados sueños; pero él creía que sólo le preocupaba la suerte que podría correr la inerme joven en manos de los Hombres Leopardos.

Todo su cansancio había desaparecido, para dar lugar a un deseo de venganza y a ideas de rescate, tan variadas como Irrealizables.

Era ya muy tarde, pero igualmente decidió partir en ese mismo instante. Ordenó enterrar al desgraciado negro; se empaquetaron dos atados de provisiones; y, mientras el sol enviaba a la tierra sus últimos rayos, los dos negros siguieron al blanco, tras los rastros aún frescos de los Hombres Leopardos.

VI

EL TRAIDOR

LOS GUERREROS del territorio Watenga no habían recibido con gran entusiasmo el llamado a las armas que les dirigiera el mensajero de Orando. Es que existen varias clases de guerra. Una, dirigida contra la temida orden secreta de loa hombres fieras, no era muy prometedora. Había excelentes razones para que así fuera. En primer lugar, ocurría que el solo nombre de la orden hacía dudar a los guerreros más valientes, sabiendo cuáles eran las costumbres de los enemigos, y luego, como la asociación era secreta, podía ocurrir que el compañero de armas fuera un enemigo, y tuviese así miles de ocasiones de dar muerte a su víctima señalada; y, por cierto, que no era una muerte nada agradable.

Como era de imaginar, a la mañana siguiente, Orando encontró que, de los miles de guerreros con que contaba el país Watenga, apenas un ciento había acudido a su llamado. Y aún entre éstos había muchos que habían cambiado de idea durante el transcurso de la noche. Tal vez ese cambio se explicaba por el hecho de haber bebido cerveza nativa en demasía; a nadie puede agradarle una campaña sintiendo un fuerte dolor de cabeza.

Orando iba y venía entre los guerreros, que hablaban rodeando varias fogatas. No se notaba mucha locuacidad esa mañana, y menos aún ganas de reír. Es que había llegado el momento de tomar la guerra en serio. Orando preguntaba:

—¿Dónde está Muzimo?

Tanto el gigante como el espíritu de Nyamwegi, habían desaparecido. Alguien sugirió que se había cumplido lo predicho por Sobito. Este hizo que se preguntara sobre el paradero de éste; también se había desvanecido; esto era raro, porque el hechicero era madrugador y siempre se hallaba presente cuando la comida iba a ser retirada del fuego. Un anciano se dirigió a la tienda del brujo e interrogó a una de sus esposas. ¡El médico había desaparecido, no sabía precisar en qué momento; no estaba!

Cuando se supo esto la excitación creció. Se conocía la enemistad entre ambos y la predicción de que Muzimo moriría antes del anochecer.

Se habló de la probable muerte de Sobito; pero no alarmó a nadie. Se comentaba que otras veces también había desaparecido; a veces, su ausencia duraba varios días. Cuando se le había preguntado dónde estuviera, había respondido que realizando conciliábulos con los espíritus que le conferían sus sobrenaturales dotes.

Lupingu por su parte no perdía el tiempo; recorría las filas de guerreros, incitándolos a abandonar la lucha y volver a sus pueblos, pero Orando les echó en cara su proceder; no había duda, eran cobardes como mujeres. Los ancianos y las mismas mujeres se reirían de ellos. Hablaban mucho de su vigor, pero no lo demostraban.

—Pero ¿quién podrá guamos hasta los hombres leopardos, ahora que ha desaparecido tu muzimo? —le preguntó con fingida inocencia Lupingu.

—No ha desaparecido ni me ha abandonado, como sugieres —le respondió rápidamente Orando, captando la intención del astuto guerrero —. Probablemente él también habrá tenido que ir a conferenciar con los espíritus. Ya volverá para guiarnos.

No había acabado de hablar, cuando, como respondiendo a su invocación, una gigantesca figura descendió de las ramas de un árbol cercano y se dirigió hacia él. Era Muzimo. De uno de sus hombros colgaba parte de un gamo muerto. Sobre él, cómodamente sentado, cabalgaba el espíritu de Nyamwegi, que gritaba para llamar la atención sobre su proeza.

—Somos unos grandes cazadores —decía—; miren lo que hemos cazado.

Solamente el Muzimo podía entender lo que gritaba, pero eso lo ignoraba el pequeño mono. En cambio, pensaba que su aparición había sido todo un éxito, y se sentía orgulloso, muy orgulloso sin duda, de sí mismo.

—¿Dónde has estado, Muzimo? —preguntó Orando—. Alguien decía que Sobito te había vencido.

El gigante se encogió de hombros:

—Las palabras no matan —dijo—. Sobito está cargado de palabras.

—¿Lo has matado? —le preguntó un anciano.

—No he visto a Sobito desde que Kudu, el sol, fue a descansar ayer —respondió.

—Ha desaparecido del pueblo —le explicó Orando—. Pensábamos que…

—Fui a cazar —explicó—. Tu comida es mala. La estropean con el fuego. Se puso en cuclillas contra un árbol y se dispuso a comer, cortando un trozo de su trofeo. Los negros lo miraban sin salir de su asombro, alejándose de él.

Cuando terminó su festín, estiró su enorme cuerpo, tal cual podría haberlo hecho Simba, el león.

—Muzimo está listo —anunció—. Vamos cuando quieran los Utengas.

Orando reunió a sus guerreros. Designó a los capitanes y les dio las órdenes a seguir durante el camino. Esto le llevó algún tiempo, pues cada decisión era discutida, le concerniese o no al argumentista.

Muzimo se mantenía aparte, en silencio. Estudiaba a esa gente. Se parecían a él físicamente, bastante; pero además de la diferencia de color notaba otras divergencias; aunque muchas no podía explicarlas. El espíritu de Nyamwegi también Se parecía a él y a ellos; pero se diferenciaba de todos, en muchas cosas. Muzimo enarcó sus cejas, meditando. Vagamente, alguna idea pareció darle la solución de todo; pero, por muchos esfuerzos que realizó, la idea se le escapaba. Se dio cuenta que había vivido antes, pero no lo recordó. En su memoria tenían vida solamente los hechos ocurridos a partir del momento en que Orando lo rescatara de debajo del árbol que lo hiriera. Pero había reconocido cosas que viera; un hombre, un okapi, el gamo, y todo animal y pájaro que encontrara. Había tratado de pensar sobre todo esto tanto, que el esfuerzo lo fatigaba y llegó por fin a la conclusión de que en algún lugar, en alguna época, él había vivido anteriormente.

Con todo cuidado, había hecho muchas preguntas a Orando sobre su propio pasado, descubriendo que recordaba detalles de su primera infanta. Muzimo sólo podía acordarse de lo sucedido dos días atrás. Se convenció a sí mismo de que su falta de memoria se debía a que era un espíritu. En eso veía una de las diferencias establecidas entre los simples mortales y los espíritus.

Se mantuvo apartado, de brazos cruzados, tan indiferente a las discusiones de los negros, como a la charla del espíritu de Nyamwegi, siempre a salvo en su cuello.

Por fin, se hizo el orden, y los guerreros comenzaron a desfijar entre los gritos de los chiquillos y las mujeres de la aldea.

Durante tres días avanzaron, precedidos por Orando y guiado por Muzimo. La valentía de la tropa parecía mantenerse incólume. Lupingu

había sido reducido al silencio, ridiculizándosele. Todo marchaba bien. Muzimo les había dicho que ya estaban muy cerca, y que al siguiente día por la mañana, llegarían al pueblo de sus enemigos.

Al llegar el cuarto día todos estaban listos para pelear, porque Orando no había dejado de recordarles la muerte de Nyamwegi, el Utenga. No olvidó el hacerles notar que el muzimo del muerto iba con ellos para protegerlos, y que su propio Muzimo los guiaba.

Fue durante el desayuno de ese día, cuando descubrieron la desaparición misteriosa de Lupingu. Se revisaron los alrededores sin encontrarlo, llegándose a la conclusión de que la proximidad del enemigo había apagado su ardor bélico. Todos comentaban su cobardía. Aun lo criticaban, cuando Muzimo y el espíritu de Nyamwegi desaparecieron silenciosamente entre los árboles, en dirección a la aldea de los Hombres Leopardos.

Con una cuerda de fibra atada fuertemente alrededor de su del calo cuello, Kali-Bwana se veía empujada a veces y otras arrastrada, a través de la selva. Un negro corpulento t raba de la soga; delante de él, otro guerrero, más viejo, abría la marcha, guiándolos; detrás de la joven, iba otro guerrero. Los tres vestían pieles de leopardos. Las cabezas de las pieles, cubrían sus propias cabezas. Garras de acero encajaban en sus crueles manos. Los dientes de los guerreros eran afilados, sus rostros ostentaban pinturas; de los tres, el más espantoso era el más viajo. Parecía ser el jefe; los demás le obedecían servilmente cuando daba órdenes.

La muchacha entendía aisladas palabras de lo que hablaban; no tenía idea de la suerte que le reservarían. Es verdad que no la habían herido; pero, de tedas maneras, sólo horrores podían esperarla al fin de esa terrible prueba. El que tiraba de la cuerda gruñía cuando se retrasaba o se caía, pero no la había maltratado. Pero su aspecto bastaba por sí solo para quitarle toda idea de salvación; no podía olvidar lo sucedido al negro que debía protegerla. Al recordarlo, su mente saltó al blanco que le encomendara la tarea. Lo había odiado y despreciado; pues bien, todo lo que pedía ahora con fervor, era estar nuevamente con él en el campamento. No era que simpatizara ahora con él; sólo lo consideraba el menor de los peligros. Cuando pensaba en él lo veía con sus modales bruscos, como el hombre más desagradable que encontrara en toda su vida. Había, sin embargo, algo en él que la intrigaba. Hablaba el inglés como un hombre culto. Pero en contraste, sus palabras y su vestimenta lo colocaban al final de la escala

social.

Durante dos largos días se vio arrastrada a través de la jungla. No cruzaron ningún pueblo, ni encontraron vestigios de vida humana. Al finalizar el secundo día se hallaron ante una empalizada que del otro lado lindaba cm un río muy ancho. Las pesadas puertas de entrada se encontraban cerradas; cuando se hubieron aproximado lo suficiente, se les permitió entrar, después de una breve conversación entre el guerrero viejo y los centinelas.

El cuartel general de los hombres leopardos, se asentaba en el pueblo del jefe Gato Mgungu, que otrora contara con una de las tribus más numerosas, actualmente en decadencia. Pero Gato Mgungu, era también el que mandaba a los hombres leopardos, lo que le daba más poder que el que podían tener les jefes de otras tribus más numerosas y fuertes. Era cierto que muchos de sus afiliados se encontraban habitando en distintos pueblos; pero eso nada significaba, porque todos eran fieles a su orden, antes que serlo a su familia o a su tribu; así lo exigía su juramento.

En todas las aldeas de la región, había partidarios que tenían a Gato Mgungu al tanto de lo que decidían sus respectivos jefes, y que exterminarían a su familia, si se les ordenaba. La asociación con la orden se guardaba en secreto, pues era peligroso que se divulgara. El ser identificado como un hombre leopardo, era causa, en cualquier pueblo, más que suficiente para tener una muerte misteriosa; un hijo mataba a su padre al descubrirlo; pero se guardaba el secreto, pues la orden se vengaba del que había hablado.

En lugares secretos y alejados, efectuaban sus repugnantes ritos, a no ser que lo hicieran en la aldea de Gato Mgungu, cerca de la cual estaba su templo.

Esa era la razón de que una crecida cantidad de guerreros pululase por el pueblo, al hacer su entrada Kali-Bwana.

Había pocas mujeres, pero dignas de admiración; eran verdaderas arpías degradadas y de afilados d entes; se hubieran echado sobre la muchacha para devorarla, si no las hubieren echado los captores, que, para abrirse camino entre ellas, blandían sus lanzas. Pero al alzar su voz el anciano que los guiaba, les dejaron paso; pero mantenían la vista; fija en la joven, quien, al ver su actitud, no abrigaba dudas sobre sus evidentes intenciones.

Protegiéndola, sus guardianes la llevaron a través de una horda de

guerreros, hasta la choza de un anciano de enorme vientre, que se sentaba ante ella.

Era Gato Mgungu, el jefe de los hombres fieras. Al aproximarse los cuadro, levantó sus sanguinolentos ojos y en, ellos brilló una luz de interés al descubrir a, la muchacha blanca. Al llegar hasta él, preguntó:

—¿Me traes un regalo, Lulimi?

—Lulimi trae un presente, pero no para Gato Mgungu solo —fue la respuesta.

—¿Qué quieres decir?

—Que la mujer blanca es para el pueblo y para el Dios de los Leopardos.

—Gato Mgungu no comparte sus esclavas con nadie —contestó éste, malhumorado.

—Esta no es una esclava —respondió Lulimi. (Parecía no temer al jefe.)

—Entonces, ¿por qué la has traído a mi pueblo?

Se había juntado un numeroso grupo de curiosos, que, formando un semicírculo, escuchaba con atención. Esto agradaba sobremanera a Lulimi, pues le complacía lucirse ante su ignorante auditorio. No debe olvidarse que Lulimi era un sacerdote.

—Hace tres días, estábamos en la selva, muy lejos de este pueblo, y del templo del Dios de los Leopardos —podía ver a todos suspensos de sus labios—. Era de noche; cerca, rondaban el león y el leopardo. Hicimos una gran fogata para alejarlos. Era mi turno de guardia; los demás dormían. De repente, vi que dos ojos verdes me miraban desde el fuego. Brillaban más que él, se acercaban; yo no podía moverme, ni llamar. Mi lengua se pegaba al paladar, mis mandíbulas parecían estar clavadas. Cuando estuvo más cerca, vi que era un leopardo, el más grande que viera en toda mi vida. Creí que había llegado mi fin. Esperaba que saltara, pero no lo hizo. En cambio, abrió sus fauces y habló.

Murmullos de admiración se hicieron oír.

—¿Y qué te dijo? —preguntó impaciente, Gato Mgungu.

—Dijo: «Soy el hermano del Dios de los Leopardos; me manda a ver a Lulimi, porque confía en él. Lulimi es muy bravo e inteligente. Nadie sabe más que él».

Gato Mgungu, parecía dudar:

—¿Y el Dios te hizo hacer tres jornadas para decir eso?

—No. Me dijo muchas otras cosas. Algunas las puedo repetir, otras no. Estas últimas sólo las saben el Dios, el hermano, y yo.

—¿Qué tiene todo esto que ver con la mujer blanca? —quiso saber el incrédulo jefe.

—Ahora llego a esa parte —contestó de mal talante Lulimi. Aborrecía las interrupciones—. Entonces —prosiguió—, después de preguntarme cómo me hallaba, el hermano del Dios me dijo que debía ir al día siguiente a cierto lugar, en el que encontraría a una mujer blanca. Agregó que estaba sola en la jungla, salvo la compañía de un negro. Me ordenó que matara al negro y que trajera a la mujer al templo para ser gran Sacerdotisa del pueblo de los Hombres Leopardos. Y así lo haré. Esta noche llevaré hacia el templo a la que el Dios ha designado, Lulimi lo ha dicho.

Durante un breve instante, reinó en el grupo el más completo silencio. Gato Mgungu no parecía hallarse muy a gusto; pero recordaba que Lulimi era un sacerdote con mucha influencia sobre los habitantes de la aldea, poder que habría aumentado considerablemente después del reciente discurso. Gato Mgungu tenía bastante agudeza como para saber que todo era una mentira fraguada por el sacerdote. Pero, gran diplomático, esperaba para obrar un momento más oportuno que el presente. Sabía que el gran sacerdote, Imigeg, era muy anciano y moriría pronto, sucediéndole Lulimi; por lo tanto, debía proceder con precauciones. Un gran sacerdote que lo apoyara haría aumentar el poder y el prestigio de un jefe.

Decidió no atraerse el odio del sacerdote, dejando el camino expedito para un posible arreglo.

Muchos de los guerreros, creyendo que el Jefe se mostraba centrar o a la decisión de Lulimi, esperaban una señal, que les indicara qué actitud tomar. Todos los ojos estaban clavados en Gato Mgungu, cuando aclaró su augusta garganta.

—Hemos oído lo que ha dicho Lulimi. Todos saben que es un gran hechicero. En el templo está él después de Imigeg; no nos extrañemos de que el Dios lo haya elegido para hablarte. Gato Mgungu es sólo un pobre mortal. No puede hablar con dioses ni con espíritus. Esto no corresponde a los guerreros; es propio de los sacerdotes. Creemos todo lo relatado y llevaremos a la mujer al templo. El Dios y Imigeg, podrán juzgar mejor que nosotros sobre lo que ha dicho Lulimi. ¿Ha expresado mi lengua palabras sabias, Lulimi?

—La lengua de Gato Mgungu siempre dice palabras sabias —replicó

éste, encantado ante la actitud adoptada por el jefe.

Y así se decidió el destino de la joven, al combinarse los corruptos poderes, el eclesiástico y el temporal; es que en algo tiene que semejarse el África central con el resto del mundo.

Mientras se hacían los preparativos para el traslado del la joven, un guerrero sudoroso y sin aliento llegaba a las puertas del pueblo.

Se le admitió pasar cuando dio una señal secreta, una contraseña especial. Pidió hablar urgentemente con el jefe, y se le llevó a presencia del mismo. Nuevamente repitió la contraseña ante éste:

—¿Qué mensaje me traes? —preguntó el jefe.

—A pocas horas de distancia de aquí, un centenar de Utengas, dirigidos por Orando, el hijo de Lobongo, el jefe, viene hacia aquí para atacarnos. Vienen a vengar a Nyamwegi, de Kibbu, muerto por los hombres leopardos. Si mandas que tus guerreros los rodeen, caerán en una emboscada y morirán todos.

—¿Dónde se halla su campamento?

El mensajero describió con toda minuciosidad la situación del mismo; luego Gato Mgungu llamó a uno de sus capitanes y le ordenó reunir a unos trescientos guerreros, para oponerse a los invasores. Se volvió hacia el mensajero:

—Te quedarás esta noche; y, cuando celebremos la victoria, te sentarás a mi lado en la fiesta, y tendrás las mejores porciones.

—No puedo —replicó—; debo volver enseguida, para que no sospechen de mí. Podrían imaginarse que yo te traje la noticia.

—¿Quién eres?

—Me llamo Lupingu, de la aldea de Kibbu, del país Watenga —contestó el mensajero.

VII

LA CAUTIVA

LA JOVEN había visto que la llegada del mensajero había causado sensación en el pueblo. No entendió nada de lo que se hablaba; pero veía que los guerreros corrían en busca de sus armas, y que abandonaban el pueblo a toda prisa. Pensó que tal vez una partida de socorro se acercaba a rescatarla. Su razón le decía que no; pero la esperanza se aferra al hilo más tenue.

Recién cuando los guerreros se hubieron perdido de vista, volvió la joven a convertirse en el centro de todas las miradas. Lulimi estaba imponente. Dio órdenes a derecha y a izquierda. Logró formar, para guardar a la joven, una escolta de unos veinte hombres. Con Lulimi a la cabeza, se la llevaron río abajo. Subieron todos a una canoa, remando silenciosamente, pues sabían que el enemigo se encontraba cerca. No cantaban ni gritaban, como lo hubieran hecho en cualquier otra ocasión. En silencio hundían los remos en el agua, yendo a favor de la corriente, permaneciendo siempre cerca de la misma orilla por la que habían subido, o sea, en la que estaba enclavada la aldea de Gato Mgungu.

La pobre Kali-Bwana se sentía muy desgraciada; es cierto que habían quitado la soga de su cuello, y que la trataban con cierto respeto. Claro, ignoraba que iba a convertirse en la Gran Sacerdotisa del templo. Imaginaba las peores cosas, mientras miraba cotí nostalgia la hierba de la orilla, que se deslizaba ante su vista rápidamente. ¿Adónde la llevaban? No pudo por menos de notar que viajaban furtivamente; recordó los guerreros que partieron en el acto detrás del mensajero. Todo esto le hacía pensar que, al acercarse sus salvadores, la llevaban a esconder a otro lugar más seguro, ¿Quién sabía su rapto? Sólo el huraño desarrapado. Pero ¿con qué fuerzas contaba para rescatarla, si es que ésa era su intención? Solamente dos nativos; no podría obtener otros, porque su pobreza era manifiesta. Él le había dicho que su campamento quedaba a varias jornadas de donde

había hallado a ella.

Por lo tanto le habría sido imposible recibir refuerzos de allí, claro está, en tan poco tiempo; además quién sabe si en el campamento tenía bastantes fuerzas; lo dudaba; no podía imaginarse a ese individuo comandando ninguna clase de tropa. Debía abandonar toda esperanza, pero no lo hacía. Siempre se espera la aparición de un milagro, cuando todo está perdido.

Durante una o dos millas sólo se oyó el apagado golpe da las palas; repentinamente la barca se detuvo, y la nariz de la muchacha golpeó con fuerza el banco delantero. Delante se extendía, lo que parecía un afluente del río por el que viajaran, y en él se internaron.

Sobre su cabeza, hermosos árboles formaban una bóveda Cobre el arroyuelo. De sus ramas colgaban lánguidamente hermosas enredaderas, cayendo casi hasta tocar la superficie del agua. Flores de raros matices salpicaban la tierna hierba. Era una verdadera escena de ensueño, aunque en ella parecía flotar como un miasma, una atmósfera de muerte. La muchacha pensó sin querer, que esa belleza le recordaba la de algunos adorables rostros de mujer, que ocultan, tras de esa máscara, un alma tenebrosa.

Un cuerpo emergió de entre unas plantas, desapareciendo bajo el agua. Era un cocodrilo. La joven pudo ver que el río estaba habitado por miles de esos repugnantes animales, dando más horror aún al lugar.

Trató de traer a su mente pensamientos menos lúgubres; por suerte, no imaginaba ni remotamente qué la esperaba.

No había, para llegar hasta el templo, otro medio de acceso que el fétido río que atravesaban; y ese camino no lo conocían otros seres humanos fuera de los hombres leopardos.

Al llegar la canoa a recorrer la segunda milla por el arroyo, la joven vio a su derecha un edificio grande, de techo de paja. Quedó asombrada, pues estaba acostumbrada a ver sólo chozas; el tamaño imponente del edificio, era algo desusado por esas regiones.

Debía tener doscientos pies de largo, por cincuenta de ancho, y unos cincuenta de alto. Era paralelo al río: ya se iban aproximando a la entrada.

Alcanzó a ver una galería, que miraba hacia el río. Todo el edificio Se hallaba sostenido por pilares de diez pies de alto. Ella no lo sabía, pero ése era el templo del Dios de los Hombres Leopardos, al que se la enviaba como Gran Sacerdotisa.

Cuando la canoa tocó tierra, del interior del templo salieron muchos

salvajes y los rodearon. Lulimi se puso de pie y gritó algo a los hombres que habían permanecido a la entrada.

Debía ser la señal convenida, a la que le respondieron.

Unos escasos sacerdotes rodearon a Lulimi, expresando su curiosidad, mientras éste escoltaba a la muchacha hacia el interior; en el que a la media luz reinante, se distinguían grotescas imágenes esculpidas. Desde las columnas que sostenían el techo, colgaban máscaras, lanzas, y cráneos humanos. Esculturas de ídolos, descansaban en el suelo. Algunas de ellas tenían cuerpo humano y cabeza de animal, pero tan toscamente trabajadas, que Kali-Bwana no pudo descubrir eme animal se había querido representar. Parecía un leopardo, pero no estaba segura. Mientras se aproximaban al otro extremo de la habitación, distinguió un alto estrado; era una plataforma cuyo piso estaba recubierto de arcilla. Sobre esa plataforma, se elevaba otra más pequeña, que sólo mediría cinco pies de ancho por diez de largo, toda recubierta por pieles de animales: en uno de sus extremos, un poste sostenía un cráneo humano…

Kali-Bwana vio esto al pasar, pero más tarde, hasta loa menores detalles los recordaría como grabados a fuego en su cerebro.

Sólo les faltaba recorrer algunos pasos para llegar a la plataforma, cuando de alguna entrada en la pared, de detrás de ésta, surgió un anciano y avanzó hacia ellos. Tenía un rostro horrible, al que empeoraba la expresión con que miraba a la joven.

Cuando vio a Lulimi, pareció reconocerlo:

—¿Eres tú? —farfulló—. ¿Para qué me traes esta mujer blanca? ¿Quién es? ¿Un sacrificio?

—Escucha, Imigeg —contestó en un murmullo Lulimi ¿Recuerdas tu profecía?

—¿Qué profecía? —preguntó con recelo el Gran Sacerdote.

Era muy viejo y su memoria le jugaba malas pasadas, aunque él no lo admitiera.

—Una vez dijiste que una mujer blanca se sentaría contigo y con el Dios aquí, en el trono del templo. Ahora se verá cumplido. Aquí está la Sacerdotisa blanca, como anunciaste.

Imigeg no podía recordar esa profecía, por la sencilla razón de que nunca la había hecho; pero Lulimi era muy sagaz y leía dentro de Imigeg tal vez mejor que el mismo viejo. Sabía que el anciano perdía gradualmente la memoria; pero sabía también que era muy quisquilloso al respecto, y que

no osaría negar que recordaba algo.

Por razones personales, Lulimi quería una Sacerdotisa blanca. Cómo esto podría beneficiarlo es algo difícil de concebir, pero los pensamientos de los sacerdotes, siguen sendas muy tortuosas y absurdas. Tal vez sus razones hubieran parecido plausibles a cualquier agente de publicidad de Hollywood. Pero, fuera como fuese, el método que adopto para que aceptaran a la joven, fue magnífico.

Imigeg tragó la carnada, con toda inocencia, más el anzuelo, la línea y los pesos. Se dio importancia:

—Imigeg habla con los demonios y con los espíritus —dijo—. Ellos le dicen todo. Cuando tengamos carne humana para el Dios y los sacerdotes, la mujer blanca será consagrada Sacerdotisa de la orden.

—Entonces será muy pronto —aseguró Lulimi.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Imigeg.

—Mi muzimo vino hacia mí y me dijo que los guerreros que partían hoy de la aldea de Gato Mgungu, volverían pronto con carne.

—¡Magnífico! —exclamó Imigeg—; eso mismo les decía yo anteayer a los sacerdotes.

—Esta noche, entonces —decidió Lulimi—. Habrá que preparar a la mujer.

Ante esta indicación, el Gran Sacerdote golpeó sus manos, y se le aproximaron varios servidores:

—Llevad a la mujer blanca a las habitaciones de las sacerdotisas —ordenó—, ella será la Gran Sacerdotisa. Diles que la preparen. Diles, también, que responden ante mí por cualquier cosa que le suceda.

Uno de los hombres condujo a la joven a través del pasadizo por el que apareciera Imigeg, y Kali-Bwana descubrió que era un largo corredor, con habitaciones a ambos lados. La condujo hacia una puerta cerrada, y, haciéndola pasar delante, entraron. Había en ella unas doce mujeres, que cubrían su desnudez con sucias cintas. Todas eran muy jóvenes menos una. Era una bruja desdentada. A ella se dirigió el hombre.

El movimiento de repulsa que las mujeres en masa habían iniciado hacia la joven, cesó bruscamente a las primeras palabras del servidor.

—Esta es la nueva Sacerdotisa blanca del templo —dijo—. Imigeg mando que la preparen, para la ceremonia de esta noche. Si en algo la maltratan tendrán que vérselas con Imigeg, y ya saben qué carácter tiene.

—Déjamela a mí —dijo la voz gangosa de la vieja—. He servido en el

templo durante muchas lluvias, y aun no he llegado al vientre del dios.

—Eres demasiado vieja y dura —se burló una de las muchachas.

—En cambio tú no —le respondió vivamente la vieja—. Razón de más para que no atraigas sobre ti la rabia de Imigeg o la mía.

»Vete —agregó, dirigiéndose al hombre—. La mujer blanca estará a salvo con Mumga.

Cuando el sacerdote se fue, las mujeres rodearon a Kali-Bwana, con miradas de odio en los rostros. Las más jóvenes se arrancaron los vestidos, pero no recibió más daño que algunos rasguños.

La muchacha no sabía por qué la habían llevado hasta allí. Ignoraba asimismo, qué se proponían hacer con ella esas mujeres. Desconfiaba de ellas y creía que terminarían por matarla. Sus rostros, marcados por bajas pasiones, sus garras, sus voces airadas y el modo de mirarla, eran inconfundibles. Que una amenaza las contenía, eso, no lo sabía la joven.

Terminaron de destrozar sus vestidos hasta que estuvo más desnuda aun que ellas, teniendo ella un momento de respiro mientras se peleaban por conservar los tronos de género. Entonces echó una mirada a su alrededor. Vio que esa habitación servía de dormitorio común a todas las arpías.

Se veían camastros alineados a cada lado. Probablemente seria también comedor. Un hogar abierto enviaba hacia el agujero practicado en el techo, el humo, que se desprendía de un fuego allí encendido; la mayor parte del humo pegaba en las ensambladuras del techo, y descendía nuevamente, llenando todo con su acre olor. Algunas marmitas se apoyaban en el fuego. Había, diseminados por todas partes, jarras de barro, cajas de madera, canastos hechos de fibras y bolsas de cuero. De las paredes pendían ornamentos; taparrabos, collares de dientes humanos, y de dentadura de leopardo, pulseras de cobre y hierro, adornos para la cabeza de plumas, y miles de cosas más. Abundaban los adornos de piel de leopardo. Todo hablaba en ese lugar de una Vida salvaje y primitiva.

Al terminar la lucha por la posesión del último hilo de la ropa de la muchacha, las mujeres se volvieron hacia ella.

Mumga le habló largo rato, pero la joven sacudió la cabeza, indicando con gestos que no entendía ni una sola palabra.

A una orden de la vieja, la arrojaron al suelo y comenzaron a untar su cuerpo con un líquido aceitoso que, por su oler, debía tener en su composición manteca rancia.

Luego le dieron fricciones hasta que su piel le ardió; a continuación la

cubrieron con un líquido verdoso a base de vegetales, que le quemó como si fuera fuego; otra vez le dieron fricciones hasta que el líquido se evaporó por completo.

Cuando terminaron estos preparativos, que la dejaron fatigada y mareada, comenzaron a vestirla. Pero sobrevinieron muchas discusiones durante esta ceremonia. Varias veces se mandaron mujeres a consultar a Imigeg, y se trajeren adornos de otras partes del templo.

Finalmente, parecieron quedar satisfechas por la tarea realizada, y Kali-Bwana, que muchas veces vistiera creaciones de las *couturieres* de París, se vio como jamás se había visto ataviada.

Primeramente ajustaron a su cintura una piel hecha do cuadrados de cachorros de leopardos; sobre un hombro, le sostuvieron un cuero de color amarillo, salpicado con manchas negras. Su seudo-vestido cubría su rodilla de un lado, siendo más corto del otro.

Una faja de colas de leopardo, sostenía su vestimenta apretada contra sus caderas. En su cuello lucía un collar de dientes humanos, alrededor de sus brazos y muñecas, tintineaban pesadas pulseras, entre las que distinguió varias de oro. Igualmente adornaron sus tobillos. Su tocado consistía en una diadema de piel de leopardo, rodeada por completo de plumas, Pero lo que llegó por último, la horrorizó; le ajustaron a sus dedos, largas y afiladas garras de oro; tuvo la visión del destrozado cuerpo del negro que quedara tendido allá, en el campamento.

Así quedó Kali-Bwana preparada para acudir a celebrar los repugnantes ritos de los hombres leopardos, que desbaban que ella fuera Gran Sacerdotisa de su inhumana deidad.

VIII

TRAICIÓN DESCUBIERTA

MUZIMO volaba a través de la jungla. Se alegraba de encontrarse solo, lejos de esas ruidosas criaturas, que sólo sabían disputar. Cierto que el Espíritu de Nyamwegi, era aficionado a hablar bien de sí mismo, pero era diferente; Muzimo no le hacía el mismo caso. Algunas veces lo castigaba por parecerse tanto a los hombrea; entonces el Espíritu de Nyamwegi se llamaba a silencio, pero no por mucho tiempo; en cuanto se olvidaba de lo ocurrido, empezaba de nuevo. Pero cuando veía en la cara de Muzimo cierta expresión, y éste le hablaba con un tono de voz grave y gruñendo, el Espíritu del negro quedaba mudo por mucho tiempo; Muzimo hacía esto solamente cuando el silencio era muy necesario.

Muzimo habían salido muy temprano del campamento de los Utengas con el objeto de localizar y echar un vistazo Al pueblo de los hombres leopardos y el tiempo pasaba sin que Muzimo reparase en él. Fue así como había transcurrido casi toda la mañana, cuando llegó a destino. La partida que se había enviado desde la aldea para combatir a los Utengas ya había salido; Muzimo no se había encontrado con ellos, porque había dado un rodeo para llegar hasta allí, La joven ya había sido trasladada al templo, aunque probablemente su vista no hubiera preocupado mucho al Espíritu de Orando, indiferente a los destinos de blancos y negros.

El pueblo que veía desde un árbol cercano, se diferenciaba del de Tubai en que su empanzada era más alta y sólida, Hombres y mujeres recorrían la calle principal; muchos de los primeros se tendían a descansar bajo los frescos árboles; mientras que ellas realizaban las interminables tareas que corresponden a su sexo, matizándolas con la adecuada cantidad de charla.

Nada de esto interesó al principio a Muzimo. Calculaba que el centenar de Utengas podría triunfar, pues no se veían muchos guerreros. Notó, sin embargo, que las puertas estaban guardadas y cerradas; divisaba al grupo de centinelas hablando a la sombra de un árbol. Tal vez, pensaba, sería

mejor asaltarlos de noche; unos hombres ágiles podrían saltar las cercas y abrir las puertas para que entrasen sus compañeros. Finalmente decidió que eso lo haría él mismo, sin ayuda de nadie. Para Muzimo era muy sencillo entrar al pueblo sin que lo viesen.

De repente un grupo, formado ante una choza más grande que las otras, atrajo su atención. Había un negro, al que por intuición consideró que sería el jefe, y muchos otros, hablando. Entre éstos, descubrió a uno y quedo asombrado. ¿Qué estaba haciendo allí? Inmediatamente lo había reconocido; era Lupingu. No estaba como prisionero, pues conversaba amigablemente con los hombres fieras.

Decidió esperar. Vio que Lupingu se apartaba de la cabaña y se dirigía hacia la puerta. Los centinelas de la misma le dejaren el paso libre, y el negro desapareció en dirección al campamento de tos Utengas. ¿Qué misión le había llevado hasta allí? Probablemente se proponía espiar las fuerzas del pueblo, para llevarle la noticia a Orando. Silenciosamente, el giganta blanco se deslizó por los árboles, siguiendo a Lupingu, quien, ignorando esto, trotaba por el camino hacia el campamento de los que había traicionado.

El aguzado oído de Muzimo captó ruidos que Lupingu no oyó. El blanco comprendió por los mismos, que eran producidos por guerreros que marchaban rápidamente. Lupingu los oyó cuando los tuvo casi encima. Entonces prudentemente, se apartó del camino, y se dispuso a espiar desde, la maleza. A su vez, Muzimo esperó entre los árboles. A su olfato llegó el olor de guerreros negros y también el de sangre; había habido una batalla. Traían un herido. Pero el olor de los guerreros lo desconocía. En ese momento hicieron su aparición; como el olfato le indicara al espíritu de Orando, no eran Utengas. Se imaginó que eran hombres leopardos, de vuelta para su pueblo. ¿Dónde habían estado? ¿Se habrían balido con las fuerzas de Orando? Los contó cuando pasaban bajo suyo; eran trescientos, y las fuerzas de Orando eran sólo cien. Pero pensó que Orando no había sido derrotado, pues no se veían prisioneros ni víctimas.

Evidentemente, si habían luchado, ya fuera con los guerreros de Orando o con otros, no habían vencido. Si era con. Orando, ¡qué pérdidas habría tenido éste, al enfrentarse con una cantidad tal de enemigos! Pero todas éstas no eran más que conjeturas. Debía reunirse con les Utengas y averiguar la verdad, pero sin perder de vista a Lupingu, nuevamente en marcha. Muzimo iba impaciente, pues debía ir deteniéndose, para

mantenerse detrás del guerrero.

Cuando llegaron al lugar en que se había asentado el campamento, sólo vieron rastros de una reciente batalla. Pero los Utengas no estaban allí. Lupingu pareció encantado ante este descubrimiento. Sus esfuerzos no se habían perdido, No supo qué partido tomar; si volver con los guerreros de Orando, o si dirigirse al pueblo para tomar parte en las ceremonias con los hombres leopardos; pero decidió que una ausencia más prolongada podría hacer entrar en sospechas a los del campamento. Ignoraba que alguien leía en su mente como en un libro, y que, si hubiera emprendido el regreso hacia el pueblo de los enemigos, una fuerza más poderosa que él le hubiese arrastrado hasta el campamento Utenga.

En su búsqueda del nuevo campamento de Orando, Lupingu había recorrido ya dos millas, cuando le dio la voz de alto el centinela de los Utengas, que no era otro que el hermano de su amada, cuyo cariño le robara Nyamwegi.

Cuando el centinela reconoció a Lupingu, le permitió el paso; encontró que los guerreros blandían sus lanzas, porque les había sobresaltado la alarma del guardia.

Hombres heridos se quejaban, y unos diez guerreros yacían muertos; sus compañeros cavaban una estrecha fosa para dables sepultura. Una ola de preguntas envolvió a Lupingu, y las miradas recelosas que sorprendió, le hicieron pencar que su historia debía sonar como verídica, si quería salvar su vida.

Orando lo recibió con una pregunta:

—¿Dónde estuviste, mientras luchábamos?

—Luchando también —contestó.

—Yo no te vi. No estabas con nosotros, desde la mañana, en que te alejaste del campamento. ¿Dónde estuviste?, Procura que tu lengua no mienta.

—Mi lengua dice siempre la verdad —insistió Lupingu—. Anoche me dije:\1«\2»\3 Hay muchos que hacen lo mismo. Porque Lupingu no quería que hubiese guerra con los hombres leopardos, no lo quieren. Les va a mostrar Lupingu que él es un valiente guerrero. Va a hacer algo para salvarlos de los hombres fieras, Y así, me alejé del campamento cuando era todavía de noche, para ir a espiar la aldea de los enemigos, y venir con noticias para Orando, el jefe. Pero me perdí; mientras buscaba el camino me encentré con muchos guerreros, pero no salí huyendo. Me detuve y

luché con ellos hasta que maté a tres. Otros vinieron y me aprisionaron. Supe entonces que eran los enemigos que buscábamos. Después vinieron a luchar con ustedes; no pude presenciar la batalla por que me retuvieron, pero a poco vi que volvían huyendo los guerreros, y supe entonces que los Utengas habían vencido. En el desorden conseguí escabullirme, y llegar hasta aquí.

El hijo de Lobongo, Orando, no era tonto. No creyó la historia de Lupingu, pero así y todo estaba muy lejos de imaginar la verdad. Creyó lo que, según él, podía haber hecho el cobarde Lupingu; huir, ante la inminencia de una batalla. Ya lo castigaría bastante el desprecio de sus compañeros, y las mujeres de la aldea no dejarían de burlarse de él, por todo el resto de su vida, en Kibbu. Orando se encogió de hombros; tenía cosas más importantes en que pensar.

—Si quieres tener el orgullo de ser un guerrero, quédate y lucha en las batallas, donde todos te vean —dijo, y dando media vuelta se alejó.

Con silenciosa rapidez, que sobresaltó a los Utengas, Muzimo y el Espíritu de Nyamwegi, saltaron de entre los árboles.

Varias lanzas estuvieron a punto de herirlo, pero, al ver quien era, los negros bajaron sus lanzas, sintiendo cierto alivio; la presencia de dos espíritus benévolos confortaban; sus ánimos, infundiendo cierta seguridad a ese grupo de guerreros semivencidos, que temían la vuelta del enemigo.

—¡Han librado una batalla! —dijo Muzimo a Orando—. Lo sé porque he visto huir a los hombres leopardos. Pero tus hombres parecen también batidos, no lo entiendo.

—Cayeron sobre nosotros por sorpresa —explicó Orando—. Muchos de los míos fueron heridos en esa primera carga, pero los Utengas son valientes. Se repusieron y atacaron a los hombres fieras, hiriendo y matando a muchos. Huyeren los hombres leopardos, porque los Utengas los iban venciendo. No los perseguimos, porque son mucho más numerosos que nosotros. Temíamos que volvieran con refuerzos. Mis hombres no quieren más lucha, por ahora. Dicen, que han ganado, y que Nyamwegi ya ha sido vengado. Desean volver a sus pueblos. Pero mientras, hemos hecho alto aquí, para enterrar a los muertos. Mañana haremos lo que los dioses decidan, yo no sé qué hacer. Pero, sin embarco, me agradaría saber cómo supieron nuestra llegada los hombres leopardos. Gritaban que el dios de ellos les había indicado dónde estábamos y ordenado que atacaran, pues quería comer carne humana. Al oír esto, los Utengas, que temen a los

dioses, decidieron volver.

—¿Te gustaría saber quien dio aviso a los enemigos de que llegabas y dónde estaba tu campamento? —preguntó Muzimo.

Los ojos de Lupingu reflejaron su terror. Se dirigió sigilosamente hacia la espesura.

—Mira lo que hace Lupingu —indicó el gigante— el que fue a «espiar a los enemigos». Parece que ahora va a hacer lo mismo.

No había acabado Muzimo de hablar, cuando Lupingu ya huía. Pero unos doce negros lo rodearon, y lo arrastraron de vuelta, debatiéndole.

—No fue un dios el que avisó a los del pueblo de Gato Mgungu —agregó Muzimo—, que los Utengas llegaban. Yo había llegado al lugar por entre los árboles y pude ver a Lupingu hablando amigablemente con los hombres leopardos, y con su jefe, como si fuera uno de ellos. Lo seguí cuando se volvió y lo vi esconderse cuando se cruzó con los que huían. Lo seguí hasta aquí, y oí que contaba mentiras, a Orando. Yo soy Muzimo, he hablado.

Se oyeron gritos de venganza, y todos cayeron sobre el traidor, para matarlo. Así hubiera sucedido, si Muzimo no Se hubiera interpuesto. El Espíritu de Nyamwegi saltó de sus hombros a un árbol, chillando y bailoteando con rabia, aunque no sabía por qué.

—No lo maten —pidió Muzimo—. Déjenmelo a mí.

—El traidor debe morir —gritó un guerrero.

—Es para mí —mustia Muzimo.

—Déjenselo a Muzimo —intervino Orando.

Los guerreros lo dejaron, no muy complacidos.

—Traigan cuerdas —pidió el blanco—. Aten sus manos y sus tobillos.

Cuando manos que se impacientaban por matar, cumplieron la orden de Muzimo, se vio a los guerreros formar un semicírculo rodeando a éste y al prisionero. Esperaban la muerte de Lupingu, que creían adoptaría la forma de alguna manifestación sobrenatural y atroz.

Vieron a Muzimo ponerse al negro sobre uno de sus anchos hombros, correr unos metros, ágilmente, asirse a una liana que pendía de uno de los árboles y desaparecer de un salto en la Jungla, más espesa y oscura que nunca.

IX

EL DÍA DE LOS HOMBRES LEOPARDO

CAÍA la tarde. El sol, semioculto por las copas de los árboles, se deslizaba hacia el oeste. Sus débiles rayos iluminaban el agua del gran río haciéndola brillar como oro líquido. Del sendero surgió un hombre blanco con la ropa cayéndole en jirones; el camino que traía era el que desembocaba más lejos, en el pueblo defendido por fuerte empalizada, que llegaba hasta donde se encontraba él con dos negros. A su derecha, la selva rodeaba el terreno y cubría con sus cepas de gigantes, la parte posterior de la aldea.

—No vayas, *Bwana* —suplicó uno de los negros—. Es el pueblo de los hombres leopardos.

—Es el pueblo de Gato Mgungu —insistió el blanco—. Yo he hecho negocios con él, hace tiempo.

—Pero venías con escolta y con armas —replicó el negro—. Hoy vienes con sólo los *boys*. Entonces Gato Mgungu era un comerciante. Ahora lo encontrarás convertido en un hombre leopardo.

—¡Bah! —respondió el blanco—. No le hará nada a un blanco.

—No los conoces —se desesperó el negro—. Matarían a sus madres para devorarlas, si no los vieran.

—Todo parece indicar que han traído aquí a la muchacha —arguyó el Viejo—. Hombres leopardos o no hombres leopardos, entraré.

—No quiero morir —dijo un negro.

—Yo tampoco —aprobó su compañero.

—Entonces espérenme en la jungla. Esperen hasta que el sol de mañana inunde la *boma* de luz. Sí para ese momento no estoy de vuelta, vuelvan al campamento y digan al *Bwana* joven que he muerto.

Los negros estaban afligidos.

—No vayas —pidieron—. La muchacha no era tu mujer, ni tu madre ni tu hermana. ¿Por qué has de morir por una mujer que no es nada tuyo?

—Ustedes no comprenden —dijo el Viejo, moviendo su cabeza.

Pero él tampoco sabía por qué lo hacía. Sentía que la fuerza que lo arrastrara hasta allí era superior a él. Pero tal vez era la fuerza de incontables generaciones de su raza la que lo empujaba. El nombre de esa fuerza es: «Deber». Si algún otro impulso intervenía, él no lo comprendía. Tal vez era sólo odio, o deseo de vengarse. Pero, si hubiera sido lo último, dos largos días de penosa marcha por la selva, los tendría que haber aplacado.

—Tal vez estaré de vuelta dentro de pocos minutos —dijo—, si no, será hasta mañana por la mañana.

Les dio la mano.

—¡Buena suerte! ¡Bwana!

—¡Que los espíritus velen sobre ti! ¡Bwana!

Se dirigió hacia la entrada del pueblo. Ojos de salvaje expresión le espiaban. Los servidores que quedaran detrás suyo, lloraban. En el pueblo, un guerrero corrió a la choza del jefe:

—Viene un hombre blanco; solo —anunció.

—Déjalo entrar y tráelo aquí —se le ordenó.

Cuando el cazador estuvo más cerca, una de las puertas se abrió. Vio que varios guerreros lo miraban con fingida indiferencia. En su actitud no había antagonismo ni amistad. Hizo el saludo de paz, que ellos fingieron no ver; pero eso le interesó poco. No le importaban los guerreros, sino Gato Mgungu, el jefe.

—Vengo a visitar a mi amigo, Gato Mgungu —les anunció.

—Te está esperando —fue la respuesta—. Ven conmigo.

El blanco notó el crecido número de guerreros en la aldea. Vio entre ellos algunos heridos y supuso que habrían sostenido una batalla. Esperó que hubiesen triunfado. El jefe estaría así de buen humor. Observó que lo miraban con odio durante el trayecto. La atmósfera del pueblo no era propicia, pero ya era tarde para retroceder, si así lo hubiese deseado.

Gato Mgungu lo recibió fríamente. Estaba sentado en un banquillo decante de su tienda, entre las personalidades del pueblo. No hubo respuesta para el agradable saludo que les dirigió el blanco. Era como para desanimarse.

—¿Qué está hacendó aquí? —preguntó el jefe.

La sonrisa se había borrado del rostro del blanco. Comprendió que no era momento ése para ser amable. Había peligro en el aire. Lo sintió sin

saber la razón. Su salvación estaba en resistir.

—He venido a buscar a la mujer blanca —contestó.

—¿Qué mujer blanca? —preguntó Gato Mgungu, entrecerrando los ojos.

—No me contestes con preguntas —saltó el blanco—. La muchacha está aquí. He seguido durante dos días a los que la robaron de mi campamento. Dámela. Quiero volver con mi gente que me espera en la selva.

—No hay ninguna mujer blanca en mi pueblo —le contestó—. Además, no recibo órdenes de ningún blanco. Yo soy el jefe, y yo mando.

—Obedecerás mis órdenes, viejo descastado —estalló el otro—, o traeré fuerzas que destruirán tu pueblo.

Gato Mgungu se rió.

—Te conozco, hombre blanco —dijo—. Conozco tu astucia. Des negros te esperan en la jungla. Hay dos blancos y seis negros en tu safari. T enes pocas armas. Eres pobre. Robas marfil. Temes enfrentar las leyes de los blancos, porque por robar marfil te encerrarían. Vienes con muchas palabras y las palabras no asustan a Gato Mgungu. Ahora eres mi prisionero.

—¿Y qué hay con eso? —preguntó el Viejo—. ¿Qué crees que vas a hacer conmigo?

—Matarte —contestó el negro.

El blanco se burló.

—No lo harás. No, si sabes lo que te conviene. El gobernador quemará tu aldea y te ahorcara sin duda, al enterarse.

—No se enterará —respondió el jefe—. Llévenselo. Cuiden que no se escapa.

El blanco recorrió de una mirada los diabólicos rostros que le rodeaban. Fue en ese instante cuando reconoció a Bobolo, un jefe con el que tuviera amistad en otra época.

Dos guerreros se le acercaren.

—¡No! —gritó—. Dejen hablar a Bobolo; les dirá que hacen una tontería.

—¡Llévenselo! —vociferó el jefe.

Nuevamente se apoderaron de él, y, como Bobolo no diera muestras de querer interceder, el blanco se dejó conducir sin resistencia. Después de desarmarlo, lo empujaron adentro de una choza, más sucia de lo que las

palabras pueden describir, y lo ataron, dejándole un centinela en el lado exterior de la cabaña; pero se les pasó por alto despojarle de su cortaplumas, que se hallaba en uno de los bolsillos de sus *breeches*.

El cazador estaba molesto. Las fuertes ataduras hacían doler sus muñecas y sus tobillos. En el suelo de la cabaña pululaban toda clase de insectos. Además del martirio físico, debía soportar una aguda depresión de ánimo.

Se preguntó por qué había emprendido esa aventura y comenzó a injuriarse a sí mismo por no haber prestado oído a las advertencias de sus negros.

Pero el pensamiento de que la joven podría estar sufriendo lo robusteció en la idea de que había obrado como debía. Eso, si todavía estaba con vida.

Le quedaba el consuelo de que no había habido otro medio de intentar salvarla. Claramente se le apareció el recuerdo de la muchacha y su hermosura y comprendió que, aunque él consiguiera libertarse, el rescate de ella sería casi imposible.

Todavía pensaba en ella cuando oyó que alguien hablaba con el centinela y a poco una figura se recortó en la puerta al entrar. El blanco no pudo distinguir quién era, las únicas luces del lugar eran los casi extinguidos fuegos de las fogatas; el interior de la cabaña estaba sumido en la más completa oscuridad. Creyó que sería el encargado de quitarle la vida, cumpliendo órdenes del jefe; pero, en cuanto su visitante comerlo a hablar, lo reconoció; era Bobolo.

—Podría ayudarte —susurró—, ¿quieres salir de aquí?

—Seguro. Gato Mgungu debe haber perdido la razón. ¿Por qué hizo esto?

—No le gustan los hombres blancos, A mí sí. Yo te ayudaré.

—Gracias, Bobolo —murmuró el blanco—. Nunca lo lamentarás.

—Pero no lo haré por nada —sugirió el negro.

—Dime tu precio.

—No es mi precio, es lo que tendré que pagar a otros —contestó rápidamente el negro.

—Bueno, dime cuánto piden.

—Diez colmillos de elefante.

El blanco emitió un leve silbido.

—¿Y qué les parecería agregar un yate a vapor y un Rolls Royce?

—Bueno —aceptó el otro, dispuesto a aceptar cualquier cosa, supiera o

no de qué se trataba.

—No los tendrás —decidió el blanco—. Además, diez colmillos de elefante es mucho.

—Tú sabes mejor que nadie, *Bwana*, cuál es el precio de tu vida.

El negro se disponía a abandonar la choza.

—¡Espera! —dijo el prisionero—. Tú sabes muy bien lo difícil que es encontrar marfil en estos tiempos.

—Tendría que haberte pedido cien colmillos; pero, como eres un amigo, te pido solamente diez.

—Está bien. Déjame ir y te traeré el marfil cuando lo tenga. Tardaré pero lo tendrás.

Bobolo denegó con la cabeza.

—Primero quiero el marfil. Avísale a tu socio que me lo rían de; recién estarás libre.

—¿Cómo avisarle? Mis hombres no están aquí.

—Yo enviaré un mensajero.

—Está bien, ladrón —consintió el blanco—. Desátame las manos que yo le escribiré una nota a mi socio.

—De ninguna manera. No sabía qué dices en el papel. Podría ser algo que me acarrease complicaciones.

—No tengas la menor duda —murmuró para sí el otro—. Si pudiera sacar de mi bolsillo el lápiz y la libreta, te verías enjaulado y Gato Mgungu ahorcado.

En voz alta, dijo:

—¿Cómo sabrá él entonces que el mensaje es mío?

—Mándale algo tuyo con el mensajero, algo que pueda reconocer. Tú tienes un anillo. Ayer te lo vi.

—¿Y cómo sabré si mandas pedir la verdadera cantidad? ¿Y si pides cien? —argumentó el blanco.

—Yo soy tu amigo. Soy honrado. Además, no hay otro medio. ¿Tomo el anillo?

—Muy bien; hazlo.

El negro se deslizó detrás del otro y le sacó el anillo.

—Cuando llegue el marfil, quedarás libre. Salió de la choza.

—No me fío de este hato de mentiras —pensó el blanco—. Pero el que se ahoga se ase de una paja.

Bobolo examinaba el anillo a la luz del fuego.

—Bobolo es un hombre inteligente —murmuró—. Tendré el anillo y los colmillos.

Liberar al blanco ni se le había pasado por la mente. No tenía autoridad para ello, e intentarlo habría significado su muerte. Fue a reunirse con los otros jefes, que se hallaban celebrando consejo.

Se discutía en el mismo, entre otros temas, el modo de eliminar al blanco. Algunos querían sacrificarlo y comerlo entre los del pueblo, sin dar participación en el festín a los sacerdotes que se hallaban en el templo, y sin ofrecer una parte del mismo al dios de los leopardos. Otros, eran de opinión diferente; se lo debía enviar al Gran sacerdote para que lo sacrificara en ocasión de las ceremonias de ordenar a la nueva gran Sacerdotisa blanca. Hubo mucha frase, y poco de lo dicho fue interesante; siempre ocurre lo mismo en todas las conferencias que celebran los hombres. Blancos o negros, se deleitan con la música de su propia voz. Mgungu estaba en la parte más terrible del relato de sus proezas en una batalla que ocurriera veinte años antes, cuando sobrevino una terrorífica interrupción.

Hubo un movimiento entre las hojas del árbol que protegía la choza del jefe. Un objeto fue arrojado al centro del círculo que formaban los consejeros, quienes se levantaron al mismo tiempo, contemplándolo con asombro.

Luego, llevados por incontenible horror, dirigieron sus miradas al árbol del que cayera, pero no se veía en él nada desusado. Nuevamente miraron lo que yacía en el suelo. Era el cadáver de un hombre, con sus muñecas y sus tobillos atados. Pero lo espantoso era la herida que había cortado su garganta, pues se extendía de oreja a oreja.

—Es Lupingu, el Utenga —susurró Gato Mgungu—. Él me avisó la llegada de Orando con sus guerreros.

—Es un mal presagio —dijo uno.

—Han castigado al traidor —contestó otro.

—Pero. ¿Quién lo ha traído y arrojado desde los árboles? —quiso saber Bobolo.

—Él habló hoy de uno que dice ser el muzimo de Orando —explicó Gato Mgungu—. Un hombre blanco cuyo poder es mucho mayor que el de Sobito, el hechicero de Tumbai.

—Otra vez, recuerdo que también oímos algo de él —interpuso uno de los jefes.

—Y también mencionó a otro —continuó Gato Mgungu—, uno que es el Espíritu de Nyamwegi, que fuera muerto por los hijos del dios de los leopardos; pero éste ha tomado la forma de un pequeño mono.

—Tal vez fue el muzimo el que lo trajo y lo arrojó —sugirió Bobolo—. Llevemos al hombre blanco al Gran Sacerdote, para que haga lo que guste con él. Si lo mata, el castigo caerá sobre él, no sobre nosotros.

—Así habla un hombre de inteligencia —el que aprobaba era uno que estaba en deuda con Bobolo.

—Ahora ya está oscuro —dijo otro—, esperemos hasta mañana.

—Si el muzimo es blanco y guardamos al prisionero blanco aquí —replicó el jefe—, el espíritu se quedará alrededor de nosotros. Lo mejor es alejarlo cuanto antes de aquí, y llevarlo al templo. El Gran Sacerdote y el dios de los leopardos, son más fuertes que ningún muzimo.

Escondido en un árbol, el espíritu de Orando observaba a los negros. El Espíritu de Nyamwegi, harto de ver negros y disgustado por todo el bullicio, se había quedado profundamente dormido entre los brazos de Muzimo. Este vio a los guerreros alinearse, dirigidos por sus capitanes. El prisionero blanco fue sacado de su choza y se le soltaron las ataduras de sus tobillos. Se alistaron a continuación unas treinta canoas. En cada una cabían diez hombres, por lo tanto, la partida se componía aproximadamente de unos trescientos negros. Unos pocos Quedaban para proteger a la aldea. Las embarcaciones se alejaron…

Cuando la última canoa estuvo a regular distancia, el Muzimo se arrojó al suelo y los siguió desde la orilla, trotando y manteniéndose siempre cerca de ellos. El Espíritu de Nyamwegi, despertado bruscamente de su sueño, para seguir tras los odiados Gomanganis, estaba excitado y rabioso.

—Volvamos —pidió—. ¿Para qué seguirlos? Si nos descubren, nos matarán. Podríamos estar durmiendo a salvo en algún árbol alto.

—Son enemigos de Orando —le explicó Muzimo—. Los seguimos para saber adónde van y qué van a hacer.

—No me importa a donde van y menos lo que harán —fue la malhumorada opinión del Espíritu—. Si seguimos por aquí, nos matarán Sheeta, o Sabor o Numa; eso si no lo hacen antes los Gomangani. Tengo sueño, volvamos.

—No —contestó el gigante—. Yo soy un muzimo. Los muzimos deben saber todo lo que pasa. Además no importa que sea de noche o día para espiar a los enemigos de Orando. Si no me quieres seguir, búscate un árbol

y duérmete.

El Espíritu de Nyamwegi tenía temor de seguir adelante con Muzimo, pero temía aún más quedarse solo en esa jungla que desconocía. Así que no puso más objeciones mientras continuaban recorriendo el oscuro sendero, paralelo al río.

Habrían recorrido dos millas, cuando Muzimo vio que las canoas se habían detenido y, a poco llegaba a encontrar el afluente del río. Como no existía sendero alguno, siguió desde los árboles a las canoas, guiándose por el ruido de sus palas; las mismas iban ahora una tras otra.

Quiso la casualidad que el prisionero viajase en la misma embarcación que Bobolo, y, en cuanto no fueron observados, le preguntó por el destino que llevaban; pero el negro le pidió que callase, para que nadie supiese de su amistad.

—Estarás a salvo en el lugar a que vas —fue todo lo qué dijo susurrando.

Luego, agregó:

—Tus enemigos no te encontrarán.

—Ni mis amigos tampoco —aseguró el blanco.

La superficie del arroyo que remontaban, no recibía el menor reflejo de luz, pues los árboles lo cubrían enteramente. Cómo se arreglaban los remeros para conducir a través de semejante oscuridad, era un misterio para el prisionero. Había algo sobrenatural en todo. Hasta el río no era común.

El silencio persistente de los guerreros daba a la escena más horror.

La imaginación del blanco decidió que eso debía ser el viaje de remeros muertos, de trescientos Carentes que escoltaban su alma hasta el infierno. No eran pensamientos muy agradables, pero no podía entretener otros mejores. Su suerte nunca se había alejado tanto de él.

—Por lo menos —se dije con morbosa satisfacción—, me queda el consuelo de que nada peor me puede suceder.

Pero una preocupación no le abandonaba. Recordaba a lo muchacha. Le intrigaba la idea de lo que le habría ocurrido. En el pueblo no estaba. De eso se hallaba seguro; su intuición no podía fallarle. No creía que la hubiese asesinado. Sabiendo que era una tribu caníbal, se imaginaba que antes de hacerlo celebrarían una ceremonia. No había habido tiempo para esa orgía a partir del momento que apresaran a la joven; lo más probable era que ella hubiese recorrido el mismo camino que él, precediéndolo.

Abrigaba esta esperanza, no solamente porque así podía presentársele

ocasión de salvarla, sino porque deseaba verla y acariciarla. La primera esperanza, la de libertarla, era muy improbable. Además, la ausencia había acrecentado sus deseos. Cuanto más se solazaba evocando sus encantos, más odio sentía por los salvajes que se la robaran.

De repente una luz, a la derecha, rompiendo la densa oscuridad, le interrumpió en sus cavilaciones. Primero había visto una luz; ahora divisaba claramente figuras humarías que se movían y detrás de ellos, la sombra de un gran edificio. Aparecieron más luces.

En ese momento su embarcación tocó tierra, y fue sacado de ella. Encontró que en la orilla había muchos salvajes ataviados como los hombres leopardos, que se unían fraternalmente a los recién llegados. Algunos de ellos usaban máscaras; eran los sacerdotes del templo. Comprendió que lo habían llevado al temple del dios de los hombres leopardos, de cuyas ceremonias había oído horrorosas descripciones. Si alguna duda le restaba sobre la identidad de su punto de destino, le bastó poner el pie dentro del edificio, para quedar convencido do que era verdad. ¡Que se hallaba en el templo de los caníbales!

La escena se iluminaba por miles de antorchas. Casi toda la vasta cámara se veía colmada por los hombres leopardos. Los sacerdotes distribuían entre los fieles los objetos necesarios para cumplir con los ritos; las aguzadas garras, las cabezas de leopardo que cubrían sus propias cabezas.

Las antorchas alumbraban los ídolos, los cráneos humanos, las grotescas máscaras que colgaban de los pilares. Más iluminado que el resto del templo, se encontraba un estrado en el que se hallaba el Gran Sacerdote. A su alrededor había un grupo de sacerdotes; encadenado a un poste, cerca de ellos, un leopardo feroz rugía a la multitud; el blanco pensó que el culto bestial que se le rendía, correspondía exactamente al dios.

El cazador buscó entre la concurrencia a la joven blanca, pero no la vio. Creyó que estaría escondida en ese horrible lugar, y esperó con impaciencia un descuido de sus guardianes, para saberlo por sí mismo. Si la habían traído hasta allí, no habría poder humano que la salvase, estaba perdida, igual que él mismo. Eran testigos de los salvajes ritos, y debían morir. Por lo tanto, Bobolo le había mentido.

Gato Mgungu, Bobolo y los otros jefes habían ocupado sus, lugares, delante de los demás. Gato Mgungu había dicho unas pocas palabras al Gran Sacerdote, y, a una orden de éste, sus centinelas lo llevaron hacia la

derecha de la plataforma. Trescientos pares de ojos lo miraban con odio y con hambre.

El Gran Sacerdote se volvió hacia el animal:

—Dios de los leopardos —gritó en tono demoníaco—. Tus hijos han capturado un enemigo. Te lo han traído hasta tu templo. ¿Cuál es tu voluntad?

Hubo un instante de expectativa en el que todos los ojos estaban fijos en el sacerdote y el dios. Entonces ocurrió algo increíble que hizo erizar la piel del blanco. De entre las fauces del leopardo salió una voz humana. Era inaudito, pero no pudo negar lo que oía por si mismo.

—¡Debe morir para que coman los hijos del dios! —la voz era profunda y emitía aislados gruñidos—. Pero primero deben traer a la Gran Sacerdotisa. Todos mis hijos la verán. Mi hermano ordenó a Lulimi traerla de un país lejano.

Lulimi que, debido a su actuación precedente, se mantenía cerca, en lugar visible, se pavoneó ante todos, muy orgulloso. ¡Por fin había llegado el tan ansiado momento! Dio unos pasos, inició una danza, saltó a gran altura, y su grito resonó salvajemente en la distancia.

Los compañeros de la orden estaban asombrados; lo olvidarían esa hazaña de Lulimi. Pero algo desvió la atención de los concurrentes, de Lulimi hacia la puerta posterior de la plataforma; comenzaban a entrar las sacerdotisas. Adelante iba una, sin más vestimenta que sus adornos. Once más la seguían. El blanco pensó que una de ellas sería la Gran Sacerdotisa; no se imaginaba cuál podía ser, porque no había ninguna diferencia apreciable entre ellas. Los mismos dientes afilados, semejantes lóbulos de orejas estiradas por adornos, llegando a sus hombros. En fin, todas las narices perforadas de la misma forma, ostentando aros de marfil, y los rostros pintados con azul y blanco, terminaban de hacer más desagradable el conjunto.

El leopardo habló de nuevo:

—¡Traigan a la Gran Sacerdotisa!

Apareció una mujer, en la profundidad del corredor; cuando llegó a la puerta, la luz la iluminó; el blanco dio un grito, horrorizado de asombro. ¡La Gran Sacerdotisa era la joven que él había venido a buscar!

X

LOS SACERDOTES DUERMEN

CUANDO Kali-Bwana se vio empujada desde atrás por la bruja que la custodiaba, el espectáculo que descubrió la detuvo horrorizada en el umbral de la puerta. Enfrente suyo estaba el Gran Sacerdote, espantoso en su atavío y máscara, mientras cerca de él se mantenía un leopardo tironeando impaciente de su cadena. Más lejos, una multitud de salvajes, cubiertos de lo que parecían máscaras, haciendo de fondo un telón de pieles de leopardo.

La amplia cámara, atestada de negros, despedía un olor acre y penetrante. La muchacha sintió una náusea incontenible. Y con una de sus manos tapó sus ojos, pues no resistía más.

La vieja que la seguía protestó y la obligó a adelantarse, A su vez, hizo lo mismo Imigeg, el Gran Sacerdote; y, tomando la mano de la joven, la condujo hacia el estrado superior, al lado del leopardo. Este saltó sobre ella, pero el sacerdote, que había previsto el ataque, lo retuvo por la cadena, poco antes que las garras del felino llegasen hasta la muchacha.

El blanco, que había presenciado la escena, se enfureció al ver el peligro que corría la joven, y darse cuenta de cu propia impotencia. Tan grande era su rabia, que se sentía débil y tembloso. Su profundo deseo de ayudarla y que lo había arrastrado a la presente situación, era ya una obsesión. Recordó lo brusco que había sido con ella, y se avergonzó. En ese momento, la joven lo reconoció. La mayor sorpresa e incredulidad se pintaron en su cara. Es que en el primer momento, no se había dado cuenta de que él se hallaba prisionero. Lo recordó en su primer encuentro. Veía en el europeo otro enemigo más; pero el hecho de que se hallara con ella un hombre de su raza la reconfortó.

Por mucho que odiara a las de su sexo, un blanco no podía permitir que unos negros la martirizasen. Más lentamente, llegó a su cerebro el convencimiento de que, como ella, se hallaba prisionero. Su esperanza se

evaporó, pero, una sensación de confianza la envolvía. Por lo menos no se había plegado a los enemigos. ¿Cómo habría caído en la trampa? No podía imaginarse que había sido por el vano intento de salvarla a ella, a su enemiga. Tal vez si hubiera conocido la clase de sentimientos que lo habían impulsado, su confianza en él se habría desvanecido. Era uno de su raza, y su sola presencia le infundía valor.

No eran los ojos del blanco los únicos que admiraban la belleza semidesnuda de la Gran Sacerdotisa; otros ojos, sanguinolentos, y hambrientos, aunque no de comida, la devoraban; eran los de Bobolo, el traidor.

Seguían los ritos del culto, para la consagración. Imigeg farfullaba algo, de pie en el centro del estrado. A veces se dirigía a un sacerdote, otras a una sacerdotisa; otras al dios. Pero cuando éste respondía ya no se impresionaban los dos blancos como al principie, no así la asamblea de fieles, maravillados y suspensos.

Había otro espectador, que aunque engañado al principio por la voz del leopardo, aun no sabiendo nada de ventriloquia, había sorprendido la verdad merced a sus agudizados sentidos. Por un orificio del techo presenciaba todo lo que ocurría en el interior del templo. Era Muzimo; a su lado, temblando como una hoja al ver cerca tantos leopardos, se encontraba el Espíritu de Nyamwegi.

—Tengo miedo —decía el espíritu—. Nkima tiene miedo. Volvamos a la tierra de Tarzán. Allá Tarzán es el jefe; aquí nadie lo conoce, ni vale más que un Gomangani.

—Siempre estás hablando de Nkima y Tarzán —se quejé Muzimo—. Yo no los conozco. Tú eres el Espíritu de Nyamwegi y yo soy el muzimo de Orando. ¿Cuántas veces tendré que repetirte lo mismo?

—Tú eres Tarzán y yo soy Nkima —insistió el monito—. Tú eres un Tarmangani.

—Yo soy Muzimo. ¿Acaso no dijo esto Orando?

—Yo no sé —contestó el Espíritu de Nyamwegi, fastidiado—. No entiendo lo que dicen los Gomangani. Todo lo que sé es que soy Nkima, y que Tarzán ha cambiado. No es el mismo desde que el árbol le cayó encima. Tengo miedo y quiero irme de aquí.

—Enseguida —prometió Muzimo.

Observaba mientras hablaba, lo que pasaba abajo. Vio al hombre y a la muchacha de raza blanca; se imaginaba la suerte que correrían, pero no

sintió compasión, ni recibió un aviso de su sangre. El no era blanco. Era el espíritu ancestral de Orando, el hijo del jefe negro. Lo que les sucediera a los de otra raza, no tenía nada que ver con él.

Algo despertó su atención; debajo de una de las máscaras de uno de los sacerdotes, había visto unas facciones que le resultaron familiares.

No se sorprendió perqué hacía ya un largo rato que lo observaba. La sombra de una sonrisa curvó sus labios.

—¡Ven! —le dijo el espíritu de Nyamwegi; y se deslizó por el techo del templo.

El monito le siguió. Súbitamente se agarró del follaje de Un árbol cercano, desapareciendo en la noche.

Mientras tanto, dentro del templo, las sacerdotisas habían encendido varios fuegos, y apoyaban las marmitas con comida en trípodes, en tanto que de una habitación lejana, los sacerdotes trajeron pedazos de comida, envueltos en grandes hojas. La comida se colocó en las ollas, mientras los sacerdotes hacían más viajes llevando otros manjares y cerveza nativa, que escanciaban a los guerreros, en grandes jarros.

Junto con la circulación de la bebida, comenzaron las danzas. Primero lentas, para llegar después a ser vertiginosas; los bailarines pegaban contra el suelo con fuerza, moviendo sus caderas y levantando sus brazos.

Blandían sus armas, que manejaban con dificultad, debido a las garras que llevaban en los dedos. Oprimido por el poco espacio, cada guerrero se limitaba a hacer su danzar ritual siempre en el mismo lugar; sólo dejaban de bailar para ingerir jarros de cerveza que se les alcanzaban continuamente. Un canto monótono acompañaba las danzas, subiendo y bajando en volumen según el baile, de modo que en un momento dado, el templo fue un infierno de ruidos y un conjunto informe de negros, aullaba dentro de él.

En su estrado, el dios de los leopardos, enfurecido por los ruidos y por el olor de la comida, acompañaba a la locura general con fuertes golpes a su cadena, y salvajes rugidos. El Gran Sacerdote, enloquecido por la bebida, danzaba como un diablo delante del dios, provocándolo con sus carras, enloqueciéndolo más si es que eso era posible. La Gran Sacerdotisa, en el extremo más alejado del estrado, sentía que su razón la abandonaba, al presenciar esa escena salvaje y demoníaca.

Ella había visto repartir la comida, pero recién supo el contenido de las ollas cuando una mano humana cayó de un envoltorio de hojas. Se había

sentido asqueada, enferma.

Por su parte, el Viejo la miraba sin apartar de ella un segundo sus ojos. Había tratado de escaparse para ir a su lado, pero no pudo ni intentarlo. Cuando le quiso hablar, uno de los centinelas le dio un fuerte golpe en la boca. A medida que la orgía aumentaba en salvajismo, más temía por la muchacha. Temblaba al pensar en los excesos que cometerían los hombres en los que la bebida había despertado los peores instintos. Ni los jefes ni los sacerdotes podrían contenerlos, pues se hallaban en iguales condiciones que los fieles.

Bobolo también miraba a la joven; su cerebro formaba ciertos proyectos, no muy claros por los vapores de la fuerte bebida. Vio que la Gran Sacerdotisa corría peligro, y decidió salvarla para guardársela.

Cómo haría para obtenerla, no lo sabía aún, pero estaba determinado a que fuese así. Entonces miró al hombre blanco y algunos vapores se esfumaron, dejando parte de su mente despejada.

El blanco deseaba salvar a la muchacha. Esto podía recordarlo muy bien. También quería fugarse. Él creía que Bobolo era su amigo. Pronto formó su plan. El blanco la ayudaría a salvar a la Gran Sacerdotisa; pero nada podía hacerse hasta que todos estuviesen dormidos o tan borrachos, que después no pudieran recordar nada. Debía esperar un poco, pero, en ese lapso, podía sacar a la joven del estrado y esconderla en una habitación oculta del templo, Ya veía entremezclarse a las sacerdotisas con los guerreros; la fiesta alcanzaba su apogeo. Dentro de un segundo, nadie podría salvarla, probablemente ni siquiera el Gran Sacerdote, que estaba por otra parte tan inconsciente como los demás.

Se aproximó a los guardianes del blanco:

—Vayan con los otros —ordenó—. Yo la cuidaré.

Se alejaron agradecidos, ya enardecidos por la cerveza nativa. No se hicieron repetir la orden; la palabra de un jefe era suficiente, y les quitaba toda responsabilidad.

—¡Pronto! —urgió Bobolo, tomando el brazo del cazador—. Ven conmigo.

—¿Adónde? —preguntó el blanco, retrocediendo.

—Te voy a ayudar a escapar —susurró Bobolo.

—No, si no me acompaña la mujer blanca —insistió.

Esta respuesta cuadraba tan bien con los planes de Bobolo, que se sintió encantado.

—Ahora me ocuparé de eso, antes debo llevarte a otro lado. No puedo sacarlos a los dos al mismo tiempo, es peligroso. Imigeg me mataría; haz lo que te digo.

—¿Por qué te preocupas tanto por nuestra seguridad? —preguntó el blanco, sospechando otra treta de Bobolo.

—Porque los dos corren peligro aquí —replicó éste—. Nadie puede protegerlos en este lugar. Yo soy tu amigo, es conveniente para ti que sea tu amigo y que no esté bebido.

—No mucho —pensó el blanco, mientras el jefe lo arrastraba hacia la puerta.

Lo condujo a una habitación lejana.

—Espera aquí —le dijo—. Voy a buscar a la mujer.

—Córtame antes las ligaduras de las manos —pidió el cazador—. Me duelen.

—¿Por qué no? —dijo Bobolo después de dudar un poco—. Pero no trates de escaparte, porque no lo conseguirás; yo te sacaré de aquí. No hay más camino que el río. Nunca se dejan canoas, para que los sacerdotes o las sacerdotisas no puedan escapar. Sabes que el río está plagado de cocodrilos.

—Esperaré que tú me saques de aquí —prometió el blanco—. Ve a traer a la joven.

Bobolo volvió a la cámara principal del templo aproximándose a la puerta que daba al estrado. Echó un vistazo, La comida ya se había agotado, pero circulaban los jarros de cerveza. El máximo sacerdote dormía en el estrado. El dios de los leopardos, ya saciado, dormía plácidamente. La Gran Sacerdotisa estaba cerca de la puerta. El negro le tocó el brazo.

—¡Ven! —cuchicheó.

Le indicó por señas que lo siguiera. La joven comprendió la mímica, pero no se alarmó, porque había visto poco antes al mismo negro sacar fuera del recinto al prisionero blanco. Debía ser un amigo. Cuando hablaba con el cazador, sus cestos fueron apacibles. Razonando de esa forma, se deslizó detrás del negro hacia las obscuras habitaciones posteriores del templo. Tenía temor. Por su parte Bobolo, excitado por la bebida, pensó arrastrarla a alguna de las desiertas habitaciones que daban al corredor. Pero, en ese instante, una voz detrás suyo decía:

—La encontraste más fácilmente de lo que supuse.

Bobolo se dio vuelta.

—Te seguí —agregó el blanco— pensando que necesitarías ayuda.

El guerrero gruñó algo, pero ya había recuperado su serenidad. Un simple grito o una lucha todavía podría ser oído por alguien, y entonces él también estaría perdido. Sin contestar, los llevó nuevamente hasta la habitación en que dejara al viejo.

—Esperen aquí —aconsejó—. Si los descubren, no diga que yo los traje. Si no, no los podré salvar. Digan que tenían temor y se escondieron en este sitio.

Se volvió para alejarse.

—Espera —pidió el blanco—. Supón que no podamos sacar a la muchacha de aquí. ¿Qué le sucederá?

Bobolo se encogió de hombros:

—Nunca hemos tenido una Gran Sacerdotisa; tal vez sea para el dios, o para el Gran Sacerdote. ¿Quién sabe?

Se perdió en el corredor.

—Tal vez para el dios, tal vez para el Gran Sacerdote —repitió Kali-Bwana aterrorizada, cuando el blanco le tradujera lo que había dicho el negro—. ¡Oh! ¡Qué horrible!

La joven estaba muy cerca del cazador. Él sentía el calor de su cuerpo semidescubierto. Tembló, y, cuando trató de hablar, su voz era ronca por el esfuerzo que le costura dominarse. Ansiaba estrecharla entre sus brazos y obtener su amor, sus besos. Qué era lo que lo contenía, no lo sabía. Estaban solos en ese extremo del enorme edificio y los ruidos de la orgía apagarían cualquier pedido de socorro; ella estaba en sus manos, pero no la tocó.

—Quizás podamos escapar pronto —susurró—. Bobolo prometió sacarme cuando pudiese.

—¿Se fía de él? ¿Lo conoce?

—Lo conozco desde hace un par de años —le contestó—. Pero no me fío de él. Está haciendo esto por un precio, Es un miserable avaro.

—¿Cuál es el preciso?

—Marfil.

—Pero yo no tengo.

—Yo tampoco —dijo él—, pero lo conseguiré.

—Yo le pagaré mi parte —prometió ella—. Tiene mi dinero un representante en el último tramo del ferrocarril. El se rió.

—Esperemos hasta llegar a la orilla para cruzar el puente, si es que llegamos.

—Eso no es muy reconfortante —reconoció la muchacha, entristecida.

—Estamos en un mal momento —explicó él—. No debemos ilusionarnos. Nuestra sola esperanza por ahora es Bobolo. Es un hombre leopardo, y un avariento, además de hallarse bebido. Como ve, una triste esperanza.

Bobolo se había encaminado casi despejado hacia el recinto principal. Recuperó fuerzas con un enorme jarro de cerveza, que vació íntegramente. Al caer sus ojos sobre una sacerdotisa reclinada en un rincón, creyó haber encontrado el ideal que tan ansiosamente buscara. No había transcurrido una hora, cuando Bobolo se dormía en el piso, profundamente.

Los efectos de la cerveza nativa, desaparecieron tan rápido como se habían hecho sentir. Comenzaron a despertar los guerreros, sintiéndose enfermos y doliéndoles terriblemente la cabeza. Deseaban más cerveza, pero tanto la bebida como la comida se habían consumido por completo.

Gato Mgungu no había conocido los adelantos de la civilización; (nunca había estado en Hollywood). Pero supo qué hacer en esa ocasión. Por lo visto, la sicología de los que asisten a fiestas, es la misma en África que en todas partes. Cuando ya no hay nada para comer o beber, ha llegado el momento de volver a casa. Gato Mgungu reunió a los otros jefes, y les comunicó su filosófica resolución. Todos la aprobaron calurosamente, incluso Bobolo. Su mente estaba dormida. Había ya olvidado todos los acontecimientos de la pasada noche. Sabía que debía recordar algo importante, pero no conseguía hacerlo; se embarcó con sus hombres, lo mismo que los otros jefes. La procesión de canoas de combate, desapareció río abajo, llevando sobre ellas unas soberanas jaquecas.

En el templo quedaban los pocos guerreros que no habían podido sacudir su pesado sopor. Les habían dejado una sola canoa. Dormían en el suelo del templo, rodeados fraternalmente por sacerdotes y sacerdotisas. Imigeg y el dios de los leopardos, los imitaban.

Kali-Bwana y el *Bwana* habían esperado con impaciencia el retorno de Bobolo. Primeramente había llegado hasta ellos, el descenso de los ruidos hasta su desaparición; pero al poco rato oyeron otros como precediendo una partida, tales como el paso acompasado de los guerreros hacia el río y las voces de mando, junto con los de los preparativos para arrastrar las embarcaciones. Después, todo fue silencio.

—Bobolo ya tendría que haber venido —observó el blanco.

—Quizás se ha ido, abandonándonos —sugirió Kali-Bwana.

Esperaron otro rato más. Ni un solo ruido venía del interior o del exterior del templo. Reinaba un silencio de muerte.

Habló el blanco:

—Iré a echar un vistazo. Tal vez Bobolo se fue y, si es así, quiero saberlo. No tardaré mucho, no tema.

Cuando quedó sola en la oscuridad, los pensamientos de la joven se ocuparen del hombre que se alejaba de ella. Parecía algo cambiado. Estaba más preocupado de lo que dejaba ver, por la seguridad de la muchacha; sus maneras eran amables; pero ella no podía olvidar cómo la tratara durante su primer encuentro; todavía le temía. Si la salvaba, quedaría en deuda con él y esa perspectiva no la seducía. En ese momento el Viejo se asomaba por la puerta del estrado.

Una luz débil lo cubría todo, los fuegos estaban cubiertos de blanca ceniza. Una sola antorcha, todavía no consumida, iluminaba el lugar. Revisó a los que dormían y entre ellos no encontró a Bobolo, por muy prolijamente que lo buscó. Pero ahora sabía que en el templo no había nadie despierto. Volvió rápidamente hacia la muchacha.

—¿Lo encontró?

—No. Dudo que se halle aquí. Casi todos se han ido, y los que quedaron duermen. Es nuestra oportunidad.

—¿Qué quiere decir?

—Que nadie nos detendrá. Puede ser que no hayan dejado una canoa, Bobolo me dijo que no las dejan, para impedir que los del templo se escapen. Quizás me mintió. Lo veremos. Si nos quedamos, estamos perdidos.

—Haré lo que usted me indique —le aseguró ella—. Pero si mi presencia puede ser un obstáculo, huya, no me espere. Recuerde que no tiene ninguna obligación conmigo, ni…

—¿Ni qué? —preguntó él.

—Ni quiero yo estarle obligada a usted. No he olvidado lo que me dijo cuando vino a mi campamento. El blanco dudó un instante antes de responder:

—Vamos —ordenó bruscamente—. No podemos perder tiempo.

Se dirigió a una ventana de la parte posterior, y se asomó. Todo estaba sumido en la penumbra. Sabía que el edificio se asentaba sobre columnas, pero una caída podía ser fatal; pero recordaba que un corredor recorría un lado del templo. No quería correr el riesgo de atravesar el recinto en que

dormían todos. Debía buscar una ventana que diera al corredor.

—Probemos en otro lado —cuchicheó—. Deme la mano, para no perdernos.

Ella deslizó su mano en la de él. Era suave y tibia. Una vez más se sintió dominado por su pasión pero se contuvo y no se delató. Sin ruido, recorrieron en puntillas el corredor, buscando él con su mano libre una puerta. La encontró y se deslizaron por el cuarto en busca de una ventana. ¡Qué habría podido pasar si ése fuera el dormitorio de algún habitante del templo, que despertándose en el recinto de la fiesta, se hubiera retirado ya! Un frío sudor perló la frente del hombre, quien se juró exterminar al primero que se opusiera a la salvación de la joven. Pero se hallaban en un cuarto vacío. Se asomaron a la ventana. Daba a los fondos del templo. Pasaron a través de la ventana. No quiso exponerse a descender por la escalera del frente.

—Bajaremos por los pilares, porque puede haber un centinela en el frente; ¿podría hacerlo?

—Ciertamente —contestó.

—Bajaré primero; si se resbala, la sostendré.

—No me resbalaré. Pase primero.

El corredor carecía de hierros. Tendido en el suelo, buscó hasta encontrar un pilar.

Kali-Bwana lo siguió. Él la ayudó hasta que pudo apoyarse por sí sola, y sin más contratiempos, llegaron al exterior. Tomados de la mano, corrieron hacia la orilla. El Viejo buscaba una canoa, y, ya había alcanzado el lado opuesto del templo, cuando tuvo que contener una exclamación de alegría. Allí había una, casi en el agua. Unieron sus esfuerzos para tirar al río la pesada embarcación. Parecía al principio que fracasarían, pero a poco se deslizaba suavemente. El cazador ayudó a la muchacha, subió tras ella, y, con una silenciosa pero no menos expresiva oración de agradecimiento, se alejaron por el arroyo, hacia el ancho río.

XI

LA BATALLA

UNA HORA después de la medianoche, saltaban silenciosamente al campamento de los Utengas, dos sombras fantasmales: Muzimo y el simio. Los guerreros dormían. Ninguno de los centinelas los había visto, hecho que no los sorprendió cuando se enteraron de quiénes eran los intrusos; los espíritus pueden pasar inadvertidos en la jungla, si ésa es su voluntad.

Orando, buen soldado, se hallaba recorriendo todos los puestos de observación, para saber las novedades; estaba despierto cuando el Muzimo se le reunió.

—¿Qué noticias me traes, Muzimo? —le preguntó el hijo de Lobongo —. ¿Qué hace el enemigo?

—Hemos estado en su pueblo, el Espíritu de Nyamwegi, Lupingu y yo —respondió el gigante.

—¿Dónde está Lupingu? —quiso saber Orando.

—Se quedó allá dando un mensaje a Gato Mgungu.

—¿Dejaste en libertad a ese traidor? —se indignó Orando.

—De poco le hubiera servido. Estaba muerto, cuando entró al pueblo de los hombres leopardos.

—En ese caso, ¿cómo podía llevar un mensaje al jefe?

—Llevó un mensaje de terror que ellos entendieron perfectamente —explicó el blanco—. Les dijo que los traidores nunca quedan impunes. Y también que el poder de Orando es grande.

—¿Qué hicieron, entonces?

—Volaron a su templo para consultar al Gran Sacerdote y al dios. Los hemos seguido hasta allá. Pero creo que poco aprendieron del sacerdote o del dios. Estaban demasiado bebidos. Claro, ledos menos el leopardo, pero ése no puede hablar mientras el Gran Sacerdote está lleno de cerveza. Venía a avisarte que el pueblo de Gato Mgungu está semidesierto; han quedado los niños, las mujeres, y unos pocos guerreros. Sería un momento

propicio para asaltarlo, o para esperar emboscados el retorno de los que fueron al templo. Estos están deshechos por la orgía; los derrotarías, pues los hombres enfermos no luchan bien.

—Tienes razón —coincidió Orando, golpeando sus manos para despertar a los más cercanos de sus compañeros.

—En el templo de los hombres fieras descubrí la presencia de alguien a quien conoces muy bien —agregó maliciosamente Muzimo—. Es nada menos que sacerdote del templo.

—No conozco a ningún hombre leopardo —contestó Orando.

—Conocías a Lupingu, pero no sabías que era hombre leopardo —le recordó Muzimo—, e igualmente conoces a Sobito. Tenía puesta una máscara, pero lo reconocí. Es un hombre leopardo.

—¿Estás seguro? —preguntó el hijo de Lobongo luego de pensar un rato.

—Sí.

—¡Cuando se alejaba de Tumbai para consultar a loa espíritus y a los demonios, se iba tranquilamente a reunirse con los otros! —aclaró Orando —. Es un traidor, morirá.

—Sí, es un traidor —repitió Muzimo—. Tendría que haber muerto ya.

Muzimo guiaba poco después a los guerreros de Orando a través de la selva. Iban tan rápidamente como les permitía la oscuridad y el sendero, sinuoso y estrecho. Por fin llegaron silenciosamente hasta el río; Muzimo comprendió que los guerreros no habían vuelto aún. Los Utenga esperaron escondidos entre la maleza, mientras Muzimo se alejaba río abajo para localizar a los enemigos. A poco retorno con la noticia de que veintinueve canoas se aproximaban.

—Aunque recuerdo que eran treinta —dijo—. Ahí llegan.

Orando se acercó a los suyos para impartirles las últimas órdenes y para encarecerles que luchasen con bravura. Se oía el acompasado golpeteo de las palas. Los Utenga, impacientes, aguardaban. A la primera embarcación la siguieron las otras, hasta llegar todas, en rápida sucesión. Los negros, en fila, se dirigieron al pueblo. Orando, con un grito salvaje, dio la señal de ataque, al que le respondieran noventa voces, mientras que las lanzas y las flechas atravesaban a los hombres leopardos.

Los guerreros del hijo de Lobongo, abrieron una brecha entre sus enemigos, los cuales, al ser tomados de sorpresa, sólo pugnaban por huir. Los que aun no habían descendido de sus canoas, volvieron a alejarse, en

tanto que los ya desembarcados huían en dos direcciones; unos, hacia sus canoas, con la esperanza de salvarse por el río; otros hacia el pueblo, estos últimos perseguidos de cerca por los Utenga.

Al llegar ante las puertas cerradas, pues los defensores de la aldea no se arriesgaron a abrirlas, el combate fue sangriento. En la orilla del río se masacraba a los guerreros que trataban inútilmente de hacer flotar sus pesadas embarcaciones.

Cuando ya era tarde para salvar a sus compañeros, los del pueblo abrieron las puertas con la intención de hacer una inútil tentativa contra los Utenga. Cuando el paso quedó libre, como de los leopardos que combatieron no quedaba uno vivo, los que hicieron su entrada en la aldea fueron los feroces hombres de Lobongo, dando gritos de guerra.

Habían vencido. No quedaba nadie con vida en el pueblo, cuando los enfurecidos soldados de Orando prendieron fuego a las chozas del mismo.

Desde el río, los guerreros que se habían salvado divisaron las llamas elevándose y dando reflejos enrojecidos a las aguas del ancho río; supieron así que la derrota era completa, definitiva. Gato Mgungu desde su embarcación, veía destruidos, no sólo su pueblo, sino también su poder, y la rabia se apoderó de él. Bobolo por su parte, pensó que Gato Mgungu ya no era de temer. Entre todos, el que menos sintió la derrota, fue Bobolo.

A la luz del incendio, Orando reunía a los suyos, recogiendo a los heridos y a los muertos. Desde un árbol cercano, un pequeño mono gritaba y parloteaba excitadísimo. Era el Espíritu de Nyamwegi que llamaba desesperadamente a Muzimo pero éste no le respondía. Entre los heridos. Orando encontró a su protector, como muerto, con una contusión en la cabeza. El hijo de Lobongo se hallaba sorprendido; sus compañeros, indignados. Habían creído que Muzimo era un espíritu y por lo tanto, inmune a la muerte. Se dieron cuenta que habían ganado la balada por sí mismos y no por su, intervención. ¡Habían sido engañados! Hubieran querido hundir sus lanzas en su cuerpo, pero Orando se interpuso.

—A veces los espíritus abandonan una forma para tomar otra —les recordó—. Tal vez está en otro cuerpo y nos observa en ese momento. Si es así, se vengará del daño que le hagan a su antigua forma.

Estas palabras convencieron a los Utengas, que miraron al gigante con la antigua veneración.

—Además —agregó Orando—, hombre o espíritu, me fue fiel; y los que estábamos a su lado vimos con qué valentía peleaba.

—Eso es cierto —reconoció un guerrero.

—¡Tarzán, Tarzán! —gritaba el Espíritu de Nyamwegi desde su árbol.

—¡Tarzán de los Monos, Nkima tiene miedo!

El Viejo hacía deslizarse la canoa robada, camino al ancho río, esperando que la fuerza de la corriente ayudara a salvarlos. Kali-Bwana iba silenciosa en el otro extremo de la embarcación. Había tirado con repulsión sus horribles atavíos, pero conservado sus pulseras y demás joyas, aunque no sabía por qué. La única explicación es que, a pesar de todas las aventuras pasadas, era aún una mujer, y una mujer hermosa. Eso es algo imposible de analizar.

El blanco que la acompañaba confiaba en poder salvarla. Los hombres leopardos que les habían precedido, tendrían que estar ya en su pueblo. Nada hacía prever que regresarían pronto. Como en el templo no había quedado canoa alguna, la persecución por ese lado era imposible. Con alegría vio que llegaban a las aguas del río más caudaloso.

En ese momento oyó palas que rozaban el agua, y su corazón pareció latir en su garganta. Reuniendo todas sus fuerzas, dirigió su canoa hacia la orilla, esperando poder ocultarse en la jungla, en último caso, o sólo bajo los árboles de la orilla, hasta que los que venían hubiesen seguido de largo. Debido a la profunda oscuridad, esperaba triunfar.

De repente, se aproximó la otra canoa; era una sombra más entre las sombras. Kali-Bwana se ocultó, porque su cabello claro, o su blanca piel, podía descubrirlos, a pesar de lo oscuro que estaba el río. La canoa pasó sin verlos.

Hacia la salvación a hora más cercana, el cazador apuró el ritmo de sus paladas, teniendo además a favor la corriente. Otro objeto surgió ante ellos.

El blanco lo vio como saliendo del agua. Quiso detenerse o alterar su rumbo, pero era ya tarde. Hubo una conmoción terrible, y en ese momento comprendió el *Bwana* que habían chocado con una canoa llena de guerreros.

Simultáneamente hizo su aparición por el otro lado otra embarcación. Se oían preguntas y órdenes. El blanco reconoció la voz de Bobolo. Saltaron los negros a su canoa y se trabaron en lucha; pero el mayor número lo venció y fue arrojado al suelo de la misma.

Otra vez oyó la voz de Bobolo:

—¡Rápido! ¡Nos persiguen los Utengas, ya llegan!

Manos nerviosas se apoderaron de las palas y segundos después

volaban sobre las aguas, de vuelta hacia el templo. El corazón del blanco estaba destrozado. Había ten do cerca la salvación de la joven y había fracasado. Estaba desesperado. No pensaba en sí mismo. Pensaba solamente en ella. De pronto, trató de darle ánimo.

La llamó varias veces sin obtener respuesta.

—¡Cállate! —ordenó un guerrero a su lado.

—¿Dónde está la mujer blanca? —le preguntó.

—Cállate, aquí no hay ninguna mujer.

Cuando la canoa de Bobolo chocara con la de los fugitivos, el jefe quedó tan cerca de la muchacha, que distinguió su cabello; instantáneamente había aprovechado la oportunidad, y, arrancándola de su canoa, la pasó a la propia. Entonces dio la falsa alarma, que, al atemorizar a los otros, los alejó de allí rápidamente.

Todos los guerreros que iban en su canoa eran hombres suyos. Su pueblo se asentaba en la margen izquierda del mismo río, pero más lejos. En voz baja, había dado las órdenes, y a toda velocidad se alejaban.

La pobre Kali-Bwana, después de tantos infortunios, viendo su huida fracasada, quedó petrificada ante los rápidos sucesos que la habían separado del único ser que podía ayudarla, y un sollozo la estremeció.

Su paladín, inerme y atado, de vuelta al templo, se sentía ahogar de furor. Pero ahora estaba seguro de que, después de su evasión, los hombres fieras lo matarían sin piedad. Deseó que su fin llegara pronto, pero conocía los métodos de la tribu, y sabía que su muerte sería lenta y dolorosa.

Cuando hicieron; su entrada al templo, aun estaban tendidos en el suelo del recinto los cuerpos de los celebrantes. El ruido que hicieron al entrar, despertó a Imigeg; restregó bus ojos y se puso de pie, avanzando hacia ellos.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

Gato Mgungu hacía su entrada en ese preciso instante pues su canoa había sido la siguiente en llegar.

—Algo desastroso —contestó—. Mientras ustedes dormían, este prisionero se escapó. Los Utenga han exterminado a los míos y quemado al pueblo, ¿qué les ocurre a fue filtros mágicos, Imigeg? No dan resultado.

El Gran Sacerdote miró como buscando algo, con ojos de espanto:

—Dónde está la sacerdotisa blanca, ¿se escapó?

—He visto solamente a este hombre —respondió Gato Mgungu.

—La Gran Sacerdotisa estaba con él —explicó un guerrero—, pero

Bobolo la pasó a su canoa.

—Entonces ya tenían que haber llegado —contestó Gato Mgungu—. La canoa de Bobolo venía detrás de la mía.

—Ella no se escapará de nuevo —prometió Imigeg—. Ni el blanco tampoco.

—Átenlo bien y llévenlo al pequeño cuarto del fondo del templo.

—¡Mátenlo! —dijo Gato Mgungu—. Así no podrá escapar otra vez.

—Lo sacrificaremos más tarde —decidió Imigeg, al que no se le había pasado inadvertido el tono irreverente y de reproche del jefe, por lo que le contrarió para reafirmar su tambaleante autoridad.

—¡Mátenlo ahora mismo —insistió el jefe—, o se les escapará! Y si lo hace, el otro hombre blanco vendrá con los guerreros para quemar el templo.

—Yo soy el Gran Sacerdote —le recordó majestuosamente Imigeg—, y no recibo órdenes que no provengan del dios de los leopardos. Le preguntaré qué debo hacer. Lo que él diga, será lo que haremos.

Se dirigió al lugar en que dormía el dios, despertándolo con un agudo instrumento. El dios se levantó convulsionado por un horrible rugido.

—El hombre blanco se escapó —le explicó el sacerdote—. Pero lo han vuelto a capturar. ¿Debe morir esta noche?

—No —contestó el leopardo—. Átenlo y guárdenlo en una habitación de la parte de atrás del templo; ahora no tengo hambre.

—¡Gato Mgungu dice que debe morir ahora mismo! —le contó Imigeg.

—Dile a Gato Mgungu que yo hablo solamente con Imigeg. Por ser Gato Mgungu tan rebelde, he dejado que muriesen sus guerreros y que su pueblo desapareciera bajo el fuego. Si vuelve a rebelarse, será comido por los hijos del dios de los leopardos. He hablado.

—Han oído al dios —agregó Imigeg.

Gato Mgungu estaba sencillamente horrorizado.

—¿Puedo llevar al prisionero a esa habitación y cuidar que quede bien atado? —preguntó humildemente.

—Sí —concedió Imigeg—. Llévalo y átalo tú mismo para estar seguros de que no pueda escaparse.

XII

EL SACRIFICIO

¡TARZÁN! ¡Tarzán! —gritaba el Espíritu de Nyamwegi desde el árbol en que se hallaba—. ¡Tengo miedo!

El gigante, que yacía en el suelo, abrió sus ojos y miró alrededor. Vio que Orando y otros guerreros lo rodeaban. Su cara expresó sorpresa. Se levantó rápidamente.

—¡Nkima! —contestó en el lenguaje de los grandes monos—. ¿Dónde estás, Nkima? ¡Tarzán está aquí!

El monito descendió del árbol y corrió a subirse al hombro del blanco; daba muestras de júbilo intenso, mientras apretaba su mejilla contra la de su amo.

—¿Ven? —dijo Orando a los suyos—. Muzimo no ha muerto.

El blanco se volvió a mirar a Orando.

—No soy Muzimo —dijo—. Yo soy Tarzán de los Monos.

Tocó al mono:

—Este no es el Espíritu de Nyamwegi; es Nkima. Ahora me acuerdo de todo. Durante mucho tiempo no podía recordar nada, desde que el árbol me golpeó la cabeza.

No había entre los negros ninguno que no conociera a Tarzán de los Monos. Todos en la jungla lo conocían, aunque fuera más que de nombre. Era algo legendario de la selva. Así como no esperaban poder ver a los espíritus o a los demonios, tampoco soñaron conocerlo un día. Orando se sentía un poco decepcionado, aunque quizás en su interior estuviese tan aliviado de sus temores como sus negros, al saber que era un hombre de carne y hueso y no un espíritu, el que confraternizaba con ellos. Le quedaba la duda a Orando de la forma que elegiría el verdadero muzimo suyo para aparecérsele, si así lo decidía; es decir, en su aspecto benigno, o en el contrario. Pero había un cambio. Mientras el blanco había sido el muzimo de Orando, había carecido del aire digno de poder y autoridad que ahora le

distinguía.

Establecieron el campamento cerca del río y de las ruinas del pueblo, porque, estando cubiertos los campos de plátanos y mandioca, agregándose esto a lo robado en la aldea, podrían restaurar sus fuerzas sometidas a tan intenso desgaste por las marchas y la lucha.

Durante todo el día, Tarzán reflexionó. Recordaba que había llegado al país de los Watenga, para reconocer por si mismo el lugar en que tenían concentradas sus fuerzas los hombres leopardos, cuyos crímenes habían conmovido a todo África. Se alegró que su accidente hubiera ayudado a sus propósitos, pues el pueblo de las fieras había sido destruido. Pero quedaba el templo. Todavía no podía aclarar muchos detalles. Pero lentamente su cerebro elaboró recuerdos que tuvieron como resultado que, un poco antes de disponerse todos a cenar, se le presentó al blanco la visión del cazador y de la joven rubia, que había visto en el pueblo de Gato Mgungu, y en el templo. Preguntó a Orando por ellos, pero éste no sabía nada.

—Si estuviesen en el templo, ya los habrían sacrificado —explicó el hijo de Lobongo.

Tarzán quedó pensativo una vez más. No conocía a la pareja, pero se sentía obligado a ayudarles, por ser de su raza. Llamó a Nkima, que se hallaba comiendo.

—¿Adónde vas? —interrogó Orando.

—Al templo del dios de los leopardos.

El Viejo había pasado todo el día atado fuertemente sin que le hubiesen alcanzado comida o agua. De vez en cuando un sacerdote o una sacerdotisa se asomaban para cerciorarse de que continuaba convenientemente atado y en el mismo lugar. Los habitantes del templo habían estado durante todo el día dedicados a descansar de las consecuencias de la fiesta. Pero, al caer la noche, el edificio pareció despertar de su sopor. Llegaban a oírse, en ese sitio apartado, los cantos que entonaban los siervos del dios y los alaridos del Gran Sacerdote. Durante esas largas horas, había pensado en la muchacha. Oyendo al guerrero que explicara que Bobolo se había apoderado de la joven, creyó que habría sido traída nuevamente al templo. Por lo menos la vería. Pero ya la esperanza de poder libertarla, había abandonado su corazón.

Estaba tratando de animarse, diciéndose que, si se habían podido fugar una vez, podrían hacerlo otra, cuando entró en el aposento un sacerdote llevando una antorcha. Era un viejo de cara horrible y pintarrajeada. El

recién llegado era Sobito, el hechicero de Tumbai. Comenzó a desatar al blanco.

—¿Qué me van a hacer? —preguntó éste.

Una mirada de odio le contestó. El sacerdote habló:

—¿Qué crees tú que te van a hacer?

—Matarme, supongo —contestó encogiéndose de hombros el prisionero.

—No tan rápido —explicó Sobito—. La carne de los que mueren lentamente es más sabrosa y tierna.

—¡Viejo demonio! —se enfureció el prisionero.

Sobito pasó la lengua por sus labios. Se deleitaba en las torturas, ya fuesen físicas o mentales. No se iba a perder esa oportunidad.

—Primero quebrarán tus brazos y tus piernas —enumeró—. Después te enterrarán en el lodo lo suficiente para que te ahogues. Ahí te dejarán tres días y así tu carne se habrá vuelto tierna.

Hizo una pausa.

—¿Y después? —preguntó con voz firme el prisionero.

Había decidido no darles la satisfacción de verle abrigar ningún temor sucediera lo que sucediese. Debía mantener en alto el prestigio de su raza. Pensaba «¡Tres días! ¡Qué destino!».

—¿Después? —preguntaba el médico brujo—. Después los hijos del dios te llevarán al templo y te harán trizas con sus garras. ¡Mira!

Mostraba las garras curvas y agudas que en ese momento colgaban inactivas de su piel de leopardo.

—¿Y luego me comerán?

—SÍ.

—Espero que se ahoguen atragantados.

Sobito había acabado de desatar los pies del blanco.

—¿Van a matar y a comer a la muchacha blanca, también? —quiso saber el cazador.

—No está aquí. Bobolo la robó. Por haberla ayudado en la huida, tu castigo será mayor. Le he sugerido a Imigeg que te haga saltar los ojos después de quebrar tus piernas y brazos. Me había olvidado de decirte que te los romperán en tres o cuatro partes.

—¡Estás perdiendo la memoria! —se condolió el cazador—. Espero que ahora ya no te olvides de nada.

Sobito gruñó:

—Ven conmigo —y lo empujó hacia el recinto en el que se habían reunido todos los hijos sobrevivientes del dios.

Al hacer su aparición el blanco, un grito da salvaje alegría partió de ciento cincuenta gargantas, el leopardo gruñó, el Gran Sacerdote comenzó una danza, y las sacerdotisas, aullando, trataron de alcanzar al prisionero. Sobito lo llevó hasta la plataforma.

—¡Aquí está el sacrificio! —gritó, dirigiéndose a Imigeg.

—¡Aquí está el sacrificio! —repitió Imigeg dirigiéndose al dios—. ¿Qué mandas?

Un rugido empezó la frase, que continuó así:

—¡Quiébrenle los miembros y dentro de tres días estaremos de fiesta!

—¿Qué decides sobre Bobolo y la Gran Sacerdotisa? —preguntó Imigeg.

—Manda guerreros a buscarlos para romper los huesos del traidor y hacer otro sacrificio. La joven se la doy al Gran Sacerdote. Cuando se canse de ella, habrá otro festín.

—Han oído al dios —gritó Imigeg—, se hará lo que él dice.

—Quiébrale los huesos al prisionero —dijo el dios—, y dentro de tres noches, haz volver a mis hijos para que coman carne fresca. Cuando la hayan comido, las armas do los hombres blancos no les harán daño.

—Quebremos sus huesos —vociferó Imigeg.

Unos seis sacerdotes se apoderaron del prisionero arrojándole al suelo del estrado y sostuvieron sus brazos y piernas estirados mientras que las sacerdotisas, armadas con gruesos palos, se adelantaban corriendo. Un tambor comenzó a sonar en algún lugar del templo, siguiendo una cadencia que las sacerdotisas acompañaban con sus danzas alrededor del blanco. Una se adelanto para pegarle; pero un sacerdote fingió defender a la víctima; la sacerdotisa continuó su baile. Esto fue repetido muchas veces, hasta que los sacerdotes tuvieron que luchar con todas sus fuerzas para detener a las enloquecidas hembras.

Que ésta era una representación, fue evidente para el blanco al principio, pero ¿y lo que seguiría? Si los fanáticos esperaban gestos de terror, o que pidiera clemencia, iban a verse decepcionados. Acostado, los contemplaba mientras bailaban, con la misma indiferencia con que hubiera mirado cualquier otra danza.

Su actitud los puso más frenéticos, y exageraron sus saltos, dieron gritos más agudos, aumentando la velocidad da sus giros, hasta que éstos se

transformaron en vertiginosos. La escena era indescriptible. Pero el final era inminente e inevitable…

La descripción que le había hecho Sobito se componía de más partes… El cazador había oído decir que algunas tribus de caníbales preparaban su comida en esa forma, para darle más sabor. El horror que sentía, le hizo perder su serenidad; creía hallarse próximo a perder la razón, si continuaba esa pesadilla un poco más.

Los guerreros, urgían a las sacerdotisas al sacrificio. Estaban impacientes por presenciar el sufrimiento del prisionero. El Gran Sacerdote, que conocía a sus fieles, se dio cuenta de sus deseos. Hizo una señal, y el tambor calló. La danza cesó de repente. El auditorio parecía convertido en piedra. El silencio parecía más amenazador que los anteriores rugidos. Las sacerdotisas, con sus palos en alto, se lanzaron sobre el sentenciado.

XIII

RÍO ABAJO

KALI-BWANA iba acurrucada en el fondo de la canoa; ésta iba impulsada por las rítmicas paladas de los negros, que le imprimían una velocidad tal, que el paisaje volaba. Por la dirección que seguían, se dio cuenta de que no volvían al templo, ni al pueblo de Gato Mgungu. ¿A qué nuevo riesgo la sometía el destino?

Bobolo se inclinó hacia ella:

—No tengas miedo. Te llevo lejos de los hombres leopardos.

La prisionera comprendió el sentado de la frase:

—¿Quién eres? —preguntó.

—Soy Bobolo, el jefe.

La joven reconoció de inmediato el nombre del negro de quien su compañero de prisión había esperado ayuda, a cambio de marfil.

—¿Está el hombre blanco en la canoa? —preguntó.

—No —contestó Bobolo.

—Habías prometido salvarlo —le reprochó ella.

—Sólo pude salvar a uno de ustedes.

—¿Adónde me llevas?

—A mi pueblo, allí estarás a salvo. Nadie te hará daño.

—¿Me llevarás río abajo, hasta encontrar a los de mi raza?

—Dentro de un tiempo sí —fue la respuesta—. No hay prisa. Te quedarás con Bobolo, te agradará. Es un gran jefe, con muchos guerreros. Tendrás abundante comida, y esclavas. No trabajarás.

La muchacha se estremeció. Comprendió lo que estas palabras encerraban.

—¡No! —gritó—. Déjame ir, por favor. El *Bwana* decía que tú eres su amigo. Él te pagará. Yo te pagaré.

—No podrá pagarme; si ya no ha muerto, lo estará en pocos días.

—Pero yo sí te puedo pagar —le recordó Kali-Bwana—. Te pagaré lo

que me pidas, si me llevas hasta los míos.

—No quiero que me pagues nada —dijo Bobolo—. Sólo te Quiero a ti.

La joven se vio perdida. La única persona que sabía su situación y que deseaba ayudarla, había muerto o moriría sin duda en pocas horas.

Se sentía indefensa. ¡Pero sí, había un medio de escape! «¡El río!».

Se obligó a sí misma a no pensar en el oscuro río, en los cocodrilos, pues, de no ser así, su valor podía fallarle. Actuó impulsivamente; se puso de pie, sin dudar. Pero Bobolo estaba muy cerca. Al sorprender su intención, la agarró bruscamente y la echó al fondo del bote; su furia le dominó y le dio un fuerte golpe. Enseguida la ató de manos y pies.

—No trates de hacer esto otra vez —le avisó.

—Ya encontraré algún otro modo —le desafió ella—. Nunca me tendrás. Sería mejor que aceptaras mi oferta, porque al fin te quedarás sin mí y sin el pago.

—¡Cállate, mujer —le dijo—, ya he oído bastante! —la golpeó nuevamente.

Durante cuatro horas más, la canoa continuó su viaje. Los negros que remaban, parecían incansables. El sol había aparecido, pero desde su incómoda posición, no podía ver más que los cuerpos de ébano, y la repulsiva cara de Bobolo.

Por último, se oyeron voces gritando en la costa, respondieron los viajeros y a poco tocaban tierra. Bobolo la desató y la ayudó a desembarcar.

Vio delante de ella cientos de salvajes. Mujeres, hombres y niños. Detrás se levantaba un pueblo de construcciones con techo de paja, rodeado por una empalizada de postes unidos con lianas.

Cuando los habitantes descubrieron a la mujer blanca, se levantó un revuelo de gritos y preguntas. Los hombres la contemplaban con curiosidad y las mujeres con odio. La golpearon, y quién sabe a que extremos hubiesen llegado, si Bobolo no las hubiese dispersado a punía de lanza.

La llevaron a las habitaciones del jefe, que comprendía varias chozas, separadas de las demás del pueblo por una baja empalizada. Allí vivían el jefe y su harén. Todos se detuvieron a la entrada, penetrando solos Bobolo y Kali-Bwana. Las esposas de Bobolo los rodearon inmediatamente.

Eran unas doce, yendo en escala desde una niña de catorce años, a una arpía desdentada, las edades de las mismas. La vieja, a pesar de la debilidad que acarrean los años, parecía dominar a las otras.

Otra vez tuvo que recurrir Bobolo a su lanza para salvar a su favorita de los celos de las rivales. Cuando las dominó habló a la mayor:

—Ubooga —dijo—. Esta es mi nueva esposa. La dejo a tu cuidado. Que no le ocurra nada. Dale dos esclavas. Dos esclavos le harán una choza al lado de la mía.

—Estás loco —gritó sin ningún respeto Ubooga—. Es una blanca. Las otras la matarán, no te dejarán vivir en paz. Fuiste un tonto al traerla, siempre lo fuiste.

—¡Sostén tu lengua! —gritó Bobolo—. Soy el jefe. Si la molestan, las mataré a ellas y a ti también.

—A las otras quizás, pero a mí no —contestó la bruja—. ¡Te arrancaré los ojos y me comeré tu corazón, hijo de cerdo! Tu madre era un chacal. ¡Tú, un jefe! Serías el esclavo de Un esclavo si no fuera por mí. Eras…

Pero Bobolo había desaparecido. Con las manos aún en las caderas, se volvió enfrentándose con la causa de la distensión. Notó la fina piel y los valiosos adornos de los brazos y las piernas.

—Ven —le dijo y la tomó por los cabellos.

Aquélla fue la gota que colmó el vaso. Era mejor morir que prolongar las agonías que desde hacía un tiempo soportaba. Kali-Bwana aplicó un terrible golpe, con todas sus energías, en un costado de la cabeza de la mujer, la que salió despedida. Las otras espectadoras se burlaron. La joven esperaba que la vieja la matara, pero no. Se quedó mirándola estupefacta, colgante su mandíbula, en una excesiva muestra de estúpido asombro. Cuando notó las risas de las otras mujeres, las persiguió rabiosamente, el palo en alto, mientras se dispersaban como liebres que buscan sus cuevas, no sin recibir caricias un tanto furiosas en sus espaldas.

Cuando por fin se acercó a la prisionera, le dijo «Ven», nuevamente, pero ya sin la animosidad anterior. No es que fuera amable, eso no. La amabilidad era un atributo que nunca poseyó Ubooga.

Después de dejarla en la choza, bajo la vigilancia de dos esclavas, Ubooga fue a buscar a Bobolo, a quien tenía que decir aún muchas otras cosas; pero el jefe parecía ser invisible. Había, sin embargo, cerca un guerrero con el que Bobolo había estado hablando, cerca de su choza. Su mujer le preparaba la comida. Allí se dirigió Ubooga, para quien las leyes que prohíben que las mujeres salgan del harén, eran letra muerta.

—¿Quién es la mujer blanca? —quiso saber ella.

El guerrero no se distinguía por su inteligencia, pero el hecho de haber

bebido profusamente, y de haber estado dos días sin dormir, no aumentaba ciertamente su perspicacia. Además temía a Ubooga. ¿Quién no la temía? La miró con ojos enrojecidos.

—Es la nueva Gran Sacerdotisa de los hombres leopardos —contestó.

—¿Dónde la encontró Bobolo? ¿Cómo la consiguió?

—Después de ser vencidos en el pueblo de Gato Mgungu, regresábamos al tem… —se detuvo de pronto—. No sé cómo la consiguió.

Una mueca burlona se dibujó en la cara de la vieja.

—Yo sí —dijo enigmáticamente regresando a las habitaciones del jefe.

La esposa del guerrero lo miró disgustada.

—Entonces, eres un hombre leopardo —le reprochó en un murmullo.

—¡Es mentira!

—Lo eres —insistió ella—. Además dijiste a Ubooga que Bobolo es un hombre leopardo. No te traerá ninguna ventaja. Tampoco a Bobolo.

—Las mujeres que hablan mucho, a veces pierden la lengua —insinuó el guerrero.

—Eres tú el que habló demás —le contestaron—. Yo no he dicho nada, ni lo diré. ¿Crees que me agradaría que el pueblo se enterase de que eres un hombre leopardo?

En su tono había una nota de profundo desagrado.

La orden de los hombres leopardos es una orden secreta. Había muy pocos pueblos de hombres leopardos. Los otros los miraban con repugnancia y horror. Sus prácticas eran rechazadas por las tribus más degradadas, y comprobar que se pertenecía a la orden, equivalía a una sentencia de destierro o de muerte, en todas las aldeas.

Ubooga gozaba con el maravilloso descubrimiento que había hecho. En cuclillas ante su choza, dialogaba consigo misma. Las mujeres la habían visto sonreír y tenían miedo, porque, cuando Ubooga sonreía, algo malo le iba a suceder a alguien. Esperaban que no fuese a ellas. Cuando apareció Bobolo, y la sonrisa se hizo más amplia, respiraron aliviadas, porque ya sabían que era él y no una de ellas, la víctima.

—¿Dónde está la mujer blanca? —preguntó éste al ver a Ubooga—. ¿Le han hecho algún mal?

—Tu sacerdotisa está a salvo, hombre-leopardo —le contestó éste, intencionalmente, pero en voz que llegó a él solamente.

—¿Qué me quieres decir, viejo demonio? —el rostro del jefe estaba contraído de rabia.

—Durante mucho tiempo lo sospeché, ahora estoy segura, Bobolo la levantó de sus ralos cabellos, dejándola de rodillas.

—Dijiste que no me atrevería a matarte —dijo con inequívoco tono.

—Y no lo harás; escucha. Hay otro que sabe el secreto, No hablará, a no ser que yo muera. Todo el pueblo lo sabrá entonces, y te cortarán en pedazos. Mátame si te atreves.

Bobolo la dejó caer. No podía saber que Ubooga le había mentado y que nadie más que ella sabía el secreto. No se atrevió a arriesgarse. Ubooga había triunfado. Los otros compañeros de la orden que pertenecían a la tribu, en vez de salvarle ayudarían a los otros a matarle, para alejar las sospechas de sí mismos. Estaba intrigado:

—¿Quién te lo dijo? —preguntó—. Es una mentira, quienquiera que haya sido.

—La muchacha es la Gran Sacerdotisa del dios de los leopardos —declaró Ubooga—. Después del desastre en el pueblo de Gato Mgungu, regresabas al templo con Gato Mgungu; todo el mundo sabe que él es un hombre leopardo. Así conseguiste la mujer.

—Eso es mentira. Yo les robé la sacerdotisa a los hombres leopardos. No soy un hombre leopardo.

—Entonces, devuélveles la muchacha a los hombres leopardos, y yo cerraré mi boca. No diré a nadie que eres tan amigo de Gato Mgungu que peleas con él en contra de sus enemigos.

—No es verdad —repetía Bobolo, sin saber qué otra cosa decir.

—Verdad o no verdad, ¿la llevarás de vuelta?

—Muy bien. Pero dentro de unos días.

—Hoy —pidió Ubooga—. Hoy, o esta noche la mataré.

—Hoy —asintió Bobolo y se dio vuelta.

—¿Adónde vas?

—A mandar a alguien que la lleve a donde los hombres leopardos la puedan encontrar.

—¿Por qué no la matas?

—Porque los hombres leopardos me matarían a mí. Destruirían a mi pueblo. Antes que a nadie matarían a mis mujeres para vengarse.

—Mándala buscar entonces. Pero no me engañes, hijo de cerdo…

Pero Bobolo no la oía. Había partido. Estaba furioso, pero el miedo apagaba su enojo. Sabía que Ubooga había dicho la verdad. Pero por otra parte todavía estaba decidido a adueñarse de la muchacha. Debía encontrar

algún medio que le permitiera conservarla para sí. Así pensaba mientras recorría la calle principal del pueblo, hacia la choza del hechicero Kapopa, quien en más de una ocasión le había ayudado.

Lo encontró ocupado atendiendo a un cliente que deseaba un filtro para deshacerse de la madre de una de sus esposas. El médico-brujo pedía tres chivas a cambio de la medicina, pero el otro argüía que si la vieja no valía una chiva estando viva, una vez muerta, su valor no sobrepasaba el de una simple gallina. No poniéndose de acuerdo, el Viejo se retiró, prometiendo pensar detenidamente el asunto.

Bobolo entró en el tema directamente:

—Kapopa sabe —dijo—, que cuando volví después de haber remontado el río, traje conmigo una esposa blanca.

Kapopa asintió:

—¿Quién no lo sabe?

—Me ha traído complicaciones —reconoció Bobolo.

—Y quieres deshacerte de ella.

—Yo no. Ubooga es quien lo desea.

—¿Quieres un filtro para matar a Ubooga?

—Tres veces me lo has vendido —le recordó Bobolo—, pero no le ha pasado nada. No, no quiero otro filtro. Tu medicina no es tan fuerte como ella.

—Entonces, ¿qué deseas?

—Te lo diré. Como la muchacha es sacerdotisa de los hombres leopardos, Ubooga dice que yo soy un hombre leopardo. Pero es mentira.

—Naturalmente.

—Pero Ubooga dice que le dirá a todo el pueblo que lo soy, si no me deshago de ella o la mato. ¿Qué puedo hacer?

Kapopa guardó silencio un instante; luego rebuscó en una bolsa. Bobolo tembló. Cuando el hechicero hacía esa búsqueda, los honorarios eran elevados. Finalmente sacó un atado envuelto en un sucio trapo. Diseminó el contenido en el suelo; unas varillas cortas y una figura hecha en hueso. Kapopa levantó ésta a la altura de sus ojos, agitó las varillas y las colocó delante del ídolo. Luego estudió su posición; las levantó y las echó nuevamente. Estudió la predicción un rato más. De pronto levantó la mirada:

—Ya sé lo que debes hacer —dijo.

—¿Cuánto me va a costar? Dímelo antes —le pidió Bobolo.

La contestación fue algo inesperada:

—Tienes una hija.

—Tengo muchas —aclaró Bobolo.

—No, no quiero todas.

—Puedes elegir la que quieras, si me indicas el medio de conservar la mujer blanca sin que se entere Ubooga.

—Puedo decírtelo. En el pueblo de los pigmeos sé que no tienen hechicero. Siempre buscan a Kapopa para que les venda filtros. Harán lo que diga Kapopa.

—No comprendo —dijo Bobolo.

—El pueblo de ellos no queda muy lejos del tuyo. Por un pago reducido de carne o pescado, mantendrán con ellos a la mujer blanca hasta que Ubooga muera. Algún día tendrá que morir. Ya ha vivido demasiado. Mientras tanto, Bobolo irá a ver a su mujer al pueblo de los pigmeos.

—¿Puedes hacer ese trato con los hombres-pequeños?

—Sí. Iré contigo y con la muchacha blanca. Allá arreglaremos todo.

—¡Espléndido! —exclamó Bobolo—. Saldremos ahora mismo. Cuando estemos de regreso, puedes ir al harén de Bobolo y elegir la hija de él que prefieras.

Kapopa guardó los objetos en la bolsa de dónde los había do. Luego tomó su lanza y su escudo:

—Ve a buscar a la mujer blanca —dijo sencillamente.

XIV

EL REGRESO DE SOBITO

LA VACILANTE luz de las humeantes antorchas alumbraba el interior del templo del leopardo. Un drama salvaje se desarrollaba en él. Pero, como el exterior del mismo estaba muy oscuro, un hombre que se moviera con rapidez, no podría ser visto ni desde muy cerca. Casualmente, eso era lo que estaba sucediendo. Una figura se deslizó por la orilla del río, y, acercándose a las canoas de los hombres leopardos, las fue empujando hasta que se alejaron llevadas por la corriente. Pero apartó una y llevándola río arriba, la escondió bajo unas plantas, a la altura aproximada de las habitaciones posteriores del edificio. Dio vuelta al mismo y subiendo ágilmente por uno de sus pilares, pasó al corredor y de allí al techo, por una de cuyas aberturas miró al interior de la sala principal.

Comprendió la peligrosa situación en que se encontraba el prisionero. Debía obrar rápidamente, pues de lo contrario no alcanzaría a salvar su vida. Un audaz proyecto se forjó en su mente, y lo puso en práctica sin perder un segundo. Bajó del techo; y, penetrando en el templo, se fue acercando al estrado de claro en claro; sentía que el menor retraso sería fatal. Un silencio de muerte lo cubrió todo. El fin se acercaba. Ya estaban las sacerdotisas tan cerca del blanco, que desesperaba poder llegar antes que ellas. Su plan tenía mucho de descabellado y parecía de antemano condenado al fracaso.

El súbito silencio hizo estremecer al prisionero. Vio que las sacerdotisas habían abandonado los fingidos ataques que hicieran durante los bailes, para realizar el verdadero sacrificio. Se obligó a sí mismo a no demostrar debilidad alguna ante una raza inferior, ni a deleitarlos con sus sufrimientos.

Las sacerdotisas lo alcanzaban, cuando se oyó una potente voz:

—¡Sobito! ¡Sobito! ¡Sobito! Soy el muzimo de Orando, el amigo de Nyamwegi. Vengo a buscarte. ¡Junto con el Espíritu de Nyamwegi he

venido por ti!

Un blanco semidesnudo descendió por uno de les pilares como un mono, hasta llegar a la plataforma inferior. La aparición casi milagrosa de Muzimo había dejado a los negros paralizados, tanto por la sorpresa como por el temor. Sobito estaba mudo, y temblaba escandalosamente; con audacia de discutible origen, corrió para bajar del estrado con la intención de ponerse bajo la protección de los guerreros.

La presunta víctima, no menos maravillada, disfrutaba de la escena. Esperaba ver al blanco apoderarse de Sobito y desaparecer misteriosamente. Pero no fue así. Dirigiéndose a él, el extraño personaje le dijo:

—Apréstese a seguirme. Iremos a la parte posterior del templo —hablaba el inglés con una voz grave; enseguida añadió pero ya en el dialecto del distrito—. Apodérense de Sobito y alcáncenmelo. Hasta que me lo traigan, me quedaré con este hombre blanco como rehén.

Antes de que nadie pudiera objetar nada, se acercó al Viejo, apartó a los espantados sacerdotes, y tomándolo de una mano, lo puso de pie. Sin agregar una palabra más, ascendió a la plataforma superior, desapareciendo por la puerta que daba al corredor. Se detuvo ahí y preguntó:

—¿Dónde está la muchacha blanca? Debemos salvarla.

—No está aquí —explicó el *Bwana*—. Un jefe la robó y creo que la llevó río abajo, a su pueblo.

—Por aquí, entonces —dirigió Tarzán yendo hacia una puerta a su izquierda.

Alcanzaron el corredor, una columna y estuvieron en tierra. Allí el gigante emprendió una carrera hasta el río, seguido de cerca por el ex-prisionero. Se detuvo al lado de un bote:

—Entre —ordenó—. Es la única embarcación que hay. No lo podrán seguir. Cuando alcance el río ancho, irá rápido.

—¿No viene conmigo?

—No.

Comenzó a empujar la canoa.

—¿Sabe el nombre del jefe que robó a la joven? —preguntó.

—Sí. Es Bobolo.

El gigante dio un último impulso y el blanco se alejó:

—No puedo agradecerle esto, viejo —dijo—. No hay palabras en inglés.

La hermosa figura que quedó de pie en la orilla, no contestó y sólo se alejó cuando vio que la canoa desapareciera tragada por la noche. El también había sido devorado por las sombras ante la mirada del que huía.

El cazador tomó la paleta de la embarcación y remó rápidamente para alejarse para siempre, esperaba, de ese lugar de misterio y muerte.

Tarzán, por su parte, volvió al templo. Nuevamente ascendió por el camino que siguiera al bajar. Entró y oyó ruidos que le hicieron sonreír. Vio al avanzar lo que ya había imaginado. Varios guerreros arrastraban a Sobito entre los alaridos de éste, y lo acercaron a él. Su inexplicable entrada, su serenidad, y la facilidad con que les había escamoteado el prisionero, les había convencido de su poder sobrenatural. Ayudó también el terror que manifestaba Sobito, el famoso médico brujo, a realzar la omnipotencia del muzimo de Orando, espíritu valiente de un valiente guerrero.

—Liguen sus manos y sus pies —ordenó— y déjenmelo. El Espíritu de Nyamwegi los observa; está dispuesto a matar. Apúrense.

Le obedecieron con toda celeridad. Luego lo cargaron en hombros y se dirigieron a los aposentos posteriores. Allí se les reunió Tarzán.

—Dejen a Sobito conmigo —mandó.

—¿Dónde está el prisionero blanco que tomaste en prenda? —le preguntó uno, más audaz que sus compañeros.

—Búsquenlo en la última habitación del templo.

Izó a Sobito sobre su hombro y emprendió la fuga. Los guerreros se apresuraron a realizar la búsqueda indicada.

Durante un largo rato los habitantes del templo pudieron oír los espantosos gritos de Sobito, que fueron decreciendo poco a poco. Se reunieron todos otra vez, para enterarse de que ninguno de ellos, pudo hallar al prisionero.

—¡Nos han engañado! —gritaba Imigeg—. ¡El muzimo de Orando, el Utenga, nos robó el prisionero!

—Tal vez se escapó mientras el muzimo fue en busca de Sobito —explicó Gato Mgungu.

—Busquemos por toda la isla —sugirió un jefe.

—¡Las canoas! —exclamó otro.

Hubo una carrera general hasta la orilla, y comprendieron su infortunio al ver que todas las canoas habían desaparecido. Su situación era desesperada. Su pueblo había sido incendiado y los guerreros que no

habían acudido al templo, estaban muertos o dispersos. No había un camino a través de esa parte de la jungla; pero era peor aún la prohibición estricta que su religión les imponía; no se debía cruzar el espacio de selva que los separaba del sendero que los llevaría a la salvación. Tanto las lagunas como el mismo río estaban minados por grandes cocodrilos. Las provisiones con que contaban, durarían unos pocos días. Eran antropófagos, y los menos fuertes de ellos reflexionaban sobra ese asunto, con temor.

Mientras tanto, los guerreros de Orando se encontraban reunidos alrededor de las fogatas, en su campamento cercano a las ruinas de los dominios de Gato Mgungu. Se ha hallaban ahítos y satisfechos. Al día siguiente emprenderían el regreso a su país. El país Watenga. Ya se imaginaban la recepción que les harían, pues habían vencido. Cada uno de ellos, cuando conseguía hacerse oír, narraba sus proezas. Un estadista que los oyese, hubiera podido creer que los muertos, entre los enemigos, sumaban miles.

Sus auto-alabanzas fueron interrumpidas por un gigante blanco que apareció entre ellos como por arte de magia, en un vuelo; tan ágil había sido. Sobre su hombro llevaba algo.

—¡Tarzán de los Monos! —gritó uno.

—¡Muzimo! —exclamaron otros.

—¿Qué nos traes? —preguntó Orando.

Tarzán arrojó algo al suelo.

—Les he traído de vuelta a su médico-brujo —replicó—. Aquí está Sobito, que es también un sacerdote del dios de los leopardos.

—¡Es mentira! —gritó Sobito.

—Miren la piel de leopardo que usa —observó un guerrero.

—¡Y las garras de los hombres fieras! —hizo notar otro.

—No. Sobito no puede ser un hombre leopardo —negó uno.

—Lo encontré en el templo —explicó Tarzán—. Pensé que les agradaría tenerlo de vuelta para que les prepare filtros maravillosos contra los hombres leopardos.

—¡Matémoslo!

—¡A matar a Sobito! Avanzaron hacia él.

—¡Esperen! —ordenó Orando—. Será mejor que lo llevemos a Tumbai, porque allá hay muchos que desean presenciar su muerte. Tendrá tiempo en el camino de recordar todo el mal que ha causado; sufrirá más tiempo como ha hecho sufrir a otros. Estoy seguro de que los parientes de

Nyamwegi, querrán asistir también.

—¡Mátenme ahora! —suplicó Sobito—. No quiero volver a Tumbai.

—Tarzán de los Monos lo capturó —dijo un guerrero—. Que él decida.

—Hagan lo que quieran con él —fue su respuesta—. No es mi hechicero. Tengo otras cosas más importantes que hacer. Me voy. Recuerden siempre a Tarzán de los Monos, por, si no lo ven más. Él les pide que traten bien a los hombres blancos. Tarzán es amigo de los Utenga, los Utenga son amigos de Tarzán de los Monos.

XV

LOS HOMBRES PIGMEO

BOBOLO y Kapopa arrastraban a Kali-Bwana recorriendo senderos de la jungla, alejándose del río y penetrando cada vez más en la misteriosa vida salvaje, donde abundaban las grandes fieras; se dirigían a la aldea de los hombres pigmeos.

No hallaron en su recorrido ni claros en la selva, ni otros pueblos; la jungla parecía no haber sido nunca hollada.

Los senderos eran estrechos y bajos. Kapopa iba delante, porque a él le conocían los hombres-pequeños; tanto él como Bobolo conocían los expeditivos métodos de los pigmeos; escondidos, arrojaban lanzas o flechas envenenadas a los desprevenidos viajeros. Si reconocían a Kapopa, sería diferente. Detrás de Kapopa iba Kali-Bwana. Una soga se ataba a su cuello; detrás de ella, Bobolo, llevando la cuerda asida. Nuevamente ignoraba la joven cuál era su destino. Se movía sin tener conciencia de nada, vivía como aletargada. Perdida toda esperanza, lamentaba no tener la oportunidad de poner fin a su vida. Había visto con codicia el pañal que llevaba Kapopa en la cintura. Recordó el río y los cocodrilos y lamentó no haberlos aprovechado. Su situación actual era peor que todas las anteriores. Tal vez influía sobre ella la oscuridad del lugar o el no saber a donde iba; se le antojó su viaje semejante al de las bestias que van a ser sacrificadas. La palabra sacrificio la fascinaba. Recordó que Bobolo era caníbal. Quizás la llevaban a algún lugar apartado para matarla y devorarla. No se supo explicar por qué esto no la asustaba y lo descubrió después de un rato. ¡Es que si era así, significaba la tan ansiada muerte!

No podía decir cuánto habían viajado, cuando una voz le hizo detener la marcha.

—¿Qué quieren en el país de Rebega? —preguntó la voz.

—Soy Kapopa el hechicero —replicó éste—. Conmigo están Bobolo y su mujer. Venimos a visitar a Rebega.

—Te reconozco, Kapopa —dijo la voz.

Un momento más tarde se veía en el sendero un diminuto guerrero. No medía más de cuatro pies de altura y se hallaba desnudo. Lucía pulseras y otros adornos de cobre y de hierro.

Sus ojos eran muy pequeños y enclavados muy juntos, lo que le daba una rara expresión. En ese instante denotaba estar admirado de ver a una mujer blanca, pero no hizo ninguna pregunta. Indicándoles que le siguieran, prosiguió el camino delante de ellos. Casi de inmediato surgieron de las sombras dos guerreros más, que se pusieron detrás de los cuatro. Así escoltados, hicieron su entrada al pueblo de los hombres pigmeos.

Las chozas tenían los techos muy bajos, en forma de óvalos, con puertas que no pasaban de tres pies de alto, a cada lado. Estaban situadas siguiendo una elipse, en el centro de la cual, se emplazaba la cabaña del jefe. Alrededor de la aldea, una *boma* de puntiagudas espinas, con una puerta a cada extremo. Vieron al jefe.

Rebega era un anciano de rostro arrugadísimo. Charlaba con sus hombres ante una de las puertas de su cabaña, rodeado de los que debían ser sus mujeres y sus hijos. Cuando se aproximaron los visitantes, no pareció asombrarse y los miró con ojos cargados de sospecha. Era un viejo repelente.

Kapopa y Bobolo lo saludaron pero él se limitó a bajar su cabeza. La muchacha vio que su actitud era de franco antagonismo; y, cuando observó que estaban rodeados por gran cantidad de pequeños guerreros, pensó que Kapopa y Bobolo se habían metido en una trampa de la que les sería difícil escapar. El pensamiento le agradó. Lo que podía sobrevenirle a ella misma, no le importó; cualquier cosa era preferible a las intenciones de Bobolo. Nunca había visto pigmeos antes, y los observó con curiosidad. Las mujeres eran aun más pequeñas que los hombres pues la mayoría no sobrepasaba de los tres pies de estatura. No había entre ellos la mínima manifestación de pudor y no se cubrían en absoluto; ostentaban los signos más evidentes de la más baja degradación.

Después de una larga pausa, Kapopa habló:

—Nos conoces, Rebega; somos Kapopa, el hechicero y Bobolo, el jefe.

Rebega asintió:

—¿Qué están haciendo en mi pueblo? —preguntó.

—Somos amigos de Rebega —aseguró el médico-brujo.

—Tus manos están vacías; no veo que traigas regalos para Rebega.

—Tendrás regalos, si prometes hacer lo que te vamos a pedir —ofreció Kapopa.

—¿Qué puede hacer Rebega?

—Bobolo te ha traído su mujer —explicó Kapopa—. Guárdasela aquí, en lugar seguro. Que nadie la vea. Que nadie sepa que se halla en tu pueblo.

—¿Qué regalos me darás?

—Carne, plátanos y pescados. Y para cada luna una fiesta para todos los del pueblo.

—No es bastante —decidió Rebega—. No necesitamos mujeres. Bastantes complicaciones nos acarrean las nuestras.

Kapopa se aproximó al jefe y le habló al oído durante un rato. La expresión del viejo fue de evidente temor. Probablemente Kapopa le había amenazado con la intervención de demonios y fantasmas, si no accedía a su pedido. Por fin se rindió.

—Manden la comida enseguida —pidió—. Apenas tenemos para nosotros, y esta mujer comerá como dos de nosotros.

—Estará aquí mañana —prometió Bobolo—. Vendré con los que la traigan y me quedaré a pasar la noche aquí. Ahora debemos regresar. Es muy tarde y la selva es peligrosa a esta hora. Los terribles hombres leopardos andan por todos lados.

—Sí —estuvo de acuerdo Rebega—, están en todas partes. Guardaré la mujer, si me traen lo prometido. Si no, la enviaré de vuelta al pueblo de Bobolo.

—¡No hagas eso! —exclamó Bobolo—. Se te enviará la comida.

Con alivio, vio Kali-Bwana que se alejaban Kapopa y Bobolo. Durante la conversación anterior había quedado replegada a la categoría de una bestia, cuya adecuada instalación en el establo se discutiera. Recordó haber oído que los indios americanos se quejaban de no ser tratados como seres humanos por los blancos. Ahora las condiciones eran a la inversa, pero no notaba que los negros fuesen más bondadosos que los blancos.

Evidentemente eso debía depender de cuál fuese la más fuente, sin tener nada que ver con la intervención de una innata bondad o con el espíritu de caridad de una raza determinada.

Cuando la jungla se cerró detrás de Kapopa y de Bobolo, Rebega llamó a una de las mujeres que habían presenciado la escena anterior.

—Lleva a la mujer blanca a tu choza —ordenó—. Que nadie la vea, que

no se le haga daño. He hablado.

—¿Con qué la voy a alimentar? —se quejó la mujer—. Mi hombre fue muerto por un búfalo mientras cazaba. Mi comida no me alcanza ni para mí sola.

—Déjala que pase hambre, hasta que Bobolo le traiga la comida que prometió. Llévatela.

La mujer se apoderó de la mano de Kali-Bwana, y la guió hacia una pebre choza al final del pueblo. Le pareció a la blanca que era la más miserable de la aldea. Sobras de todas clases estaban apiladas a su puerta. Entraron en un interior sucio y oscuro.

Muchas mujeres las habían seguido y quedaron afuera. Hablaban con volubilidad y señalaban los adornos y el atavío de la joven, mientras se empujaban en su pugna por palparlos. Algo pudo comprender la joven, pues no en vano vivía continuamente prisionera. Además el dialecto de los pigmeos era muy semejante a los hablados en los pueblos de Gato Mgungu y de Bobolo. Una de ellas, tocó las carnes de la Joven diciendo que sería tierna para comerla, y todas celebraron la idea, exhibiendo sus agudos dientes.

—Si Bobolo no trae comida para ella, la comeremos —observó Wlala, la mujer en cuya choza se hallaban.

—Si Bobolo no trae pronto la comida, debemos comerla antes de que se quede muy flaca —aconsejó otra—. Nuestros hombres cazan, pero traen poca carne. Dicen que el gamo se ha alejado. Necesitamos carne.

Se quedaron reunidas en la maloliente choza, hasta que tuvieron que ir a preparar la comida de la noche para sus hombres.

La muchacha, física y mentalmente exhausta, sin mencionar el choque nervioso de los últimos días, descompuesta por la falta de aire y el olor de la cabaña, se había tendido con la vana esperanza de encontrar alivio en el sueño, Pero Wlala le dio un fuerte golpe:

—No puedes dormir mientras yo trabajo, mujer blanca —le dijo—. ¡A trabajar!

Colocó una piedra en la mano de la joven y le indicó un mortero en un extremo de la habitación. En su interior había un poco de grano.

Kali-Bwana no entendió del todo la frase pero la mímica le había bastado. Comenzó a trabajar con desgano, en tanto que Wlala, preparaba el fuego y aderezaba su comida. Cuando estuvo lista, la mujer se la comió ávidamente, sin ofrecer nada a la joven.

—Tengo hambre —dio a entender Kali-Bwana—. ¿Me quieres dar comida?

—¡Darte comida! —se enfureció Wlala—. No tengo bastante para mí. Eres la mujer de Bobolo, que él te alimente.

—No soy su mujer —contestó la joven—. Soy su prisionera. Cuando mis amigos sepan cómo me han tratado, todos ustedes serán castigados.

Wlala se burló:

—Tus amigos nunca se enterarán —aseguró—. Nadie viene al país de los betetes. En toda mi vida he visto solamente a dos de raza blanca; los que nos comimos. Nadie vino a castigarnos… Nadie vendrá tampoco después que te comamos a ti. ¿Por qué Bobolo no te dejó en el pueblo de él? Porque sus mujeres no te querían. ¿Ellas te mandaron aquí?

—Eso creo —dijo la joven.

—Entonces él nunca podrá llevarte de vuelta. Hay mucha distancia del pueblo de Rebega al de Bobolo. Pronto se cansará Bobolo de hacer tan largo camino para venir a verte; por otra parte, tiene muchas mujeres en su propio pueblo. Entonces te dejará para nosotros.

La muchacha dejó caer sus brazos; se hallaba muy cansada.

—¡Trabaja, perezosa! —le ordenó la mujer.

Le asestó un golpe en, la cabeza con el palo que tenía siempre cerca.

Kali-Bwana siguió trabajando.

—Y cuida de hacerlo bien —le recomendó Wlala.

Se alejó para chismorrear con las otras mujeres de la aldea.

Tan pronto como desapreció, la muchacha dejó de trabajar. Se sentía débil e incapaz de alzar la piedra. Mirando furtivamente a la puerta de la choza, vio que nadie la veía y tomando un puñado de grano se lo comió. No se atrevió a comer más, por temor de que Wlala notase su robo. De todos modos, eso era mejor que nada. Repuso grano fresco en el mortero, para que quedara la misma cantidad que antes.

Cuando Wlala volvió a la cabaña, la joven dormía al lado del mortero. Como era muy tarde ya, la mujer se tendió también a dormir, y así Kali-Bwana, pudo recuperar sus fuerzas con el reposo.

Por su parte, Bobolo no apareció el primer día ni el segundo. En la aldea estaban hambrientos. Ya se habían acostumbrado a la idea de que tendrían un festín, y la realidad los enfurecía. Tal vez Wlala era la que estaba más desesperada; probablemente sería porque era la que menos comía; sospechaba que le substraían comida. Por si acaso, le había dado

muchos golpes a Kali-Bwana, mientras la acusaba. Pero algo había calmado a Wlala; La Blanca, poniéndose de pie, le arrancó el bastón y le había administrado abundantes golpes antes de que la atemorizada Wlala pudiese buscar la salvación en la huida. Nunca más se atrevió a maltratar a los prisioneros. En cambio, la trataba con cierto respeto, aunque se vendaba gritando en contra de ella y de Bobolo, recorriendo las calles del pueblo.

Ante la choza del jefe, se hallaban reunidos los habitantes de la aldea.

—Bobolo no trajo lo prometido —decía uno.

—¿Para qué queremos carne, plátanos o pescado, si nuestra comida está ya en el pueblo? —añadía otro, mirando significativamente la cabaña de Wlala.

—Bobolo vendrá a combatirnos con sus guerreros si hacemos daño a su mujer.

—Kapopa nos haría morir con uno de sus filtros.

—Habían prometido enriar la comida al siguiente día.

—Ya han pasado tres días y no hay noticias.

—La carne de la muchacha está buena ahora —explicó Wlala—. Ha estado comiéndose mi comida, pero no lo hará más. Saqué la comida de la choza y la escondí. Si queda sin alimento un tiempo más, su carne no servirá para nada. Comámosla.

—Temo a Kapopa y a Bobolo —admitió sin falsos rubores Rebega.

—No tenemos por qué decirle que la hemos comido —sugirió brillantemente Wlala.

—Pero se lo imaginarán —explicó Rebega.

—Le diremos que la robaron los hombres leopardos —intervino un guerrero con cara de roedor—. Si no me creen, nos iremos de aquí. Ya se acabó la caza por estos lados.

Largo tiempo dudó Rebega entre su natural inclinación a un festín y sus temores por las consecuencias del mismo. Por fin les prometió que, si la comida anunciada por Bobolo no llegaba antes de caer el sol, esa misma noche celebrarían una lucida fiesta.

Kali-Bwana oyó desde su pieza los gritos de alegría que acogieron la promesa de Rebega, y creyó que Bobolo había cumplido con la palabra empeñada. Esperó que así fuera, porque la debilidad se apoderaba de ella. No había podido comer nada ese día Cuando Wlala entró en la cabaña, le preguntó si habían enviado algo del pueblo de Bobolo.

—No, Bobolo no mandó nada, pero igual comeremos esta noche —fue

la intencionada respuesta de Wlala—. No será ni pescado, ni plátanos, ni sopas.

Se acercó a la muchacha y la tocó apreciativamente:

—Comeremos —repitió.

La mujer blanca la interpretó pero la idea no la horrorizó como le hubiera sucedido, si la insinuación se hubiese producido algunas semanas antes. La muerte era preferible a esa miserable vida.

El envío de Bobolo no apareció; por lo tanto, al atardecer, la grey de Rebeca se congregó otra vez ante su cabaña para recibir órdenes. Las mujeres hicieron varios fuegos y acercaron las marmitas. Los hombres se dedicaron a bailar; pero la danza acabó enseguida, pues el ayuno les había quitado las fuerzas.

Una delegación sacó a la joven de la choza de Wlala. Hubo discusiones sobre quién era la persona indicada para sacrificarla. Rebega temía al gran poder de Kapopa, y no menos a los guerreros de Bobolo. Aunque Bobolo sólo podía perseguirles; ¡pero Kapopa, desde su propio pueblo, era capaz de dirigir contra ellos una legión de demonios y otros malignos espíritus!

Por fin decidieron que la mataría una mujer; Wlala, recordando los golpes que le diera la cautiva, se ofreció voluntariamente a actuar como verdugo.

—Átenla de pies y manos, y la mataré —dijo.

No deseaba que se repitiera la malhadada escena de la cabaña.

Kali-Bwana vio llegado su último instante; y tendió sus manos para que se las ataran. La arrojaron al suelo y ligaron sus pies. Cerró sus ojos y rezó una oración. Su plegaria comprendía el recuerdo de los que habían quedado en su patria, y a Jerome…

XVI

DETRÁS DE UNA PISTA

LA NOCHE en que Tarzán había llevado a Sobito al campamento de los Utenga, éstos celebraron la victoria con la cerveza nativa obtenida en el saqueo del pueblo de Gato Mgungu. La fiesta había durado mientras duró la bebida. Al acabarse ésta, se fueron a dormir con pesado sueño. Hasta los centinelas se vieron dominados por un pesado letargo, resultado producido por sus estómagos, repletos de comida y cerveza.

Sobito, mientras tanto, no había permanecido inactivo. Lachó con el lazo que sujetaba sus muñecas, temiendo ser descubierto. Cuando consiguió soltarlo, un frío sudor le cubría. En un instante estuvo en libertad. Se recobró respirando profundamente, de los esfuerzos realizados. Sus ojos recorrieron el campamento. Nadie se movía. Sólo quebraba el silencio de la noche, la pesada respiración de los guerreros. Terminó de soltarse los píes y poniéndose de pie, emprendió la marcha, en dirección al río.

Una vez en la orilla, se subió a una de las canoas que los Utenga robaran a los hombres leopardos, y, tomando de dentro de ella la pala, se alejó del lugar, sintiendo un alivio semejante al que podría experimentarse al verse salvado milagrosamente de las garras de una poderosa fiera.

Yo tenía su partido tomado. Había meditado largamente mientras se hallara prisionero. No podía volver al templo de los hombres leopardos; pero le quedaba la alternativa de dirigirse al pueblo de Bobolo, quien, al robar a la sacerdotisa, se había colocado en la misma posición que él respecto a los hombres leopardos. Sí, estaba decidido; lo que sobrevendría después lo sabrían los dioses.

Otra embarcación seguía el curso del río en dirección al pueblo de Bobolo. Era la tripulada por el cazador. El también necesitaba hacer una visita a su fiel y antiguo amigo; pero era preciso reconocer que la misma no iba a ser del todo amistosa. Era la muchacha, y no sus asuntos particulares con Bobolo, lo que urgía al Viejo. Algo le decía que ella necesitaba su

inmediata ayuda. No tenía la menor idea de cómo podría arrancarla de una vez para siempre de toda esa serie de pesadillas. Pero estaba dispuesto a conseguirlo.

Mientras remaba pensaba en ella, como acostumbraba hacerlo, por otra parte durante todas las horas del día. La veía como se le había aparecido la primera vez; sucia, desarreglada por la tarea que realizaba, pero hermosa con su lindo rostro, el brillo de su cabello, y los bucles cayendo graciosamente sobre sus orejas y su frente. La veía en el templo del dios de los leopardos, luciendo un atavío salvaje, más bella que nunca. Con nostalgia repasaba los momentos en que hablara con ella o había sostenido su esbelta figura en sus brazos.

Perdido estaba ya para siempre el recuerdo de la que unos anos antes lo hiciera tan desgraciado, y cuya traición le había convertido en un paria. Cuando pensaba en ella, era con agradecimiento, pues por su causa había llegado a conocer a la que ahora constituía toda su esperanza.

Conocía la parte del río que iba atravesando; sabía que, antes de caer el día, avistaría la aldea de Bobolo. Aparecer abiertamente sería un error. Habiendo descubierto que Bobolo era un hombre leopardo, éste lo mataría enseguida, antes que una justa venganza cayese sobre él.

Continuó navegando hasta que, un poco antes de llegar al pueblo, dirigió la canea hacia la costa. No sabía si más adelante podría necesitar la embarcación; ante la eventualidad la escondió entre unas ramas, y penetró decidido en la selva de árboles gigantescos. Pensaba hacer el recorrido hasta el pueblo a través de la jungla; tendría que esperar que los habitantes de la aldea se entregasen al reposo, para revisarla en busca de la muchacha. Su plan era descabellado; pero muchos otros hombres han llevado al cabo empresas semejantes, bajo el imperativo del amor.

Mientras reflexionaba, pudo ver que por el río se acercaba una canoa, con un solo tripulante; cuando estuvo próxima, reconoció con asombro a Sobito, el hechicero. No hizo el menor movimiento por temor de ser descubierto.

¿Qué significaba eso? ¿Qué hacía allí el horrible viejo? El cazador se imaginaba que el gigante blanco que se había llevado al médico-brujo, no tenía la mínima intención de dejarlo libre. Algún misterio se estaba produciendo. No veía que le concerniese, por lo que, sin pensar más en Sobito, emprendió su camino.

Adelantándose con cautela, el *Bwana* pudo ver el pueblo de Bobolo. Se

subió a un árbol desde el cual podría observar la aldea sin ser descubierto.

No le sorprendió el no ver a la muchacha, suponía que se hallaría prisionera en alguna de las chozas del jefe. Todo lo que podía hacer era esperar la noche, para obrar.

Su campamento estaba a sólo dos días de marcha, del otro lado del río. Uno de los primeros planes había sido el de ir a buscar la ayuda de su socio, pero lo había desechado, pues cuatro días de retraso eran muchos para posponer la salvación. No sabía si su socio habría sido más afortunado que él mismo, en su búsqueda de marfil, pero pensaba que, por mal que le hubiese ido, siempre estaría mejor que él.

El árbol al que se había encaramado, estaba al borde de un claro. A corta distancia, se hallaban trabajando unas mujeres. Hablaban como monas. Algunos guerreros iban y venían inspeccionando sus lazos y trampas. La escena era pintoresca. Conocía a algunas mujeres y no pocos guerreros; en otras oportunidades había visitado a Bobolo. Pero, aunque no le serían hostiles, lo atacarían a una orden del jefe, temeroso de que dejara saber su asociación con los hombres leopardos.

Le parecía que el pueblo estaba cambiado. Antes, había sido simplemente una aldea de nativos; ahora, era el lugar endito en que moraba su amada. ¡Qué diferente se le hubiera aparecido al saber que la joven no se encontraba allí, sino muy lejos, en la choza de Wlala, la pigmea, comiendo grano a hurtadillas, sola y desolada!

Bobolo tenía nuevas complicaciones; Sobito había llegado al pueblo. El jefe no sabía qué, a raíz de haber sido vencido por el gigante blanco, el prestigio de Sobito se había derrumbado y estaba en desgracia; eso, se lo guardó para sí el hechicero. El médico-brujo no sabía qué hacer. ¡No podía vivir otra vez en Tumbai, pero en algún lado tenía que refugiarse!

Necesitaba, si no amigos, por lo menos aliados. Creyó que Bobolo podría convertirse en uno. Sabía que el jefe había robado a la mujer blanca, pero no dijo nada; esperaba verla en la aldea.

Bobolo no se sentía muy tranquilo. Tenía proyectado ir al pueblo de Rebega ese mismo día y llevarle lo prometido; también ansiaba estar con su blanca espora. Sobito se lo había impedido. Pensó en un medo que le permitiera escabullirse del molesto huésped. Se le ocurrió que una dosis de veneno sería muy conveniente; pero los hombres leopardos vengaban siempre a sus confederados, y temió desafiar a la orden envenenando al sacerdote.

El día pasaba lentamente; Sobito no había visto a la mujer blanca; Bobolo no sabía para qué había ido al pueblo el hechicero. El *Bwana* seguía encaramado en el árbol, esperando la caída de la noche. Se sentía sediento y con hambre; pero no se atrevía a dejar su puesto de observación, por temor de perderse algo que pudiera suceder en la aldea. Había visto a Bobolo y a Sobito; hablaban animadamente. Creía que discutirían la suerte de la mujer blanca. Esperaba ansiosamente la llegada de las sombras. Necesitaba beber algo y desentumecer sus piernas. Pero, aunque decidiese bajar, ya era tarde; las mujeres estaban cerca del árbol. Dos de ellas a su sombra. Descansaron un rato, pero sus lenguas no las imitaron.

El blanco estuvo obligado a oír una serie de anécdotas sobre los habitantes del pueblo. Supo que, si una dama no tenía más cuidado, su esposo la sorprendería en una delicada situación; que algunos filtros dan mejores resultados mezclados con cortaduras de uñas; que el hijo de una amiga tenía en su vientre un demonio. Todas estas cosas no interesaban mayormente al *Bwana*, pero en ese instante una de ellas hacía una pregunta, que le hizo contener el aliento, para no perder la respuesta:

—¿Qué te parece que hizo Bobolo con la mujer blanca?

—Le dijo a Ubooga que la había enviado de vuelta a los hombres leopardos, a quienes se la robara.

—Bobolo es un mentiroso —dijo la primera—. Eso no es la verdad.

—Yo sé lo que hizo con ella. Oí a Kapopa cuando se lo decía a su mujer.

—¿Qué le dijo?

—Que la habían llevado al pueblo de los pigmeos.

—¡Se la comerán!

—No. Bobolo les prometió comida, si se la cuidan para d.

—No me agradaría estar en el pueblo de los hombres-pequeños, cualesquiera fuesen sus promesas. Son caníbales, siempre tienen hambre, y por añadidura son unos mentirosos.

Las muñeres se alejaron y el blanco no pudo oír más. Pero no lo necesitaba. Lo que había llegado a su conocimiento, había barrido todos sus proyectos.

Ya no le parecía diferente la aldea de Bobolo; era solamente un pueblo más, entre todos los de África.

XVII

«¡ATACAN LOS LEONES!»

AL ALEJARSE del campamento de los Utenga, Tarzán de los Monos se apoderó de una canoa, como hora más tarde lo haría el hechicero, y cruzó el río. Su punto de destino era la aldea de Bobolo; su propósito, saber qué era de la joven blanca. No tenía ningún interés personal en ella. Pero lo hacía como mandato de su raza; pero ese mandato no le había impulsado antes, porqué, si bien la muchacha era blanca, él era como una bestia más entre las que poblaban la vasta jungla. ¿No se había criado en ella, acaso?

Se sentía cansado después de lo realizado en los últimos días. También lo estaba Nkima, quien, como se sabe, era de los qué no ocultaban nada; por eso, se lo comunicó a su, lamo. Por lo tanto, se instalaron en una reconfortable rama, para descansar unas pocas horas. El sol estaba ya alto cuando despertaron. Nkima hubiera preferido dormir un rato más, pero Tarzán la sacudió y le dijo:

—Tengo hambre. Busquemos comida.

—Hay mucha comida en la selva —contestó Nkima—. Descansemos un poco.

—No quiero frutos —dijo el gigante—. Quiero carne. Nkima puede quedarse, pero Tarzán va a cazar.

—Voy contigo —se apresuró a decir el descontento monito—. Este lugar tiene olor a Sheeta, el leopardo. Tengo miedo. Sheeta también caza: caza a Nkima.

Una sonrisa curvó los labios del hombre-mono; era una de las pocas veces que asomaba a su rostro, tan serio.

—Ven —le dijo—. Tarzán caza y Nkima roba nidos de pájaros.

La caza no resultaba. Por más que recorría la jungla, no llegaba a las narices del gigante ningún rastro. El de Sheeta era cada vez más fuerte, pero a Tarzán no le agradaban los carnívoros. Llevado por la necesidad, había probado más de una vez a Sheeta, Numa y Sabor; pero prefería carne

de animales herbívoros.

Sabiendo que la caza se habría alejado del río, porque los hombres circulaban continuamente por el mismo, se internó más y más en la selva, hasta que entre el cazador y el río quedaron varias millas de distancia.

Este lugar le era desconocido, y no le agradaba; parecía poco favorable para sus propósitos. Eso pensaba, cuando olió un débil olor de Wappi, el antílope. Mezclado con él, sentía el de Pacco, la cebra, y de Numa, el león.

Cuanto más cerca sentía el olor del animal, más fuerte parecía atenazarle el hambre. Eran muchos antílopes, no uno solo. La selva terminó bruscamente. Una llanura se extendía ante él, y a lo lejos se distinguían montañas imponentes.

Ante sí, como una promesa, se desdoblaba una tierra de cebras, antílopes y muchos otros manjares deliciosos. Un ronco gruñido pareció escapar de su pecho. Era que manifestaba su anticipada satisfacción, como toda fiera que ha olido un buen rastro.

Sabía que allí había leones, pero, siendo tan abundante la caza, no serían de temer. Se hallarían hartos. Si ellos no lo molestaban, él no los molestaría.

Localizar al antílope no era una tarea difícil. Observó cuidadosamente el terreno, la distribución de los árboles y de las rocas que salpicaban la llanura. Llamó al mono.

Nkima retrocedió.

—Allí vive Numa —dijo—, con sus hermanos y hermanas. Están esperando a Nkima para comerlo. Nkima tiene miedo.

—Quédate aquí, esperando que vuelva Tarzán.

—Nkima tiene miedo le quedar solo.

Tarzán movió la cabeza.

—Nkima es un cobarde. Que haga lo que guste. Tarzán va a cazar.

Silenciosamente se deslizó hacia el suelo, mientras Nkima se acurrucaba en el árbol, eligiendo el menor de los dos riesgos.

Miró a Tarzán cuando se alejaba, y tembló; no hacía frío, sino mucho calor…

El gigante había hecho un rodeo para evitar las rocas; el olor de Numa fue más fuerte, pero Tarzán no le hizo caso; no conocía el miedo. Ya había cubierto la mitad de la distancia hacia una manada de antílopes, que pastaba tranquilamente, cuando sucedió lo inesperado.

A su izquierda sonó el profundo rugado de un león. Presagiaba un

ataque. Tarzán no había ido en busca de Numa. Todo lo que quería era hacerse de una presa y alejarse con botín. ¡Pero él no le había dado otro motivo para que atacara!

Supo la causa de la belicosidad; a su olfato llegaba el olor de Sabor, la leona. Es que había dado con una pareja de leones. Ahora Tarzán tenía la seguridad del ataque; una pareja de leones en celo, no necesitaban provocación alguna. Siempre atacaban.

El árbol estaba ahora a veinticinco pies de distancia. Un espantoso rugido le sobresaltó: ¡Numa atacaba!

Una enorme cabeza apareció de adentro de una cueva. Tarzán tenía rabia. Una retirada digna, es una cosa; una huida bochornosa, otra. Pocas criaturas de la selva podrán moverse con la ágil velocidad de Tarzán. Si quería, podría llegar al árbol antes que el león pero no era ésa su intención.

Enfrentó al rey de la selva. La lanza echada hacia atrás, sus músculos se destacaban bajo la bronceada piel: arrojó la pesada arma de los Utenga con todas sus energías. Recién después se dio vuelta con velocidad; pero no para huir.

Detrás suyo estaba Sabor, la leona, y detrás de ella las hierbas de la llanura eran peinadas por muchos leones, al ataque. ¡Tarzán de los Menos debía morir!

La lanza detuvo momentáneamente la carga, y en esa fracción de segundo que separaba la vida de la muerte, el hombre mono alcanzó el árbol que era su objetivo con los leones pegados a sus talones.

Desde su refugio, el gigante miró abajo. El enorme león agitaba sus garras en el aire en el vano intento de arrancarse la lanza del corazón. Detrás del que agonizaba, una hembra y seis machos más, se ofrecían a su vista. Mas lejos, las cebras y los antílopes huían espantados por los rugidos de los grandes felinos.

La leona, sin abandonar la caza, saltaba alrededor del árbol, para apresar al hombre. Se subió con éxito a una rama baja, pero luego su enorme peso la hizo caer entre rugidos, al suelo. Olía a su compañero, ya muerto, y volvía a rondar el árbol, en busca de venganza. Los seis machos iban y venían, uniendo sus rugidos a los de ella. El gigante del árbol, les mostraba sus dientes, en franco gesto de profundo odio y desagrado.

En la copa de un árbol distante, un pequeño mono gritaba y protestaba.

Tarzán de los Monos veía con resentimiento cómo se perdía a lo lejos el prometedor rebaño. Tenía más hambre que nunca en su vida. Aun cuando

los leones se alejasen y le permitiesen partir, su comida estaba tan lejana, como lo estuviera por la mañana, al despertar. Tiró ramas y frutos a Sabor, para alejarla, porque sabía que, dondequiera que ella se dirigiese, los otros leones la acompañarían. Pero se limitó a gruñirle con más ferocidad, permaneciendo al lado del compañero muerto.

Así pasó el resto del día. Al llegar la noche, la hembra estaba firme en su puesto. Tarzán se insultaba a sí mismo por haber dejado en la selva sus flechas y su arco. Con ellos podía haber dado muerte a todos los leones y huido de allí. Sin las armas, sólo podía arrojarles inofensivas ramitas. Pensaba cuánto tiempo tendría que permanecer aún allí.

Cuando la leona tuviese hambre se alejaría; pero ¿cuándo había comido por última vez? Por el tamaño de su panza y por su aliento, el hombre mono calculó que hacía muy poco, y que estaba muy satisfecha.

Tarzán sabía resignarse; cuando comprendió que la leona no se apartaría, en vez de seguir hostigándola, se acurrucó tranquilamente en una rama y se quedó dormido.

En la selva, al borde de la llanura, un monito aterrorizado, se enroscó lo más que pudo y sufrió sus penas en silencio. Si ocupaba mucho lugar, o si hacía algún ruido, era seguro que atraería la atención de Sheeta, el leopardo. Que igual terminaría en el vientre de Sheeta, era algo que nunca puso en duda el pobre Nkima. Pero, si era ése su destino, ¿para qué adelantarlo?

Cuando el sol apareció en el horizonte y se vio aún vivo, Nkima se sorprendió y no quedó muy convencido. Sheeta podía pasarlo por alto durante la noche, pero de día no se escaparía; pero le quedaba el consuelo de que durante el día lo vería y quizás podría escapar. Con la luz estaba más tranquilo, pero le angustiaba la ausencia de Tarzán. Podía verlo encaramado, y veía a los leones, pero no imaginaba que éstos le impidiesen regresar. Para Nkima, nadie podía ser más poderoso que su amo.

Tarzán estaba hastiado. La leona no daba muestras, después de tantas horas, de cansancio. Algunos de los machos habían partido durante la noche a cazar y uno de ellos había conseguido una presa no lejos del árbol. Tarzán esperaba que el olor llamaría a la leona, pero no fue así. Llegó el mediodía. Tarzán estaba famélico y su garganta estaba seca. Tuvo el impulso de cortar una rama y con ella como arma abrirse camino; pero de antemano sabía el resultado. Ni aún él, Tarzán de los Monos, podía esperar el triunfo en un encuentro con todos esos leones; pues los machos seguirían

a la hembra, secundando su ataque. No tenía otra alternativa más que esperar. La leona tendría que alejarse del árbol; no podía permanecer allí para siempre.

A poco se levantó y se alejó en dirección a la presa cercana; los otros leones la siguieron. Por suerte, el animal yacía enfrente del árbol en que se refugiaba el hombre y no detrás; de lo contrario se hubieran interpuesto entre él y la jungla. No había acabado de desaparecer entre las hierbas el último león, cuando Tarzán bajó del árbol, recuperó su lanza y se dirigió rápidamente hacia la selva. Sus oídos estaban alerta, pero ningún león lo siguió.

Nkima estaba loco de alegría, pero su amo sólo sentía hambre y sed. Pronto calmó su sed y al atardecer pudo saciar su hambre. Luego pensó en la misión que se había propuesto; ¡debía ir al pueblo de Bobolo!

Pero en su afán de cazar, se había alejado mucho; viajó por la jungla paralelamente al lejano río, hasta que calculó que estaría a la altura del pueblo de Bobolo, aunque del otro lado del ancho río.

Dejó atrás un grupo de grandes monos dirigidos por Zu-tho, al que había creído muy lejos en su propio país; se detuvo a hablar con ellos, pero no por mucho rato. Ni los antropoides ni Tarzán eran muy locuaces, así fue como éste los dejó para seguir su camino. Se dirigió hacia el río distante, donde podría orientarse mejor, para llegar a la aldea de Bobolo.

Ya había cubierto la noche todo con su sombra. Nkima iba muy estrechamente abrazado al cuello de su amo. Durante el día iba a su lado, pero, de noche, no lo soltaba, porque la jungla era entonces para Nkima un infierno de terror. Todas las bestias querían cazarlo (eso pensaba el mono y no se equivocaba).

El olor del hombre llegaba al olfato de Tarzán; supo que se acercaba a un pueblo de Gomangani. Estaba seguro de que ése no era el pueblo de Bobolo, porque estaba muy lejos del río. La presencia de esos hablantes le obligaba a investigar, porque el señor de la jungla debía saber lo que ocurría en pus vastos dominios. ¡Pero de pronto, un olor diferente y débil, se mezcló al de los negros de la tribu; era el de la muchacha blanca que debía ir a buscar a la aldea de Bobolo!

Se aproximó furtivamente, y desde el follaje de un árbol gigantesco, su mirada abrazó el pueblo de Rebega, el jefe, y con más interés las, chozas que componían la parte reservada al mismo.

XVIII

FLECHAS EN LA NOCHE

EL SOCIO del Viejo, al que éste llamaba Kid, había vuelto de una cacería infructuosa. No había encontrado elefantes. Esperaba que su socio hubiese sido más afortunado. Al principio creyó que su ausencia indicaba que había hallado un rastro, pero, como los días pasaban y no había noticias, se sentía alarmado. Su posición se iba haciendo insoportable. Sus negros no lo habían abandonado, pero su fidelidad a los dos blancos después de tan largos meses de búsquedas inútiles, se podía transformar en justificadas protestas. Se desesperaba ante ese pensamiento, si bien hay que reconocer que lo sentía por su amigo más que por él.

Había podido tener siempre el campamento bien aprovisionado con carne fresca, y los nativos todavía no habían comenzado sus quejas; pero sabía que estaban ansiosos de retornar a sus aldeas ya que, de su trabajo con los blancos, no les había redundado ningún beneficio.

Estos pensamientos se vieron interrumpidos un atardecer en que volvía al campamento con una presa, por los gritos de asombro de sus *boys*. Vio que los provocaban la entrada al campamento de dos de los negros que habían partido con el Viejo. Corrió hacia ellos esperando que los seguiría su amigo y el tercer negro: pero cuando estuvo cerca, la expresión de sus caras le hizo temer lo peor.

—¿Dónde están *Bwana* y Andereya? —preguntó.

—Los dos han muerto —contestó uno de ellos.

—¡Muerto! —gritó Kid, le parecía que caía todo el peso del mundo sobre sus hombros.

¡El Viejo muerto! No lo podía ni concebir. Hasta ese momento no supo cuánto significaba para él su amigo, además de ser un apoyo y un guía.

—¿Cómo sucedió? —preguntó—. ¿Fue un elefante?

—Fueron los hombres leopardos, *Bwana* —dijo el que había hablado primero.

—¡Los hombres leopardos! Cuéntame todo lo que sucedió.

El relato de los dos negros estuvo lleno de minuciosos detalles y circunloquios. Dijeron todo lo que sabían, y, cuando callaron, Kid vio aparecer en su mente un pequeño rayo de esperanza. ¡Los negros no habían visto el cadáver! Su amigo podría hallarse prisionero en el pueblo de Gato Mgungu.

—Dijo que si no volvía por la mañana, cuando el sol bañase la empalizada, que lo diéramos por muerto —insistía uno de los negros.

El muchacho hizo un recuento de las fuerzas con que contaba, ¡cinco negros descontentos y él, para asaltar la aldea de los hombres leopardos!

¡Con la de que los negros temían tanto a los hombres leopardos que tendría que llevarlos engañados! Se dirigió a los negros:

—Estén listos para marchar mañana al amanecer —ordenó.

—¿Adónde vamos? —le preguntaron con cierta sospecha, después de dudar un rato.

—Adonde los mande —fue la pronta respuesta.

Se dirigió a su tienda y se puso a repasar la historia que habían contado los negros. Le intrigaba la muchacha. ¿Quién podría ser?

¿Qué hacía su socio detrás de una mujer? ¿Estaba Toco, o había olvidado que odiaba a todas las mujeres blancas? Naturalmente, razonaba, la conducta de su socio era la correcta.

La muchacha había estado en peligro, y eso bastaba para que el Viejo quisiera salvarla; pero ¿por qué comprometer su vida en esa forma? ¿Cómo había llegado a esa situación? Eso no se lo supieron explicar los negros.

En ese momento se acercaban a su tienda, y parecían muy excitados.

—¿Qué ocurre ahora? —les preguntó Kid, cuando llegaron a su lado.

—Si vas al pueblo de los leopardos, no te seguiremos —anunció uno de ellos.

—Somos muy pocos, y nos matarán para comernos —agregaron.

—¡No digan tonterías! —les contestó—. No osarán, hacer nada de eso.

—Eso mismo dijo el otro *Bwana* y no volvió. ¡Está muerte ahora!

—No creo que haya muerto —respondió el blanco—. Iremos a averiguar.

—Bwana Kid, tal vez, pero nosotros, no.

El blanco comprendió que no habría medio de convencerlos. Era una lástima que desertaran, pero de todos modos estaba dispuesto a ir, aunque fuese solo. Pero ¿qué podía hacer sin los negros? Se le ocurrió una idea.

—¿Quieren acompañarme parto del camino? —pidió.

—¿Hasta dónde?

—Hasta el pueblo de Bobolo. Allí conseguiré ayuda.

Deliberaron en voz baja:

—Iremos hasta el pueblo de Bobolo —decidieron.

—Pero no más lejos —agregaron.

El Viejo esperó que se alejasen las mujeres para descender del árbol. Nunca había visto la aldea de los hombres pigmeos, aunque había oído decir a los habitantes del pueblo de Bobolo que quedaba cerca. Pero en esa parte de la jungla había muchos senderos, y temía no poder dar con el verdadero.

Sabía que los betetes eran belicosos y que sería muy difícil entrar en él pueblo. Estaban reputados como muy guerreros, y caníbales. Los senderos que llevaban a su pueblo, celaban vigilados y la primera señal de detenerse, posiblemente consistiera en una flecha envenenada. Pero no iba a dejar de seguir a la muchacha; debía actuar rápidamente. Llegó al comienzo de una jungla densa, mas sus sombran no detuvieron su marcha; pero tuvo que detenerse al fin, porque se perdía la senda en ese lugar. Pronto consiguió reanudar la marcha. La Jungla era una negra boca. Abrigaba la convicción de que había tomado un camino equivocado. Estaba ya promediada la tarde, cuando hizo alto; ¡había encontrado sus propias huella sen el sendero! ¡Había descrito un gran círculo!

A tontas y a locas, sin saber adonde lo conduciría, tomó Un sendero que se abría sobre el que había seguido antes, atravesándolo. No sabía si se dirigía al río o tierra adentro. Pero debía seguir moviéndose para no enloquecer, y caminaba rápidamente.

Examinaba cuidadosamente los rastros del camino. Algalias huellas eran frescas; el suelo estaba húmedo. Nada descubrió por un largo rato, pero luego su paciencia se vio recompensada; ¡descubrió la evidente huella de un pigmeo! El blanco se sintió animado. Era la primera sensación reconfortante que había experimentado en todo ese maldecida día. Comenzó a odiar la selva. Su oscuridad lo sobrecogía. Parecía haberse convertido en una enemiga dispuesta no solamente a frustrar sus planes, sino también a quedarse con su vida como botín.

Apresuró su paso, pero la oscuridad le impidió distinguir si se acercaba al pueblo de los pigmeos. Sentía como si su razón se hubiese extraviado. Le pareció que alguien lo llamaba. ¿Era una voz de mujer?

Prestó atención y le pareció oír voces humanas. Oyó hablar más lejos. Su corazón palpitó locamente.

Al avistar el pueblo, no vio otra cosa que la acostumbrada empalizada, y los techos de paja. ¡Pero era el pueblo de los pigmeos!

Allí estaba la joven. Deseaba gritarle que estaba allí, que la quería salvar, que no temiese. Pero se guardó muy bien de producir el mínimo ruido.

Se acercó con cautela. No vio a ningún centinela. Los pigmeos no vigilaban de noche; nadie se acercaría atravesando ese terror; la jungla era su mejor protección nocturna.

Los palos que sostenían la empalizada estaban unidos con lianas; entre ellas había espacios por los que se veían resplandores de fogata. Se acercó a mirar por uno de ellos. No vio nada interesante; un grupo de nativos se hallaba anta una de las chozas: la del jefe. Parecieron discutir algo.

Algunos de ellos se pusieron a bailar; veía aparecer sus cabezas sobrepasando las de los espectadores de las últimas filas.

No le interesaban los asuntos particulares de los hombrecitos; sólo ansiaba que delatara su presencia allí; no le sorprendía no verla. Debía estar encerrada en alguna choza. Si hubiese sospechado la verdad, las actividades de los hombres pigmeos le hubieran interesado más que nada en el mundo. No había visto desde el lugar en que se hallaba, que la joven yacía atada en el centro del grupo de salvajes.

El blanco examinó la puerta y la halló sólidamente asegurada con cuerdas de fibras. Del bolsillo de sus *breeches* extrajo el cortaplumas que los hombres leopardos omitieran robarle. Se felicitó que los habitantes del pueblo estuvieran tan absortos en la reunión, pues eso le permitía trabajar sin temor de ser molestado.

Planeaba, para más tarde, entrar en el pueblo y buscar a la muchacha; tal vez sería fácil. Ya se deleitaba anticipando el encuentro con la que amaba, cuando una brecha, que se hizo en el grupo le permitió ver algo que lo dejó helado de terror.

Una vieja se precipitaba cuchillo en alto sobre la joven, atada, en el suelo, de pies y manos. En ese momento la arpía echaba hacía atrás la cabeza de la víctima, a la que asía por los cabellos. Su cuchillo despedía reflejos a la luz de los fuegos, cuando el blanco, armado sólo con un pequeño cuchillo, se precipitó entre ellos para impedir el crimen.

Un grito de horror salió de su boca; a los pigmeos les pareció que los

atacaba alguna tribu enemiga. En el mismo instante, una flecha llegó desde algún oculto lugar, y atravesó de lado a lado el cuerpo de Wlala, clavándose en su corazón.

Los ojos del blanco estaban fijos en Wlala; vio la flecha, pero no supo qué manos la habían lanzado, lo mismo que los pigmeos.

Los habitantes de la aldea estaban atónitos, pero el Viejo sabía que su inactividad no se prolongaría mucho; sería fatal para un hombre solo enfrentarse con todos.

Su fértil cerebro encontró un recurso; volviéndose, gritó:

—¡Rodeen el pueblo! ¡No maten a nadie si ellos no me atacan! ¡No dejen escapar a nadie!

Habló en un dialecto que sabía que entenderían, el mismo que hablaba el pueblo de Bobolo. Añadió mirando a los hombrecitos:

—Apártense, dejen que me lleve a la mujer blanca y no se les hará daño. Pero no esperó más.

Tomó a la joven en sus brazos; los otros salieron de su estupor. No veían más a un blanco. Rebega se decidió. Y si había más de ellos emboscados, ¿para qué quería sus guerreros? ¿No sabían luchar?

—¡Maten al hombre blanco! —ordenó dando un paso adelante.

Una secunda flecha lo atravesó. La misma suerte corrieron tres guerreros que se habían adelantado. Los restantes espectadores huyeron aterrorizados al refugio de sus chozas.

Llevando a la muchacha sobre uno de sus hombros, el *Bwana* atravesó la puerta y desapareció en la selva. Oyó un crujido y un gran ruido detrás, pero no supo qué había pasado, ni se detuvo para averiguarlo.

XIX

«¡VIENEN LOS DEMONIOS!»

LO QUE presenció Tarzán cuando se asomó a mirar la aldea de los pigmeos, lo dejó atónito. Veía que los habitantes de la aldea de Rebega, se dedicaban a atar a la muchacha blanca. Vio los fuegos y las marmitas y no necesitó más indicaciones. Tarzán estaba en camino de ir a buscar una mujer blanca a la aldea de Bobolo. Aquí, entre los betetes, había otra. ¿Es que había dos muchachas blancas cautivas por esos lugares? Esta, sin embargo, era la que él creía en ese momento con Bobolo. ¿Qué significaba todo ese enredo? ¿Cómo había llegado hasta aquí?

Lo más importante por el momento era que estaba allí y que debía salvarla de la muerte. Saltando al suelo, se mantuvo entre las sombras, contra la empalizada. Nkima le esperaba más lejos; había llegado hasta donde su valentía le había permitido.

Cuando los pigmeos habían construido la aldea, dejaron dentro de ella unos cuantos árboles para sombra. Uno de ellos se elevaba frente a la choza de Rebega. Hacia ése se dirigió Tarzán ocultándose tras de él, y subió a sus ramas justo para ver a Wlala dispuesta a consumar el sacrificio.

No había tiempo para pensar; apenas para proceder. Los músculos del hombre mono actuaron con la velocidad del rayo. Tomar una flecha, y dispararla al corazón de Wlala, fueron dos acciones en una, que se cumplieron en menos de una fracción de segundo. Simultáneamente, vio que el hombre blanco irrumpía en el pueblo, corriendo y gritando. Aunque no lo hubiese reconocido, sabía que su propósito era rescatar a la mujer blanca. Al oír la orden de Rebega, apreciando el peligro en que se hallaba el salvador, disparó las restantes flechas con el objeto de atemorizar a los guerreros y dan tiempo a la huida de la pareja.

Tarzán de los Monos no tenía ningún motivo de odio contra los pigmeos. Había cumplido lo que se propusiera al dirigirse allí; pero, cuando se dispuso a descender del árbol, la rama sobre la que se hallaba se rompió

y al caer arrastró al hombre.

La caída le aturdió momentáneamente; pero, cuando se dispuso a levantarse, se vio rodeado de pigmeos que lo miraban con asombro, lo que no les impedía cumplir con la tarea de atarlo sólidamente. No sabiendo si ya lo habían terminado de amarrar, Tarzán hizo un movimiento para probar sus ligaduras, y el mismo proyectó al suelo a todos los guerreros; pero pudo convencerse de que no podría luchar con los pequeños guerreros; estaba en sus manos. Sabía que era un pueblo tan cruel y sanguinario como podía serlo cualquier bestia de la selva.

Los betetes no estaban nada tranquilos. Habían sucedido cesas increíbles. Habían reforzado la puerta por la que apareciera el Viejo y unos guerreros hacían guardia ante ella y la opuesta. Flechas envenenadas estaban listas para penetrar en el cuerpo del primer enemigo que se acercase; pero, a pesar de tantas precauciones, no podían salir del estado de agónico terror en que los habían sumido los últimos acontecimientos. En parte, tenían razones suficientes; la muerte del jefe; la joven que iban a comer, desaparecida; mi gigante blanco había caído de los cielos y lo tenían prisionero. ¡Todo esto en el lapso de pocos segundos!

Surgían diferentes opiniones sobre la suerte del nuevo prisionero; unos, querían comerlo enseguida, antes de que se escapase. Otros, impresionados por su misteriosa forma de entrar en la aldea, se sentían inclinados a esperar, para devorarlo; podía tener un origen sobrenatural.

El temor de que los enemigos pudieren atacar al pueblo, salvó al hombre mono. No podían distraer la vigilancia para dedicarse a una orgía. Ya verían qué podían hacer por la noche del día siguiente. Entre muchos llevaron al gigante, mitad a la rastra, mitad alzado, hasta una choza desocupada, en cuyo exterior dejaron dos centinelas.

En el colmo del terror y de la tristeza, pero dominando el primero, se encontraba Nkima, encaramado a la rama más alta de un árbol. Tristeza por su amo, y terror por sí mismo. No nos extrañe que pensase antes en él que en los demás, aunque entre éstos se hallase su amado amo. Este egoísmo de Nkima no hace más que robustecer la teoría que atribuye al nombre y al mono un antepasado común.

Este mundo era muy cruel para el pobre Nkima. No salía de un enredo cuando ya caía en otro, si bien él no era el causante de ninguno de ellos.

Hacía un tiempo que se estaba portando maravillosamente bien, (tal vez se debiera al terror por la desconocida jungla); no había insultado ni al más

maligno, ni ínfimo ser de la selva, ni había arrojado, (como acostumbraba) proyectiles a nadie. Ahora se encontraba solo otra vez en la noche; ¡se sentía un espantoso olor a Sheeta, el leopardo, y Tarzán estaba preso en poder de los pequeños Gomangani!

Deseaba que estuviesen allí, Muviro y los otros Waziri, o Jad-bal-ja, el León de Oro. Cualquiera de ellos hubiera salvado a Tarzán; pero estaban muy lejos. Tan lejos, que Nkima no esperaba volver a verlos. Ansiaba ir a acompañar a Tarzán, pero su temor lo retenía. Sólo atinaba a quedarse en el árbol y esperar la llegada de Sheeta o de Kudu. Si Sheeta llegaba antes, estaba perdido. Pero tal vez Kudu, el sol, llegase antes que Sheeta, en cuyo caso viviría otro día más o menos seguro, hasta el retorno de la maldita noche que cubriría nuevamente un mundo de desgracias.

Mientras hacía tan lúgubres profecías, salieron del cercano pueblo unas notas guturales de un salvaje grito. Los nativos sintieron erizárseles los cabellos. En otras ocasiones habían oído ese grito misterioso, muy lejos en la jungla misteriosa. Pero nunca de tan cerca. Nuevo terror los dominó cuando comprendieron que el grito había salido del pueblo. ¡De una de las chozas del mismo!

Dos guerreros espantados lo confirmaban; los dos que habían quedado de guardia ante la choza del prisionero.

—¡No es un hombre! ¡Es un demonio! —gritaban—. Se ha transformado en un gorila. ¿No lo han oído?

Los demás habitantes del desdichado pueblo estaban tan aterrorizados como ellos. No tenían jefe, nadie daba órdenes, nadie que los protegiera en esa terrible noche.

—¿Lo has visto? —preguntaban a los centinelas—. ¿Qué aspecto tiene?

—No lo hemos visto. Lo hemos oído.

—Si no lo has visto, ¿cómo sabes que se ha transformado en un gorila?

—¿No te he dicho que lo oí? —repitió el centinela—. Cuando el león ruge, ¿tienes necesidad de ir a verlo a la selva para saber si es el león?

El escéptico no dijo nada. Eso era de una lógica irrefutable. Sin embargo, decidió quedarse con la última palabra.

—Si lo hubieses mirado, estarías más seguro. Si yo hubiese estado de guardia, hubiese mirado. No hubiera salido corriendo como una vieja.

—Ve a mirar, entonces —le indicó uno de los centinelas.

El escéptico cerró la boca.

Nkima había oído el llamado. Se había sorprendido, pero no asustado.

Prestó atención pero no oyó ninguna respuesta. Se sentía incómodo. Quería elevar también su voz, pero le contenía la proximidad de Sheeta, el leopardo. Su afecto por su amo era grande, y deseaba ir a su lado. Pero el temor lo había paralizado. Se limitó a quedarse en el mismo lugar temblando.

Pasaron cinco minutos, durante los cuales, todo lo que hicieron los betetes fue gritar; pero no se les ocurrió ninguna solución. Por fin, cuando algunos pocos habían hecho acopio de valor y se decidieron a hacer una investigación en la choza del prisionero, los detuvo nuevamente el mismo grito; de común acuerdo abandonaron la búsqueda; no sentían ya ninguna curiosidad.

Lejos, en la selva, sonó el potente rugido del león; desde mayor distancia, otro; pero este último era la repetición exacta del que había salido de la cabaña de los pigmeos. El más completo silencio reinó en la jungla.

En la aldea, las mujeres de Betete y las de los guerreros muertos manifestaban su duelo en lamentaciones y gritos, mientras se cubrían a sí mismas con cenizas.

Una larga hora permanecieron los guerreros deliberando, y al término de la misma había sido elegido un nuevo jefe. Su nombre era Nyalwa y se distinguía por su valor.

Los betetes parecían haber experimentado una favorable reacción. El valor les había vuelto en parte. El nuevo jefe Dotó esto y pensó aprovechar el cambio antes que fuera demasiado tarde. Creía necesario comenzar su gobierno con una acción destacada.

—Vamos a matar al hombre blanco —dijo—. Será nuestra salvación.

—Y podremos llenar nuestros estómagos —aprobó un guerrero—. El mío está muy vacío ahora.

—Pero ¿qué nos pasará si en vez de un hombre es un demonio? —preguntó otro.

Esta, última sugestión fue discutida un largo rato, pero dio por resultado que determinaran que una crecida cantidad de guerreros iría a la cabaña a matar al prisionero. Pero esto trajo la tarea de decidir quién sería el que lo matara.

Mientras tanto, Nkima había sentido nacer en él un valor desusado. Había observado que ningún guerrero se aproximaba a la choza en que se hallaba Tarzán. Todos se agrupaban alrededor de la del jefe muerto.

Presa de horrible miedo, Nkima descendió del árbol, penetrando en el

pueblo por la parte de atrás, sin que lo viera ningún centinela, por la sencilla razón de que todos habían salido huyendo al oír el grito del hombre mono. En pocos segundos estuvo en la choza. Se detuvo en la puerta y miró al interior, lo que no le sirvió de nada, pues estaba muy oscuro; aumentó su terror, pero se adelantó.

La oscuridad impidió que se viera la sonrisa de Tarzán. Conocía a su Nkima y sabía que, si el leopardo hubiese estado a una milla de distancia, no se hubiera arriesgado a abandonar la protección del árbol, para acudir a su lado.

Pero la respuesta fue:

—Nkima es muy valiente.

El monito se acercó, y tocándole el pecho, le dijo:

—Vengo a soltarte las cuerdas que te atan.

—No lo puedes hacer —le contestó su amo—. Si no fuese así, ya te habría llamado.

—¿Por qué no puedo? —preguntó Nkima—. Mis dientes son muy agudos.

—Te servirían si me hubiesen atado con cuerdas —le explicó Tarzán—. Pero utilizaron alambre de cobre, en mis tobillos y muñecas. Nkima no puede hacer nada.

—Puedo sacarlo utilizando mis dedos —insistió Nkima.

—Haz la prueba —respondió Tarzán—, pero no te servirá de nada.

Nyalwa había reunido a cinco guerreros que debían acompañarle a la cabaña. Lamentaba haber propuesto la ejecución, porque había tenido que encabezarla él, en su calidad de jefe.

Cuando se acercaban, Tarzán ordenó a Nkima:

—¡Vete! ¡Ahí vienen! ¡Pronto! ¡Ve a cumplir mis órdenes!

Nkima obedeció. Lo primero que vieron sus ojos al salir de la choza, fueron seis guerreros que lo atacaban.

—¡Vienen los Gomangani! ¡Tarzán! —gritó, antes de huir desalado.

Los betetes lo vieron y quedaron perplejos, y un poco temerosos:

—El demonio ha tomado la forma de un pequeño mono para escapar —dijo uno.

Nyalwa no podía pensar que tanta felicidad fuera cierta.

—Entonces volvámonos —dijo, sin insistir para asegurarse de que la cabaña estaba vacía—. Si ha huido, no tenemos nada que hacer aquí.

—Podríamos echar un vistazo —insinuó un guerrero que había aspirado

a ser nombrado jefe, y quería hacer ver que era más valiente que Nyalwa.

—Podremos mirar mañana por la mañana —contestó Nyalwa—, a la luz del día. Ahora no veremos nada.

—Iré a buscar una rama encendida y entraré en la choza —dijo el guerrero—. Sí Nyalwa tiene miedo, yo no.

—Yo tampoco tengo miedo —aseguró Nyalwa—. Entraré sin luz.

No había terminado, de decirlo, cuando ya lo lamentaba. ¡Por qué hablaría siempre antes de pensar lo que iba a decir!

—Entonces, ¿porqué no te mueves? —quiso saber el guerrero—. ¡No puedes entrar en la cabaña, si te quedas parado aquí!

—No estoy parado —contestó Nyalwa.

Se deslizaba tan lentamente que no se le veía avanzar.

Durante este diálogo, Nkima había escalado la empalizada y ganado la oscuridad de la selva. Tenía más temor que de costumbre, y se sintió mejor cuando llegó a la rama más alta. Pero no se quedó en ella, porque el pequeño Nkima había madurado un plan, y pensaba ponerlo en ejecución.

Todo temor a Sheeta quedaba relegado ante la importancia de su misión.

Nyalwa se aproximó a la choza y miró dentro; no vio nada. Esgrimiendo su lanza, concentró toda su voluntad, para no retroceder, y penetró. Los cinco guerreros se agruparon en la entrada. De pronto, el mismo grito salvaje pareció romper los oídos de Nyalwa. Se dio vuelta para huir, pero los cinco guerreros estaban delante de él. Hubo una confusión cuando chocaron, pero lo único que sus valientes corazones les mandaron fue escapar con toda velocidad de las cercanías de la choza. No podía determinarse cuál de los seis tenía más miedo. ¡No es que los cinco guerreros bloqueasen la salida intencionalmente; es que su velocidad había sido menor que la de Nyalwa!

En la colisión rodaron todos por el suelo, y, en cuanto pudieron levantarse, emprendieron una loca carrera hacia el extremo opuesto del pueblo.

—Todavía está allí —anunció Nyalwa, cuando recuperó el aliento—. He cumplido mi misión. Eso es lo que quería averiguar.

—Habíamos ido a matarlo —le recordó el guerrero ambicioso—. ¿Por qué no le diste muerte? Estabas en la cabaña con él y tenías ya preparada tu lanza. Él está atado, Si me hubieses dejado ir a mí, lo hubiese matado.

—Pues ve y mátalo —le dijo Nyalwa, disgustado.

—Hay otro modo mejor —dijo otro guerrero.

—¿Cuál es? —preguntó Nyalwa, dispuesto a aceptar cualquier sugestión.

—Rodear la choza, y, a una orden tuya, atravesarla con nuestras lanzas. Así estaremos seguros de que lo hemos acribillado.

—Eso es lo que pensaba hacer —aseguró Nyalwa—. ¡Vamos!

Se acercaron por segunda vez a la temida cabaña. Como eran numerosos, se atrevían a atacar al terrible enemigo. Esperaban la señal de Nyalwa. Las lanzas que arrojarían, estaban envenenadas. La vida del gigante blanco peligraba, cuando unos gruñidos se oyeron detrás de la empalizada, deteniendo en los labios del jefe la orden fatal.

—¿Qué es eso? —gritó.

Los pigmeos miraron en dirección a la empalizada y vieron que unas enormes formas obscuras las atravesaban.

—¡Vienen los demonios! —aulló más que gritó uno.

—¡Son los hombres peludos de la selva! —añadió otro.

Las sombras penetraron en el pueblo. Los betetes retrocedieron, levantando sus lanzas. Un pequeño mono desde el techo de una choza los dirigía:

—¡Por aquí, por aquí! ¡Zu-tho! Tarzán está en este nido de Gomangani.

Una forma de anchos hombros y largos brazos, se acercó a la choza. Lo seguía una docena de gigantescos monos. Los betetes fueron detenidos en su retroceso por la cabaña de Rebega.

—¡Aquí, Zu-tho! —repetía Nkima.

Al llegar a la choza indicada, el antropoide encontró que no cabía por la puerta. Con sus fuertes manos asió los postes que la sostenían, y los arrancó del suelo, arrojándolos hacia atrás, mientras que el pequeño Nkima se ponía en salvo saltando al techo de otra cabaña.

—Llévame a la jungla —ordenó el gigante.

Zu-tho lo alzó en sus brazos y se dirigió a la empalizada, en tanto que les pigmeos se escondían tras la choza de Rebega. Los otros monos siguieron a Zu-tho, gruñendo sordamente. No les agradaba el olor a hombre. Deseaban alejarse de allí. Tan misteriosamente como habían llegado, desaparecieron entre las sombras de la jungla.

XX

«¡LE ODIO!»

LLEVANDO a la muchacha en sus brazos, al alejarse de la tribu de los pigmeos, el *Bwana* se estremecía al tocar su piel sedosa. Al sentirla entre sus brazos, la alegría que experimentó le hizo olvidar los peligros que aun corrían, ¡La había encontrado! ¡La había salvado! En esos breves y terribles minutos, fue capaz de comprender que ninguna mujer lo había conmovido nunca como aquélla; su emoción lo ahogaba.

La joven no habló ni gritó. No sabía en qué manos se hallaba. No se encontraba muy satisfecha de que la hubiesen rescatado; temía correr un peligro peor. Sólo se le ocurría pensar que era Bobolo el que la había arrancado de las manos de los pigmeos, y prefería la muerte a caer en poder del jefe negro.

El Viejo la depositó en el suelo y comenzó a quitarle las ligaduras. Todavía no le había dicho nada, no tenía valor para hacerlo. Además su corazón latía tan fuertemente que se sentía ahogar. Cuando el último trozo de cuerda cayó, la ayudó a ponerse de pie. Ansiaba tomarla en sus brazos, pero algo lo detuvo. La joven le imponía. Por fin pudo hablar:

—¡Gracias a Dios que llegué a tiempo!

—¡Usted es un blanco! —se sorprendió la muchacha, dando un respingo—. ¿Quién es?

—¿Quién creyó que era?

—Bobolo.

Él se rió.

—Soy el hombre que le es antipático —explicó.

—¡Oh! Arriesgó su vida por salvarme. ¿Por qué lo hizo? Además yo no le agradaba a usted; quizás por eso, me era antipático.

—Olvidemos eso y sigamos viaje.

—Naturalmente —dijo ella—; pero debe haber hecho un largo viaje y corrido muchos peligros para rescatarme. ¿Por qué se arriesgó?

—Porque… —dudó—. Porque no podía dejar a una mujer blanca entre las manos de esos salvajes.

—¿Qué haremos ahora? ¿Adónde vamos?

—No podemos hacer nada hasta mañana —explicó él—. Me gustadla alejarme un poco más del pueblo y buscar un lugar para descansar. Después, trataré de localizar su campamento. Está a dos días de marcha del río, aunque no sé si podré encontrar el río. Me perdí hoy tratando de encontrar la aldea de los pigmeos.

Adelantaban lentamente. El cazador sabía que estaban bien encaminados, porque, cuando había ido al pueblo, había visto las constelaciones; pero no podrían guiarlo cuando los grandes árboles de la espesa jungla que se extendía ante ellos las ocultasen.

—¿Qué le ocurrió a usted después que Bobolo me sacó de la canoa? —preguntó la muchacha.

—Me llevaron otra vez al templo.

Kali-Bwana se estremeció:

—¡Qué horrible lugar!

—Me estaban preparando para comerme. Creo que nunca estuve más próximo a morir. Las sacerdotisas ya me iban a quebrar los huesos con sus palos.

—¿Cómo escapó?

—Fue como un milagro —contestó—. Todavía no me lo explico. Una voz bajó del techo del templo diciendo que era el muzimo de un nativo. Un muzimo, usted sabe, es una especie de fantasma; creo que los nativos dicen que cada uno de ellos tiene el espíritu de un antepasado de su nombre que vela por su descendiente. Después de eso, el hombre blanco más hermoso que he visto en toda mi vida, descendió de uno de los pilares, me tomó entre sus brazos ante las narices de los sacerdotes de los guerreros y me acompañó hasta el río, proporcionándome una canoa.

—¿Nunca lo había visto? ¿No sabe quién es?

—No. Fue un milagro, semejante al que ocurrió en el pueblo de los pigmeos cuando aquella mujer la iba a asesinar.

—El único milagro que yo pude ver —contestó la joven—, es que usted llegara tan oportunamente. Si había alguien más, no lo vi. Tenía los ojos cerrados esperando el golpe de Wlala, cuando usted la detuvo.

—Yo no la detuve.

—¿Qué?

—No comprendo.

—Ese fue el milagro.

—En el momento en que Wlala la tomaba de los cabellos, buscando su cuello, una flecha la atravesó de lado a ledo, y la mató. Cuando yo entré en acción, tres o cuatro guerreros fueron detenidos en su ataque por tantas flechas. Pero no tengo la menor idea de la procedencia de las flechas. No vi a nadie que las disparase. Ni sé si el que las disparaba trataba de ayudarnos o si era que unos enemigos de los pigmeos atacaban la aldea.

—O alguien que quería robarme —sugirió la muchacha—. Me han robado tantas veces, que ya estoy esperando que lo hagan de nuevo. Pero ruego que no sea así, porque, en ese caso, nos deben estar siguiendo.

—¡Qué pensamiento tan optimista! —comentó el Viejo—. Espero que esté equivocada. Pero estoy casi seguro de que lo nos siguen, porque ya nos hubieran alcanzado.

Avanzaban lentamente, hasta que el hombre se detuvo.

—Creo que es mejor que descansemos hasta mañana —propuso—. Aunque no sé dónde. El único lugar en bajo es el sendero, pero creo que lo deben recorrer los leopardos.

—Podríamos probar en un árbol —sugirió ella.

—Es lo mejor. El ramaje es muy espeso aquí, no hay huecos, pero ¿sabe trepar?

—Con una pequeña ayuda.

—Yo subiré primero y la ayudaré desde arriba —dijo el Viejo.

Un momento después, trepaba por una rama bastante baja.

—Deme la mano.

La subió sin dificultad hasta su lado.

—Espere aquí, mientras busco un lugar más confortable.

Le oyó trepar por el árbol y volver enseguida.

—Encontré un sitio, que ni hecho de encargo.

La sostuvo con su brazo en tanto que trepaban.

El lugar elegido era una gran horqueta formada por tres grandes ramas, dos de ellas casi paralelas.

—Lo arreglaré como un *Pull-man* —prometió—. Espere, que voy a cortar unas ramitas. No sé cómo pude encontrar este lugar tan ideal en la oscuridad.

—Otro milagro —comentó la joven.

El Viejo colocó sobre las ramas, las ramitas sobre éstas, un colchón de

hojas.

—Pruébelo —indicó—. No es un lecho de plumas, pero es mejor que nada.

—Es maravilloso —dijo ella.

Se estiró experimentando la primera sensación de tranquilidad en muchos días. Por primera vez en mucho tiempo, no tenía temor alguno.

El cazador no la veía pero la adivinaba en la semi-oscuridad; con su imaginación veía el contorno de su cuerpo; el firme busto, la cintura estrecha de redondas caderas; su pasión pareció recorrerle como un fuego.

—¿Dónde va a dormir usted? —quiso saber ella.

—Ya encontraré un lugar —repuso bruscamente.

Estaba muy cerca de ella. El deseo de tomarla en sus brazos era imposible de resistir.

—Soy muy feliz en este momento —dijo la muchacha, con voz soñolienta—. No esperaba volver a ser feliz nuevamente. Debe ser, porque me siento a salvo a su lado.

El Viejo no contestó. Toda su sangre pareció helarse en sus venas. Se enfureció; ¿por qué tenía ella que decir eso? ¿Qué derecho la asistía? No estaba segura con él. ¿Acaso no le había salvado la vida? ¿No estaban en deuda con él todas las mujeres por lo que le había hecho una?

—Es algo raro —dijo ella.

—¿Qué es raro?

—Le temía cuando llegó a mi campamento, y ahora tendría miedo si no estuviera a mi lado. Eso significa que no soy un buen juez de caracteres, pero, de todos modos, usted no fue muy amable. Parece estar cambiado…

Él no hizo ningún comentario, y se alejó en la oscuridad en busca de un lugar lo menos incómodo posible. Se sentía dominado por la debilidad; estaba exhausto. Pensó que le sería más fácil hacerla suya cuando no fuera tan reciente su declaración de confianza en él. Encontró un lugar y se acomodó.

La joven estaba cerca de él. Parecía irradiar de ella un halo que le producía, al rodearlo, miedo y placer. No la tocaba pero era como si lo hiciera. Oyó su respiración regular, signo de que había conciliado el sueño. Le trajo a la mente una relación con un niño pequeño, pues tan indefensa como él, se podía considerar a la muchacha. Hubiera preferido que no fuese así. ¡Era tan adorable! ¿Por qué tenía que poseer esos ojos y esos labios?

Pero la Naturaleza se impuso y se quedó dormido.

Cuando despertó, se sentía sumamente dolorido. Se veía la luz del día.

Echó una mirada al lugar que la noche anterior ocupara la joven. Ahí estaba, sentada, mirándolo. Cuando sus ojos se encontraron, ella le sonrió. Acción inocente y trivial, como se puede apreciar, pero que a menudo tiene una importancia definitiva en nuestras vidas. Si Kali-Bwana no hubiese sonreído en esa forma, el curso de la vida de dos seres, habría sido muy diferente.

—Buenos días —dijo ella, al ver que el cazador le devolvía la sonrisa. ¿Durmió toda la noche en esa increíble posición?

—No era tan mala —repuso él—. Pude dormir.

—¡Me consiguió un lugar tan espléndido para mí! ¿Por qué no se buscó otro igual para usted?

—¿Durmió bien? —preguntó el hombre.

—Toda la noche. No sé si porque estaba tan cansada o porque estaba tan tranquila. Es la primera noche desde que pus hombres desertaron que he dormido profundamente.

—Me alegro —admitió él—. Y ahora debemos partir. Alejarnos de estos lugares.

—¿Hacia dónde iremos?

—Primero hasta cerca del país de Bobolo y de allí tomaremos hacia el norte, en dirección al río. No sé cómo, pero ya nos arreglaremos para vadearlo. Por ahora me preocupan más los betetes que Bobolo. Los hombres de éste viven en el río, alejándose en sus cacerías muy poco de la orilla. Pero los betetes están acostumbrados a cruzar la selva rápidamente, pues conocen todos los senderos, aunque afortunadamente no llegan muy al oeste de su aldea.

La ayudó a bajar y tomaron un camino que se extendía al oeste. El Viejo pudo encontrar unos frutos comestibles; los comieron en tanto que atravesaban lentamente la selva hostil. Además, la deficiente alimentación de los últimos días los había dejado exhaustos. Sólo la necesidad los hacía persistir, si bien se veían obligados a tomarse frecuentes descansos.

Saciaron su sed en un arroyo y descansaron allí un momento. El cazador había observado el sendero con cuidado y no había encontrado rastros de hombres; dedujo que los betetes no utilizaban ese camino.

La muchacha se había sentado apoyada en un árbol y el hombre se tendió cerca. La miraba subrepticiamente, admirando su bello perfil. Desde esa mañana algo en él había ocurrido; desvanecidos estaban para siempre

su egoísmo y sus bajos deseos. La veía más allá de su belleza física; aquilataba sus dotes morales y su entereza de carácter. Una gran dosis de ellos era menester para afrontar los peligros de esa vida salvaje; pero ¿cuál era su fin?

Al llegar a esta altura, sintió un choque; claro, para encontrar a Jerry Jerome. Nunca lo había visto, pero lo odiaba con toda la fuerza de sus celos.

Se puso de pie.

—¿Está usted casada?

Ella lo miró sorprendida.

—Pero, no —contestó.

—¿Comprometida?

—¿No le parece que hace unas preguntas demasiado intimas? —reaparecía la frialdad que había marcado el día de su primer encuentro.

Él pensó que tenía derecho a hacerle esas preguntas. ¿No le había salvado la vida? De repente vio claramente que su conducta era infantil.

—Discúlpeme —murmuró.

Se sentó en el suelo, con los brazos rodeando sus rodillas, y su mentón apoyado en ellas. La joven lo examinó detenidamente, por primera vez desde que lo conociera. A pesar de la barba, vio que sus facciones eran varoniles y que el hombre era atrayente, si bien se le notaban las huellas de las privaciones pasadas. No era tan viejo como creyera al principio. Debía aproximarse a los treinta años.

—¿Sabe usted —le hizo notar ella— que no sé su nombre?

El hombre dudó un rato antes de responder, y dijo:

—Kid me llama Viejo.

—Ese no es un nombre —le reprochó ella—, y usted no es viejo.

—Muy amable —contestó—, pero si un hombre tiene la edad que siente, debo ser el más anciano de todos los habitantes de la tierra.

—Lo que ocurre es que está cansado —le consoló ella, con voz semejante a la caricia de una madre—. Ha pasado por muchas pruebas, y todo por mí.

Lamentó haberle contestado en forma tan grosera cuando la interrogara.

—Creo —dijo— que lo que necesita urgentemente es un buen descanso.

—Me siento perfectamente —le aseguró el cazador—. Usted es quien debe descansar, pero no aquí. No es un lugar seguro. Estamos muy cerca de

los betetes.

Se levantó y le tendió la mano para que se pusiera de pie.

Cruzaron el arroyo y él la tomó en brazos, a pesar de sus protestas, con el pretexto de que no debía desgastar sus energías y encontraron un sendero por el que podían caminar juntos. El se detuvo y cortó dos ramas.

—Nos vendrán bien para ayudarnos a caminar —le dijo sonriendo—. Nos estamos acercando a la vejez. (Pero la que cortó para sí era más pesada y terminaba en un gran nudo). Tenía la apariencia de un garrote y no de un bastón.

Siguieron su camino, codo con codo. El simple roce de su brazo lo sumía en mil delicias, pero el recuerdo del maldito Jerry Jerome lo desesperaba.

Avanzaron sumergidos en sus pensamientos, hasta que la muchacha rompió el silencio.

—El Viejo no es un nombre. No lo puedo llamar así, es ridículo.

—No es mucho peor que mi verdadero nombre —le afirmó él—. Llevo el nombre de mi abuelo, y los abuelos tienen siempre unos nombres tan raros…

—Es cierto —coincidió ella—, eran nombres antiguos pero tenían significado. El mío se llamaba Abner.

—¿Tuvo uno solo? —se burló él.

—Uno solo que se llamara Abner. ¿Y el suyo?

—Hiram, pero mis amigos me llaman Hi.

—¿Y su apellido? No le puedo decir Hi.

—¿Por qué no? Somos amigos, creo.

—Está bien —aprobó ella—, pero no me dijo su apellido.

—Llámeme Hi —dijo él.

—Pero ¿y si lo tengo que presentar a alguien?

—¿A quién, por ejemplo?

—A Bobolo —sugirió ella, riendo.

—Ya conozco a ese caballero. Pero, hablando de nombres, no sé el suyo.

—Los nativos me llamaban Kali-Bwana.

—Pero yo no soy nativo —le recordó él.

—Me gusta que me llamen Kali.

—Significa mujer. Está bien, mujer.

—Si me llama así, no le voy a contestar.

—Como quiera, Kali. A mí también me agrada.

A medida que avanzaban, la jungla era menos densa, los árboles se hallaban más espaciados. En un claro, el Viejo se detuvo y miró al sol. Movió la cabeza.

—Hemos ido hacia el este en vez de tomar hacia el sur —anunció.

—¡Qué lástima!

—Lo siento. La culpa es mía, pero no podía ver el sol a causa de los árboles. A veces hasta los objetos inanimados parecen confundirnos para después reírse de nosotros.

—No es culpa suya —dijo ella rápidamente—. No quise decir eso. Usted hizo todo lo que pudo.

—Ya sé qué podemos hacer —dijo él.

—Sí, ¿qué?

—Seguiremos al arroyo hasta su desembocadura en el río. Sería muy peligroso retroceder ahora. Mientras, sería conveniente que nos pusiéramos a la obra.

—¿Para qué?

—Hemos de conseguir comida. No nos bastan unos frutos o unas raíces. Necesitamos carne, pero no tenemos armas.

—Pero no hay casas de artículos de sport muy cerca —aseguró.

Su broma ligera e inesperada, lo conmovió hondamente. A menudo la veía preocupada, cuando lo exigían tas circunstancias, pero nunca le había oído una sola queja. Aún después de todo lo sucedido, estaba en tren de ser humorista.

—Debemos ser nuestros propios armeros —explicó.

—Me sentiría más segura con un par de Thompson —insistió ella.

—Arcos, flechas y lanzas es todo lo que conseguiremos —informó él.

—¡Y yo que creía que era tan fácil hacer un arma de fuego! ¡Qué inútiles que somos las mujeres modernas!

—Yo no estoy de acuerdo con usted. ¡No sé qué haría si no estuviera conmigo!

Había hablado involuntariamente. ¡Qué había dicho el que odiaba a las mujeres! La joven estaba agradablemente sorprendida.

—Creí que no simpatizaba con las mujeres —dijo muy seria—. Por lo menos esa impresión me causó cuando lo conocí.

—Olvídelo —le rogó él—. No la conocía.

—¡Así me gusta que hable! No parece el oso que conociera hace tan

poco.

—Es que no soy el mismo, Kali.

Había dicho esto en voz baja y conmovida.

A la muchacha le pareció que él quería que lo perdonara. Impulsivamente apoyó una mano en su brazo. El suave contacto pareció acercar una chispa a la pólvora. Se volvió hacia ella y la tomó en sus brazos abrazándola tan estrechamente que le quitó el aliento. Antes de que ella pudiera impedirlo, puso en sus labios un ardiente beso de pasión.

Ella le pegó y se alejó.

—¡Cómo se atreve! —dijo—. ¡Le odio!

Se contemplaban, respirando agitados por la emoción:

—¡Le odio! —repitió ella.

Él miró los hermosos y brillantes ojos:

—¡La amo, Kali! —dijo—. ¡Mi Kali!

XXI

NSENENE ENAMORADA

ZU-THO, el gran mono, había disputado con To-yat, el rey. Los dos habían coincidido en la elección de una hermosa que recién alcanzaba el esplendor de sus encantos. To-yat era el luchador más fuerte de la tribu, por cuya justificada razón era el rey. Zu-tho había dudado antes de desafiarlo. Sin embargo, no abandonó su empresa. Se fugó con su amada, invitando a otros monos jóvenes y descontentos de la tiranía de To-yat, a seguirles. Ellos acudieron con sus parejas. Así se forman nuevas tribus. *Cherchez la femme*. Siempre es la mujer la que motiva todas las acciones de los hombres.

Ansiando vivir en paz, Zu-tho se había alejado mucho, por temor de un encuentro con el vengativo To-yat. Ga-yat, su íntimo amigo, era uno de los que lo habían acompañado. Ga-yat era muy corpulento, tal vez más que To-yat; pero Ga-yat no tenía ambiciones. Poco le importaba quién era el rey, siempre que no le faltase comida, y no le molestasen a sus parejas, caso este último poco menos que imposible, dada su fuerza.

Ga-yat y Zu-tho eran buenos amigos de Tarzán; Ga-yat más que el segundo, porque era de carácter más cariñoso. Por eso, cuando vieron a Tarzán en la nueva jungla que sería su domicilio, se alegraron y cuando Tarzán les llamó en su auxilio, habían acudido rápidamente, dejando dos centinelas para cuidar a las hembras y a los *balus*.

Al sacar a Tarzán del pueblo de los betetes, lo habían llevado hasta un claro cerca de un arroyo. Lo habían depositado a su orilla, bajo la sombra de un árbol, pero no pudieron quitarle los alambres que unían sus manos ni los de los tobillos. Tanto Nkima como ellos habían unido sus esfuerzos, sólo que Nkima había cortado las cuerdas utilizando sus agudos dientes. Pero el alambre de cobre resistía.

Es cierto que Nkima y Ga-yat le habían llevado comida y agua, y que los gigantescos monos eran una protección contra los animales carnívoros,

pero el hombre mono sabía que no se quedarían siempre allí. Pronto querrían trasladarse a otro lugar de la selva, y su amistad no podría detenerlos.

Nkima seguramente se quedaría a su lado, y le alimentaría con frutos y sabría acarrear agua. Pero el pequeño Nkima no era una protección contra las grandes fieras de la jungla. A la primera sospecha de la cercanía de Dango, la hiena, o de Sheeta, el leopardo, Nkima escaparía gritando, al árbol más alto. Tarzán agotaba su cerebro, buscando una manera de resolver su angustiosa situación. Pensó en Tantor, el elefante, que acudiría a su llamado, pero no podría librarse de sus ligaduras. Únicamente transportarlo a donde él le pidiera; pero ¿dónde acudir? Tantor lo protegería, pero antes prefería la muerte que seguir atado así.

Súbitamente se le ocurrió una idea; llamó a Ga-yat. Este acudió.

—Soy Ga-yat —anunció, según acostumbran los grandes monos. (Era como decir: «Me llamaste, aquí estoy. ¿Qué quieres?».).

—Ga-yat no teme nada —dijo Tarzán, que sabía come debía proceder.

—Ga-yat no tiene miedo —dijo éste—. Ga-yat mata —añadió.

—Ga-yat no tiene miedo a los Gomangani —siguió Tarzán.

—Ga-yat no tiene miedo. (Lo demás estaba implícito).

—Solamente los Gomangani o los Tarmangani pueden quitar las ligaduras a Tarzán.

—Ga-yat mata a los Gomangani y a los Tarmangani.

—No —protestó Tarzán—. Ga-yat va a buscar a uno de ellos para que liberte a Tarzán. No lo mates. Tráelo aquí.

—Ga-yat comprende —dijo después de pensar un rato.

—Ve ahora mismo —le ordenó Tarzán.

Ga-yat dio media vuelta y desapareció en la jungla.

Kid y sus cinco negros llegaron al río y se encontraron en la orilla opuesta al pueblo de Bobolo. Fácilmente atrajeron la atención de los nativos, los que comprendieron que deseaban cruzarlo.

Al momento salieron unas canoas en su dirección. Estaban tripuladas por gran cantidad de guerreros, porque Bobolo no quería arriesgarse, pues no sabía la cantidad de sus visitantes, ni la calidad de los mismos.

Sobito estaba todavía en la aldea, y no había dicho que se sospechara su robo de la mujer-blanca, pero, de todos modos, Gato Mgungu podía haber enviado a los hombres leopardos contra él.

Cuando estuvieron cerca, reconocieron a Kid, con el que habían

comerciado, y los trasladaron al pueblo.

No le hicieron muchos honores, porque no era más que un furtivo cazador de elefantes; su safari eran cinco hombres escasos. Pero fue conducido igualmente, por condescendencia del jefe, a su choza, en la que estaban además Sobito y los principales de la aldea.

El amable saludo de Kid, fue contestado con una simple mirada.

—¿Qué quiere el hombre blanco? —quiso saber Bobolo.

El joven notó la falta de cordialidad del negro, antes tan obsequioso. Le sorprendió su descortesía en el saludo, y al omitir el *Bwana* en el trabamiento. Pero su impotencia y la situación de su socio, le indicaron que no debía por el momento disgustarse con Bobolo, el único que podría darle una ayuda.

—He venido para que me ayudes a encontrar al viejo *Bwana* —dijo—. Mis *boys* dicen que penetró en el pueblo de Gato Mgungu, pero que nunca salió de él.

—¿Por qué vienes a mí entonces? —preguntó Bobolo—. ¿Por qué no vas a ver a Gato Mgungu?

—Porque eres amigo nuestro. Creí que querías ayudarnos.

—¿Cómo podría? No se nada de tu amigo.

—Puedes hacer que me acompañen unos hombres al pueblo de Gato Mgungu —replicó Kid—, para que yo le pida el rescate de mi amigo.

—¿Cuánto me pagarás? —dijo Bobolo.

—Ahora nada. Cuando tenga marfil, te pagaré. Bobolo se mofó.

—No tengo hombres para ti, entonces —dijo—. Viniste a ver a un gran jefe y no le trajiste presentes; luego le pides guerrero; y no le vas a pagar nada por ellos.

Kid ya había oído bastante:

—Eres un maldito miserable —exclamó—. No puedes hacer eso. Piénsalo hasta mañana por la mañana. Te doy ese tiempo.

Se dio vuelta y se retiró seguido por sus negros. Oyó que Bobolo daba orden a sus guerreros para que se apoderasen de él. Se dio cuenta que su malhumor le había hecho estropear todo. Su mente trabajó activamente y antes de dar tiempo a los guerreros para cumplir lo ordenado, se volvió hacia el jefe y agregó:

—Otra cosa —dijo al detenerse ante Bobolo—. He despachado un mensajero río abajo, hacia la estación, explicando mis sospechas sobre todo este asunto. Les dije que esperaría aquí, hasta que llegasen los soldados; si

estás pensando molestarme en alguna forma, lo pagarás, Bobolo, porque les dije que sospechaba principalmente de ti.

Se dirigió sin titubear a las puertas sin que nadie se opusiera. Se rió para sus adentros, porque no había enviado ningún, mensajero, ni acudirían los soldados.

Para hacer ver que no tenía miedo a Bobolo, Kid estableció su campamento al lado del pueblo; pero sus hombres estaban atemorizados. Algunos de los habitantes del mismo se acercaron trayendo comida, y el blanco les pagó con ropas.

Entre ellos llegó una muchacha que él conociera; era de buenos sentimientos y alegre. Kid se distrajo hablando con ella. En otras ocasiones le había hecho lindos regalos, que ella recordaba agradecida, lo mismo que los exagerados cumplidos que Kid le hacía, para su propia diversión.

Haciendo regalos a una muchacha y diciéndole que es la más hermosa del pueblo, es la forma más segura de tener dificultades en el futuro. El hombre puede estar bromeando, no así la muchacha. Y ésta no lo estaba. Se había enamorado de Kid.

Cuando la noche había caído, la joven reapareció, escondiéndose entre las malezas. Kid se sorprendió al verla aparecer repentinamente ante su tienda, en la que fumaba.

—Hola, Nsenene —saludo—, ¿qué te trae por aquí?

—Shss —le previno ella—. No me nombres. Me matarían si supiesen que estuve aquí.

Kid estaba impresionado por la seriedad y la excitación de la joven.

—Todo anda mal. Bobolo te va a hacer acompañar por anos guerreros mañana. Te dirán que se dirigen al pueblo de Gato Mgungu, pero no es cierto. Cuando se hallen contigo y con tus hombres lejos del pueblo, les matarán y arrojarán a los cocodrilos. Cuando vengan los hombres blancos a buscarte, dirán que te acompañaron hasta la aldea de Gato Mgungu; pero, sí van a buscarte allá, sólo hallarán las cenizas del pueblo que los Utenga quemaron.

—¿Qué habrá sido del viejo *Bwana*?

—No sé nada de él. Solamente que no puede estar en el pueblo de los hombres leopardos, porque no hay más pueblo. Estará muerto. Bobolo tiene miedo a Gato Mgungu, porque le robó la Gran Sacerdotisa blanca.

—¡Sacerdotisa blanca! ¿Qué quieres decir?

—Tenían una Sacerdotisa blanca. La vi cuando Bobolo la trajo para

hacerla su mujer, pero Ubooga hizo que la sacara del pueblo. Es muy blanca, con el cabello del color de la luna.

—¿Cuándo ocurrió todo esto? —preguntó el asombrado muchacho.

—Hace tres o cuatro días, no recuerdo.

—¿Dónde está? Me agradaría verla.

—No podrás verla. Nadie podrá verla.

—¿Por qué no?

—Porque la enviaron al pueblo de los pigmeos.

—¿Quieres decir los Bonetes?

—Sí. Y ellos comen hombres.

—¿Dónde queda su pueblo? —preguntó Kid.

—¿Quieres ir allí para conseguir la mujer blanca? —había desconfianza en el tono de Nsenene.

Algo en su forma de hacer la pregunta, dio a entender a Kid que algo más que amistad la había guiado hasta allí. Era indudable que se hallaba celosa. Colocó un dedo en sus labios:

—No se lo digas a nadie, Nsenene —rogó—, pero la muchacha blanca es mi hermanita. Debo salvarla. Dime dónde está ese pueblo, y la próxima vez que te vea te haré muchos regalos.

Si hubiera lamentado tener que mentir a la joven (lo que no le sucedió), pronto habría dejado de hacerlo, por cuanto lo había hecho por servir una buena causa; si era verdad todo eso, no tenía dudas sobre cuál era su deber, siendo el único blanco en ese distrito, que sabía la situación desesperada de una mujer de su raza. Había pensado decir a la nativa que la Sacerdotisa era su madre o su hija, pero, no sabiendo su edad, calculó que declarándola hermana suya, no se arriesgaba.

—¡Tu hermana! —exclamó Nsenene—. Sí, ahora que recuerdo, se parece a ti. Su boca y sus ojos son como los tuyos.

Kid reprimió una sonrisa. La sugestión y la imaginación, son poderosas fuerzas.

—Nos parecemos bastante —admitió—. Ahora dime el lugar en que está el pueblo de los betetes.

Lo mejor que pudo, Nsenene le hizo las indicaciones necesarias.

—Iré contigo, si quieres —propuso—. Mi padre está por venderme a un viejo que no me gusta. Cocinaré para ti hasta que me muera.

—No te puedo llevar —dijo Kid—. Otra vez, sí, te lo prometo. Ahora puede haber lucha.

—Otro día, entonces —aprobó la muchacha—. Debo volver antes que cierren las puertas.

Apenas había amanecido, cuando Kid partió en dirección al pueblo de los betetes.

Explicó a sus negros que había cambiado sus proyectos y no pensaba ir al pueblo de Gato Mgungu; pero que, ya que se encontraba allí, iría a buscar marfil de ese lado del río. Si les hubiese dicho la verdad, no le hubieran acompañado.

XXII

ARRECIA EL PELIGRO

KALI-BWANA y el Viejo, caminaron largo rato sin hablar. Las relaciones se hallaban tirantes. La muchacha caminaba detrás del hombre. Sus ojos lo miraban en contra de su voluntad. Parecía pensar, pero poco dispuesta a revelar lo que motivaba sus pensamientos.

Cerca de un arroyuelo, el cazador se detuvo debajo de un gran árbol:

—Nos quedaremos aquí un poco —dijo.

La muchacha no contestó y él, sin mirarla, se dispuso a prepararle un reparo. Cortó ramas fuertes, algunas de ellas verdes para que hicieran mayor resistencia. Hizo una especie de tienda india cubriéndola con hojas y ramas.

Mientras trabajaba, la joven le ayudaba, pero sin pedirle instrucciones. Cuando el abrigo estuvo listo, se dedicó a preparar un fuego, tarea en la que ella también colaboró.

—Tendremos poco para comer —informó él—, hasta que haga un arco y algunas flechas.

Esto no necesitaba respuesta de la muchacha; comenzó a ejecutar lo que anunciara. No se alejó mucho del campamento, y enseguida regresó con los materiales necesarios. Utilizó su cuchillo; hizo un arco, rústico pero eficiente, el que terminó con una liana, como había visto hacer a los nativos. Luego, se dedicó a fabricar flechas. Trabajaba rápidamente, y la muchacha no pudo menos que admirar la habilidad de sus fuertes manos.

La miraba a hurtadillas, desviando el rostro cuando él, a su vez, la observaba.

¡También otros ojos observaban! Su dueño Se encontré en donde comenzaba la espesura de la jungla; eran ojos sanguinolentos y salvajes. Pero los blancos, no sabiendo que había un testigo, continuaban sus ocupaciones; el hombre hacía flechas; la mujer, lo estudiaba. Todavía le parecía sentir sus brazos rodeándola, su apasionado beso. ¡Qué fuerte que

era! En ese breve momento lo había podido apreciar. A pesar de su salvaje impulso, había sido tierno y gentil.

Pero trataba de olvidar eso, para recordar solamente que era un grosero, un desarrapado aventurero. ¡Haberse atrevido ese harapiento a tomarla entre sus brazos! ¡A besarla! Trataba de ver su descuidada barba, pero recordaba en cambio sus finas facciones. Comenzaba a sentirse un poco descontenta de sí misma. Miró a otro lado…

—¡Dios! —gritó—. ¡Mire! El hombre se puso de pie.

—¡Corra, Kali! ¡En nombre de Dios, aléjese, corra!

Pero ella no corrió. Se quedó esperando, teniendo en su mano el arma que él había fabricado. Casi encima de ellos, se encontraba un gigantesco mono antropoide, el mayor que el cazador viera en su vida. Miró en torno suyo y quedo horrorizado al ver a la muchacha todavía a su lado.

—Por favor, aléjese —imploró—. No lo puedo detener, pero sí entretenerlo. Debe ponerse en salvo. ¿No comprende, Kali? Es a usted a quien busca.

La muchacha no se movió. El mono avanzó.

—¡Por favor!

—Usted no huyó cuando yo estaba en peligro —le recordó.

Él iba a contestar, pero nunca formuló su idea, porque en ese instante el mono atacó. El Viejo y Kali esgrimieron sus armas, pero no les sirvieron de nada. Arrancó el arma de la mano del hombre y la arrojó a un lado. Con la otra mano asestó a Kali un golpe que la hubiese muerto, si el hombre tomándose del mismo, no hubiera aminorado su fuerza, en parte. La joven cayó.

El mono levantó al Vicio como si hubiese sido un muñeco, y desapareció.

Cuando Kali se despertó todavía mareada por el golpe, se hallaba sola.

El mono y el hombre se habían ido. Llamó varias veces, pero no obtuvo respuesta. Creía haberse desmayado, pero no, no estaba segura. De todos modos, no podía precisar cuánto tiempo había transcurrido. Trató de seguirlos, pero no supo qué dirección tomar. Debía ir a reunirse con su compañero. «Su compañero». ¿Acaso no la había llamado «mi Kali», mi mujer?

¡Cuántas cosas había cambiado esa breve escena! Hacía poco tiempo, quizás ni una hora; había estado tratando de odiarlo, y de encontrarle todos los defectos posibles; su barba, sus harapos, la suciedad que lo cubría.

Si ahora anhelaba tenerlo de vuelta, no era ciertamente porque necesitaba que la protegiese. La luz se hizo en su corazón. No se sentía avergonzada. ¡Lo amaba, amaba a ese hombre desarrapado!

Tarzán de los Monos esperaba estoicamente que su desuno se cumpliese. No malgastaba energías en inútiles esfuerzos para romper sus ligaduras, ni nervios en lamentar su situación. Se hallaba tendido en el suelo. Nkima n su lado se quejaba. ¡Siempre tenía que andar todo mal en este mundo! Eso es lo que ocurre en los asuntos de todos, pero Nkima se interesaba sólo en los propios. Hoy se sentía tan pesimista, que no podría haber descendido más el nivel de su moral, aun si a Sheeta le daba por perseguirle.

Caía el día, cuando los oídos de Tarzán sintieron pasos que se aproximaban. Los oyó antes que Nkima y los otros monos y con un gruñido les avisó. Todos estaban alerta. Las hembras y los hijuelos se acercaron a los machos. Había un silencio absoluto. El viento en contra, impedía que conocieran al intruso por el olor. Los monos estaban nerviosos. No sabían si debían luchar o huir.

Una enorme figura apareció. Era Ga-yat. Bajo su brazo traía una forma humana. Zu-tho gruñó. Podía ver a Ga-yat pero no olerlo y sabido es que la guía de reconocimiento en la selva es el olfato, no la vista.

—Soy Zu-tho —dijo—. ¡Yo mato!

—Soy Ga-yat —dijo éste, y se aproximó a Tarzán.

Pudieron olerle y quedaron satisfechos, pero el olor de un hombre blanco los enfureció. Se acercaron gruñendo.

—¡Matemos al Tarmangani!

Ga-yat llevó al Viejo hasta donde se hallaba Tarzán y lo arrojó al lado de éste, con muy poca delicadeza.

—Soy Ga-yat —dijo—. Aquí hay un Tarmangani. No hay Gomangani.

Los orangutanes se acercaban. El cazador nunca había visto tantos monos juntos, ni sabía que podían ser tan gigantescos. Era evidente que no eran gorilas, y por cierto que se asemejaban al género humano. Recordó las historias que circulaban entre los nativos sobre los hombres peludos de la selva, historias que no había creído. Vio un hombre blanco atado entre ellos, pero no lo reconoció. ¡Estaba prisionero, y en qué manos! Agradeció a Dios que lo hubiesen capturado a él y no a Kali. Pobre Kali. ¿Qué le sucedería ahora?

Lo rodeaba. Creyó cercano su fin. Atónito, vio que de la boca del

blanco salían extraños sonidos.

—El Tarmangani es de Tarzán —gruñó éste—. No le hagan daño.

Ga-yat y Zu-tho empujaron atrás a los otros antropoides. El cazador estaba boquiabierto.

No pudo comprender lo que Tarzán dijera, pero, por increíble que le pareciese, se convenció de que había hablado con los grandes monos.

—No sale usted de una dificultad, que ya está en otra —dijo una voz grave y lenta, en inglés.

El Viejo se volvió a mirarlo. Le parecía conocer esa voz.

—Usted es el que me salvó en el templo —exclamó.

—Ahora soy yo el que está en una dificultad.

—Los dos estamos —agregó el cazador—. ¿Qué cree que harán con nosotros?

—Nada.

—Entonces, ¿por qué me trajeron hasta aquí?

—Le pedí a uno de ellos que me trajese un hombre. Evidentemente, usted fue el primero que encontró. No esperaba un hombre blanco.

—¿Usted envió a la fiera que me trajo aquí? ¿Hacer lo que usted les ordena? ¿Quién es usted y por qué me mandó buscar?

—Soy Tarzán de los Monos y quería que viniese un hombre para que me desatara estas ligaduras de cobre; ni Nkima ni los otros me pudieron libertar.

—¡Tarzán de los Monos! Yo creí que era parte del folklore de los nativos.

En tanto que hablaba manipulaba con las ligaduras de Tarzán, que soltaba fácilmente.

—¿Qué le sucedió a la mujer blanca? —preguntó Tarzán—. Vi cuando la salvaba de la aldea de los betetes, pero no me pude reunir con usted, porque los pequeños demonios me apresaron.

—¡Era usted el que estaba escondido y arrojó las flechas!

—Sí.

—¿Cómo lo hicieron prisionero y cómo se fugó?

—Estaba en un árbol de la aldea y se rompió la rama en que me apoyaba. Me aturdí con el golpe, y eso les bastó. Me ataron.

—Ese fue el ruido que me pareció oír cuando huía.

—Sin duda. Llamé a los grandes monos. Me salvaron y me trajeron aquí. ¿Dónde está la mujer blanca?

—Íbamos en dirección a mi campamento cuando el brujo me trajo a su lado. Está sola. Cuando lo termine de desatar, ¿puedo volver con ella?

—Iré con usted. ¿Recuerda el lugar? ¿Lo podrá encontrar?

—No debe ser muy lejos, pero creo que no podré guiarlo.

—Sabré ir —dijo Tarzán.

—¿Cómo? —preguntó el cazador.

—Por el rastro de Ga-yat. Aun está fresco.

El Viejo asintió, pero no estaba muy convencido. Pensó que tardarían una eternidad buscando las huellas del mono. Terminó con el alambre de las muñecas y se dedicó al de los tobillos. El hombre mono quedó libre. Se puso de pie.

—¡Vamos! —ordenó, y comenzó a trotar hacia el lugar por el que apareciera Ga-yat con su prisionero.

El *Bwana* trató de seguirlo, pero no pudo; se hallaba al límite de sus fuerzas a causa del hambre y del cansancio.

—Vaya delante —le gritó al gigante—. No puedo ir con usted y no podemos perder tiempo. ¡Está sola!

—Si lo dejo solo, se perderá —opinó Tarzán—. ¡Espere!

—¡Nkima! —desde un árbol, cayó sobre su hombro el pequeño mono.

—Quédate cerca del Tarmangani —ordenó—. Muéstrale el camino de Tarzán.

Nkima protestó; no tenía el menor interés en el Tarmangani, pero por fin obedeció. El cazador los veía sostener una conversación. Parecía increíble…

—Siga a Nkima —le dijo Tarzán—. No lo dejará perderse.

Se alejó trotando.

Kali-Bwana se desesperanzaba; se hallaba sola y se sentía desgraciada por muchos motivos. Había tenido un breve lapso de tranquilidad, desde que la salvaran de la aldea de los betetes, hasta que el mono se llevara a su compañero.

El temor y la tristeza pesaban igual en su alma. Mirando el abrigo que le hiciera el Viejo para ella, se vieron rodar amargas lágrimas por sus mejillas. Levantó el arco que sus manos habían hecho y lo besó. Sabía que nunca volvería a verlo y el pensamiento la hizo sollozar. Hacía mucho tiempo que Kali-Bwana no derramaba una lágrima; en medio de todas las privaciones y de los mayores peligros, había sido valiente. Ahora penetró en la choza, destrozada por su profundo dolor.

Qué de dificultades, pensaba. Su en mala hora emprendida búsqueda de Jerry había fracasado; peor aún, se había cruzado en su camino alguien que encontrara la muerte. Pero no era el único. El pobre Andereya, que los hombres leopardos atacaran, luego Wlala, Betete, y tres guerreros… ¡Y todo porque ella no quiso escuchar a quienes le decían que emprendía una locura! Había hecho su voluntad, ¡pero a qué precio! El remordimiento la mortificaba.

Estuvo un tiempo tendida, lamentándose, hasta que, comprendiendo la inutilidad de todo lo que pudiera hacer, recobró el dominio de sus nervios. Se dijo que la última desgracia no debía abatirla; vivía y debía seguir la búsqueda de Jerry. Debía llegar hasta el río, encontrar el campamento leí Viejo, y pedir ayuda a su socio. Pero antes debía obtener comida, no podía durar mucho, si no combatía la debilidad que la acechaba. El arco que él le había hecho le serviría para cobrar alguna pieza. Se dirigió a juntar las flechas; todavía no era muy tarde; podría cazar algo antes le la entrada de la noche.

Al salir de su rústico abrigo, se encentró con uno de los mímales que más temía y cuya presencia le habían anunciado, por esos lugares: un leopardo.

Se había detenido donde terminaba el claro, y tenía su mirada clavada en ella. Avanzó lentamente hacia ella. Podría haber apurado su paso y atacar con la velocidad del rayo. Jugaba como juega el gato con el ratón, con la pobre muchacha.

Se aproximaba poco a poco. La joven colocó una flecha en el arco. Sabía que era inútil, pero su valor la impulsaba a tío entregar su vida sin luchar.

Pensaba impaciente, por qué no la habría matado ya. Por su mente pasaron recuerdos a una velocidad vertiginosa, pero el más fuerte y que predominó sobre los otros, era el de un hombre en harapos. En la, jungla, detrás del leopardo surgió un hombre, un gigante semi-desnudo.

El hombre no hesitó. Lo vio correr rápidamente hacia el leopardo, y con alivio notó que la fiera no lo había visto, porque su mirada estaba fija en ella. Horrorizada, vio que el hombre estaba desarmado.

El leopardo se preparó para dar el salto que daría la muerte. El gigante saltó sobre la bestia. Ansiaba cerrar sus espantados ojos y no podía; al darse vuelta la fiera, destrozaría sin lugar a dudas al gigante.

Se mezclaron el cuerpo bronceado y el del felino, hubo un remolino de

pies, patas, cola, brazos y un destello de blancos dientes, mientras se oían espantosos rugidos. Estremecida, vio que rugían por igual la fiera y el hombre blanco.

El hombre se levantó y el leopardo con él. Las poderosas manos del gigante se enroscaron en el cuello de la fiera, desde atrás. La bestia pugnaba por soltarse, pero no lo logró. Cesaron sus rugidos. El hombre quebró la última vértebra y soltó el despojo, de lo que segundos antes era una hermosa y poderosa fiera. El hombre parecía haber olvidado a la muchacha. Colocó un pie sobre el leopardo y la jungla se llenó de un grito extraño y gutural.

Kali-Bwana en el colmo del horror, tembló. Quiso huir, pero era ya tarde. El gigante se acercaba. Todavía tenía en sus manos el arco y las flechas. Calculó si podría atemorizarlo, contando con tan someras armas, y decidió que no. No era hombre que pareciera temer nada.

Él le habló:

—Parece que llegué justo a tiempo —dijo muy tranquilo—. Su amigo vendrá enseguida —agregó, pues vio que la joven le temía.

El hecho de que le temiesen no sorprendía a Tarzán. Muchos hombres lo temían. Sobre todo cuando lo veían por primera vez.

—Puede bajar su arco. No le haré daño, Bajó su arma.

—¡Mi amigo! —repitió—. ¿A quién se refiere?

—No sé su nombre. ¿Tiene muchos amigos por estos lados?

—Uno solo, pero lo creí muerto. Un enorme mono se lo llevó.

—Está en salvo —aseguró Tarzán—. Viene detrás mío. Kali-Bwana cayó de rodillas:

—¡Gracias a Dio!

Tarzán se quedó mirándola, de brazos cruzados. ¡Qué pequeña y delicada! Se imaginó cómo había sobrevivido a tantas pruebas. El Señor de la Jungla admiraba el valor y era muy valerosa la mano que había dejado caer el arco al arrodillarse.

Oyó acercarse a un hombre. Este apareció respirando agitadamente, pero a la vista de la muchacha pareció animarse y corrió hacia ella.

—¿Está usted bien?

—Sí.

Sus maneras le parecieron a Tarzán un poco contenidas. Ignoraba la escena que tuviera lugar a orillas del arroyo. No imaginaba lo que ocurrió en el corazón de los dos, así como el cazador no pudo leer en el corazón de

la joven. Siendo mujer, ahora que su amado estaba fuera de peligro, le pareció conveniente ocultarle sus sentimientos. ¡Y el Viejo por su parte, no podía olvidar aquel: «le dio»!

En pocas palabras contó a la joven lo sucedido desde que se separaran. En compañía de Tarzán, hicieron proyectos para el futuro. Les dijo que los acompañaría hasta su campamento o hasta la estación del ferrocarril.

Ante el asombro del cazador, la joven expresó que organizaría un nuevo safari, para proseguir la búsqueda de Jerry Jerome.

Antes de caer la noche, Tarzán les procuró carne con el arco y las flechas de la muchacha y los blancos se prepararon comida sobre un brillante fuego en tanto que Tarzán de los Monos comía su porción, pero cruda, teniendo sobre su hombro a un Nkima muy cansado y soñoliento.

XXIII

CONVERGEN LOS CAMINOS

AL AMANECER, partieron hacia el río, pero a poco Tarzán se detenía para otear el viento, que procedía del norte. Las delicadas aletas de su nariz se agitaban ligeramente.

—Hay un campamento enfrente de nosotros —anunció—. Hay hombres blancos en él.

El viejo aguzó su vista, pero no vio nada.

—Yo no veo más que árboles. No veo hombres.

—Yo tampoco los veo —admitió Tarzán—. Pero tengo nariz.

—¿Puede olerlos? —preguntó Kali-Bwana.

—Ciertamente. Como mi olfato me dice que hay hombres blancos, presumo que se mostrarán amigos. Pero voy a echar un vistazo antes de acercarnos más. Esperen aquí.

Saltó a los árboles y desapareció dejándolos solos. Pero sus corazones quedaron mudos. Lo sucedido el día anterior todavía pesaba sobre ellos. Él deseaba pedirle perdón por lo que había hecho. ¡Atreverse a besarla! Ella deseaba que él repitiera el abrazo y el beso. Pero el silencio los envolvió, como a dos desconocidos, hasta que Tarzán regresó.

—Todo anda bien —anunció—. Es una compañía de soldados, un oficial y un civil. ¡Vamos!

Los soldados estaban levantando el campamento cuando llegaron. Los gritos de sorpresa de los negros llamaron la atención de los blancos y éstos se adelantaron a su encuentro. Al ver a uno exclamó el Viejo:

—¡Kid!

La muchacha se le adelantó:

—¡Jerry! —y se echó en los brazos del muchacho.

El corazón del Viejo se detuvo en su pecho. Jerry era Kid, su amigo. ¡Qué cruel es el Destino!

Al acabarse los saludos y, las presentaciones, se explicaron unos a otros

las circunstancias que los habían reunido.

—No hace mucho —explicó el teniente a Kali-Bwana— llegó a nuestros oídos el rumor de la deserción de su safari. Arrestamos a varios en una aldea, supimos la aventura. Se me ordenó salir en su busca. Llegamos anteayer al pueblo de Bobolo, y supimos muchas cosas por una joven llamada Nsenene. Al dirigirnos según sus noticias, al pueblo de los betetes, encontramos perdido a este joven. Usted aseguró e éxito de mi misión viniendo hacia mí.

—Hay dos hombres leopardos en la aldea de Bobolo.

—¿Qué?

—Hay dos hombres leopardos en la aldea de Bobolo. Tres de nosotros los hemos visto tomando parte activa en las ceremonias.

—¿Los conoce —preguntó el oficial— de vista?

—Sí. Uno de ellos es un hechicero llamado Sobito y el otro es Bobolo.

—¡Sobito! —exclamó Tarzán—. ¿Está seguro?

—Es el mismo que usted sacó del templo y lo llamaban Sobito. Lo vi en una canoa por el río la mañana que me escapé.

—Serán arrestados —dijo el oficial—. Podemos marchar.

—Yo los dejo y me voy —dijo Tarzán, volviéndose a la Joven—. Está en salvo ahora. Váyase de la jungla con estos hombres y no vuelva. La selva no es para que las muchachas blancas viajen solas.

—No se vaya todavía —pidió el oficial—. Lo necesitaré para identificar a Sobito.

—No necesitará a nadie para identificar a Sobito.

Subió a un árbol y desapareció.

—Así es —comentó Kid—. O así parece.

En el camino hacia el pueblo de Bobolo, la muchacha y Kid iban abrazados en tanto que el Viejo iba detrás, consumido de tristeza. Por fin Kid se dio vuelta y lo llamó:

—Venga con nosotros. Viejo. Le estoy contando a Jessie la coincidencia de algo que dije en el pueblo de Bobolo. Hay una muchacha llamada Nsenene. Tal vez usted la recuerde. Me contó que los pigmeos tenían prisionera a una mujer blanca. Cuando le preguntó dónde quedaba la aldea para ir a rescatar a la joven, se sintió dominada por los celos. Descubrí que le era simpático; y, para justificar mi interés en la mujer blanca, le dije que era mi hermana. ¿No es una coincidencia?

—¿Dónde está la coincidencia? —preguntó el Viejo.

Kid lo miró.

—¡Cómo! ¿No lo sabía? Jessie «es» mi hermana.

El viejo quedó boquiabierto. ¡Era la hermana!

Otra vez sintió los rayos del sol y oyó trinar a las aves.

—¿Por qué no me dijo que iba en busca de su hermano? —le preguntó a Kali.

—¿Por qué no me dijo que conocía a Jerry Jerome?

—No sabía que lo conocía —explicó él—. Yo no sabía el nombre de Kid. No me lo dijo nunca ni yo se lo pregunté.

—Había una razón para ello —explicó Kid—. Pero ya lo existe. Jessie me lo acaba de decir.

—Este… —comenzó ella.

—¡Kali! —dijo el Viejo.

La joven sonrió, sonrojada.

—Resulta, Hi, que Jerry creyó que había dado muerte a un hombre. Le contaré la historia completa, porque es tan amigo de él.

»Jerry estaba enamorado de una muchacha de nuestro pueblo. Una noche, se enteró que un hombre de mala reputación la había llevado engañada a su departamento. Jerry entró en el departamento. El hombre se enfureció y en la lucha Jerry le hizo un disparo. Luego llevó la muchacha a su casa, jurando guardar el secreto de todo. Esa misma noche huyó dejando una nota en la que decía que él le había dado muerte a Sam Berger, pero sin explicar la causa.

»Berger no murió y no quiso hacer ninguna acusación. Sabíamos que Jerry había huido más por salvar la reputación de la muchacha que por miedo al castigo. Pero no pudimos hacérselo saber todo a Jerry, porque ignorábamos su paradero.

»Mientras tanto, otra muchacha mató a Berger.

»¡Tuvimos noticias de Jerry por un amigo del colegio que lo había visto y que dijo que estaba en camino a África! No tenía por qué estar lejos de su hogar, y salí a buscarlo.

—Y lo encontró —agregó el Viejo.

—Encontré algo más —contestó ella, pero él no la entendió.

Encontraron el pueblo de Bobolo en pleno desorden de excitación. El oficial formó sus hombres para encarar cualquier situación que pudiera presentarse. Al ver a la muchacha, a Kid y al Viejo, Bobolo quedó horrorizado.

Trató de huir, pero los soldados lo detuvieron e informaron que se hallaba arrestado. No preguntó la causa. Ya la conocía.

—¿Dónde está el hechicero llamado Sobito? —preguntó el oficial.

Bobolo temblaba.

—Se fue —dijo.

—¿Adónde? —quiso saber el oficial.

—A Tumbai. Hace un rato un demonio bajó de los cielos y se llevó a Sobito bajo el brazo como si fuese una pluma Después, gritó: «¡Sobito vuelve a Tumbai!» y salió corriendo hacia la jungla sin que lo pudiéramos detener.

—¿Alguien hizo la prueba? —se burló el Viejo.

—No se puede detener a los espíritus —admitió Bobolo.

El sol desaparecía en el oeste, iluminando las aguas del río cercano al pueblo de Bobolo. Un hombre y una mujer observaban la corriente del río que llevaba hacia el mar, hacia los barcos, hacia la civilización.

—Mañana se irán —dijo el hombre—. En seis u ocho semanas, estarán en el hogar. «¡Hogar!»

Había un mundo de soledad en su forma de decirlo.

—Me alegro por ustedes dos —agregó.

Ella se le acercó y lo miró fijamente.

—Usted vendrá con nosotros —dijo.

—¿Por qué cree usted que iré? —preguntó.

—Sé que vendrá, porque yo lo amo…

EDGAR RICE BURROUGHS (Chicago, 1 de septiembre de 1875 — Encino, California, 19 de marzo de 1950)

Cuando Edgar Rice Burroughs murió en 1950 dejó tras de sí una colección de algunas de las aventuras de ficción más notables de todos los tiempos. Su obra incluye novelas históricas junto a algunas de las experiencias más imaginativas jamás concebidas por la mente del hombre; desde la prehistoria hasta el futuro lejano; del núcleo de la Tierra a las estrellas más distantes en el universo.

El primero de los libros de Burroughs, *Tarzán de los Monos*, sorprendió como uno de los más vendidos del año. Desde entonces publicó un enorme cúmulo de historias de aventuras que su público esperaba con impaciencia. En el momento de su muerte en 1950, se habían publicado un total de cincuenta y nueve libros, la última, *Llana de Gathol*, en marzo de 1948. La lista podría haber sido más amplia si no hubiera sido por la escasez de papel durante la Segunda Guerra Mundial. Al morir tenía quince relatos inéditos sin finalizar.

La biografía de Edgar Rice Burroughs es la típica historia americana de

éxito desde la pobreza a la riqueza. Hijo de una familia adinerada venida a menos, dejó la universidad y finalmente estuvo cinco años en la Academia Militar de Michigan donde se quedó como asistente instructor. Este iba a ser el primero de una larga lista de puestos de trabajo en el oeste (incluidos soldado en el 7.º de Caballería, arriero de ganado en Idaho, agente de policía del ferrocarril, etc.) que probó sin éxito hasta que finalmente descubrió su talento para la escritura.

Su suerte empezó a cambiar en 1911. Estaba trabajando revisando los anuncios que aparecían en las revistas *pulp* (muy populares en su época, dedicadas a la publicación de relatos por entregas) y pensó que por qué no probar y enviar sus propias historias. Su primer cuento se tituló *Dejah Thoris, Princesa de Marte*, lo publicó la revista *All-Story* y recibió $ 400 por ella. Como no quería que sus amigos supieran de su autoría, se publicó con el pseudónimo Norman Bean. Apareció en febrero con el titulo *Bajo las lunas de Marte*. El éxito que obtuvo le hizo ver que él era lo suficientemente bueno para usar su propio nombre y abandonó el pseudónimo.

Para su siguiente relato pasó mucho tiempo investigando sobre la historia de Inglaterra, a la que se acercó con una historia sobre la época de la Guerra de las Rosas, (*The Outlaw of Torne*), que fue rechazada de inmediato por su editor. Burroughs volvió a las historias de acción y se dedicó a una historia sobre la lucha entre la herencia y el medio ambiente a la que llamó *Tarzán de los Monos*. La historia inició su publicación en el número de octubre del *pulp All-Story*. Edgar recibió $700 por ella y entonces supo que estaba en el camino correcto. Renunció a su puesto de trabajo y dedicó todo su tiempo en la escritura. Comenzó a hacer tanto dinero que podía darse el lujo de llevar a su esposa y sus tres hijos a pasar el invierno en California.

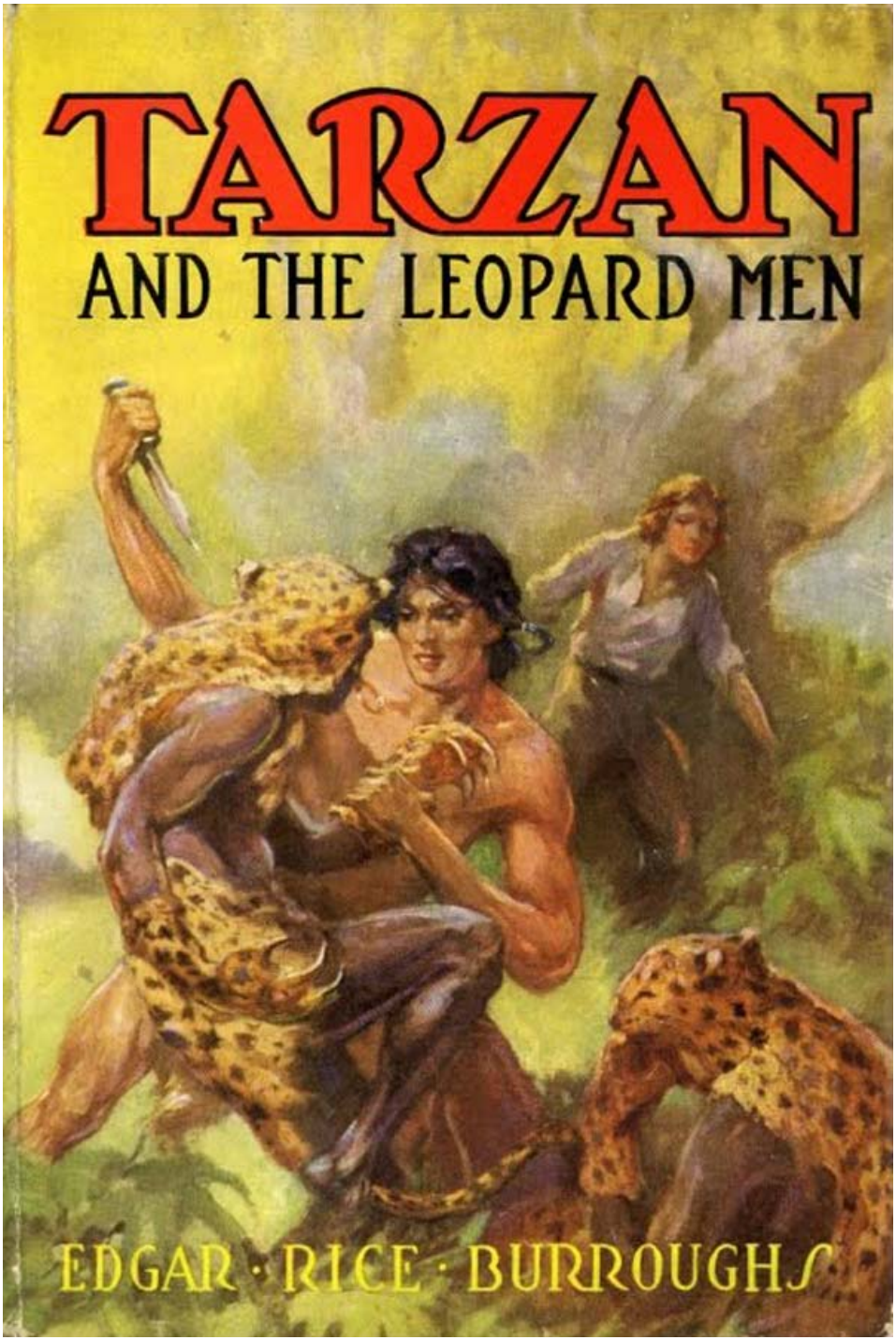
Tarzán se convertiría en un gran éxito en los Estados Unidos y en todo el mundo, pero en esa época no resultó fácil de aceptar. El cuento era popular entre el público de las revistas *pulp*, pero ninguna de editorial estaba dispuesta a publicar el libro completo, ya que no lo encontraban de buen gusto y pensaban que a su público no le gustaría. Después de tratar de vender la idea a barios editores sin éxito, su éxito como folletín creó una demanda para su edición en forma de libro. En 1914 apostó por su publicación la editorial AC McClurg & Company, que la había rechazado previamente, y resultó ser uno de los libros más exitosos del año. A partir

de ese momento fue seguido por varios libros más en rápida sucesión: *El regreso de Tarzán* en 1915, *Las fieras de Tarzán* en 1916; *Una princesa de Marte*, (la primera historia que había escrito) en 1917, *El hijo de Tarzán* en 1918, etc. Edgar Rice Burroughs se convirtió en el escritor más rico de su época. En el año 1931, decide crear su propia editorial e incrementar así sus ganancias, comenzando con *Tarzán el Invencible*.

En 1941, Burroughs estaba de vacaciones en Hawai y fue testigo del bombardeo japonés de Pearl Harbor el 7 de diciembre. Durante los siguientes cuatro años realizaría una gira por las zonas de guerra del Pacífico con las Fuerzas Armadas como corresponsal de prensa para la Associated Press. En el último año de la guerra sufrió un par de ataques al corazón y tuvo que abandonar el frente, lo que le dejó el suficiente tiempo libre para volver a escribir durante este período volvió a su personaje favorito y escribió *Tarzán y la Legión extranjera*.

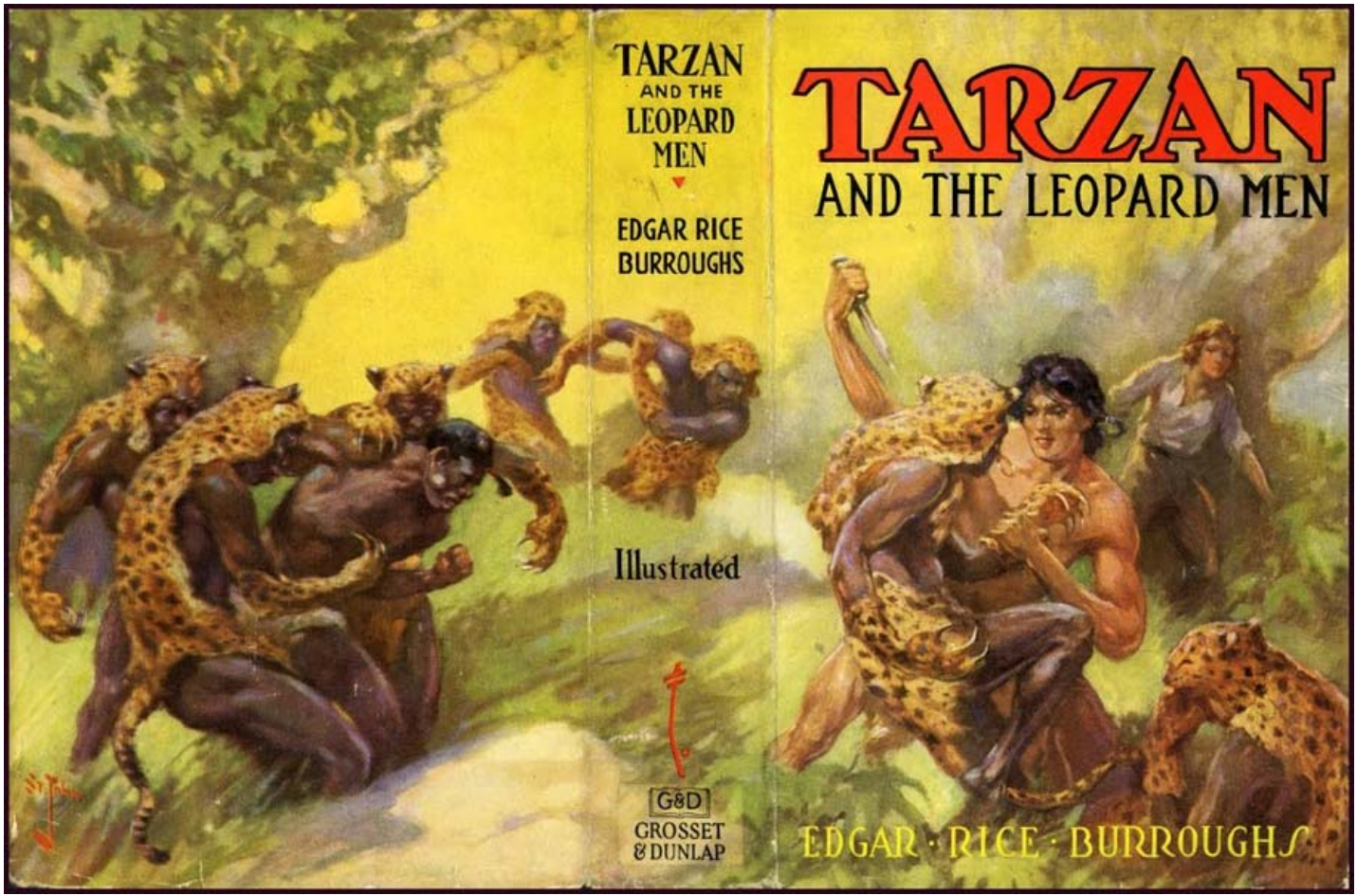
Después de la guerra, regresó a su país. Cuando murió, como consecuencia de sus problemas con el corazón, el 19 de marzo de 1950, todos los fans sabían que el maestro les había dejado dejado su huella en el recuerdo, pero también sabían que sus héroes, Tarzán, John Carter, Napier Carson, David Innes y muchos otros seguirían entreteniendo a las generaciones futuras de lectores.

TARZAN
AND THE LEOPARD MEN



EDGAR · RICE · BURROUGHS

Cubierta original 1ª. edición EE.UU., 1932, J. Allen St. John


TARZAN
AND THE
LEOPARD
MEN
EDGAR RICE
BURROUGHS
Illustrated
G&D
GROSSET
& DUNLAP
TARZAN
AND THE LEOPARD MEN
EDGAR · RICE · BURROUGHS

Cubierta completa 1ª. edición de 1932, J. Allen St. John

Ilustración original cubierta de J. Allen St. John